Dr. RAUL ORTEGA BELGRANO

La Sangría

(Novela de la crisis actual)



BUENOS AIRES
A. MOEN Y HERMANO, EDITORES
FLORIDA, 323

1915



Dr. RAUL ORTEGA BELGRANO

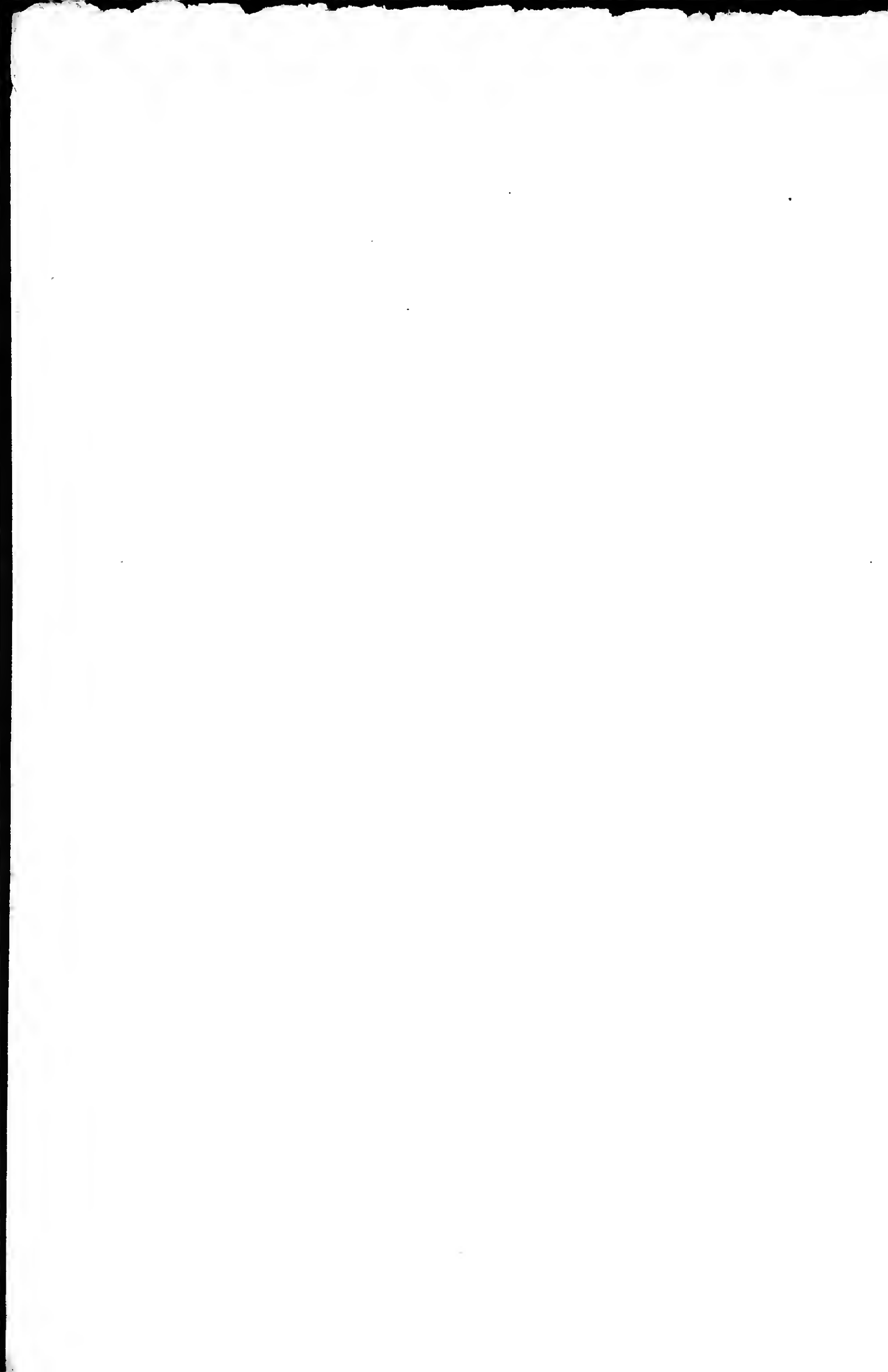
La Sangría

(Novela de la crisis actual)



BUENOS AIRES
A. MOEN Y HERMANO, EDITORES
FLORIDA, 323

1915



Testimonio de una eterna gratitud

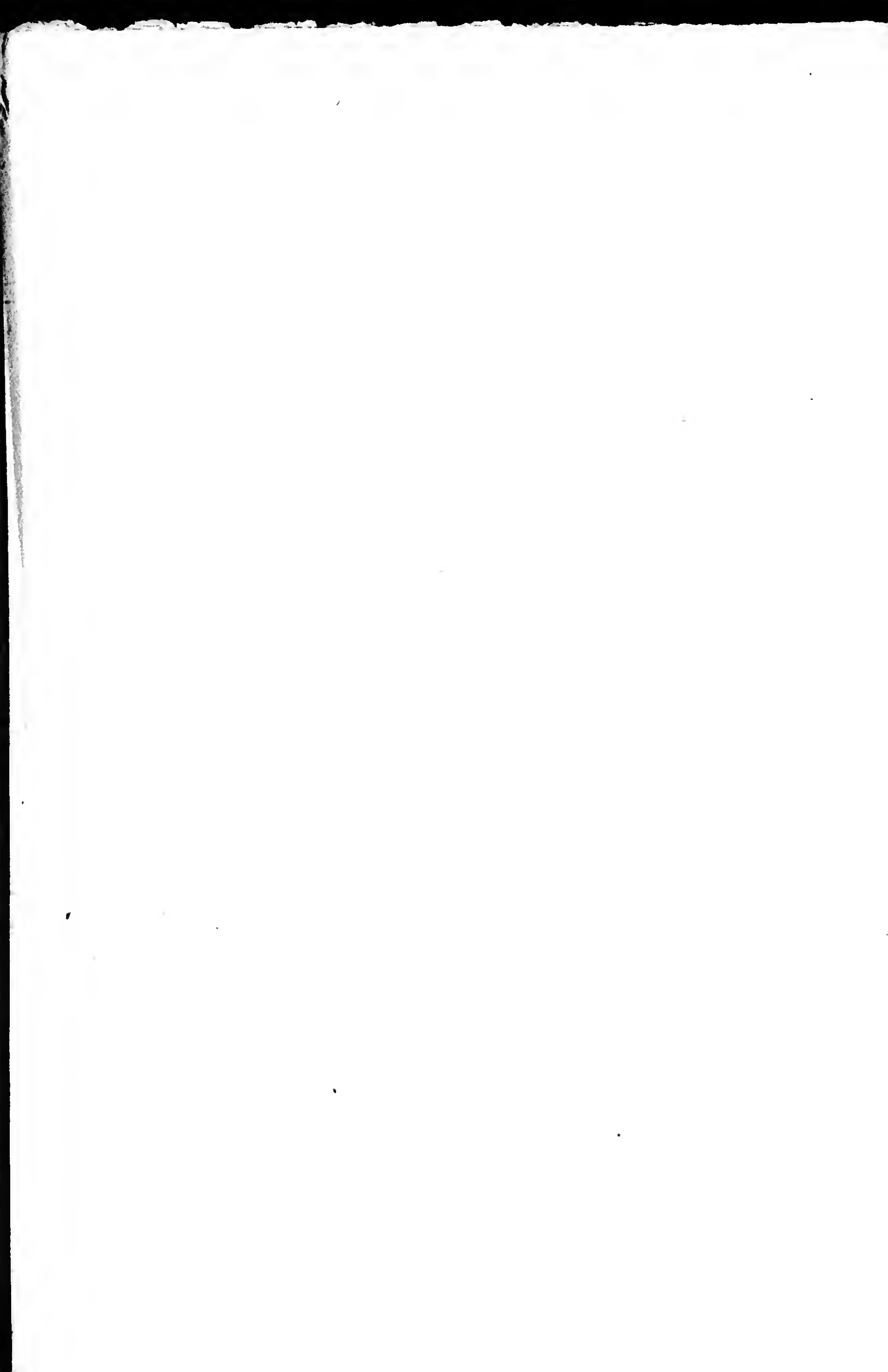
Á mis queridos amigos:

AXEL ABERG COBO

Y

Dr. ADOLFO LABOUGLE (hijo)

Nobles seres que detuvieron LA SANGRÍA de mi vida.



CAPITULO I

El barrio de los bancos, se iba animando paulatinamente. A él acudían miles de individuos, para desempeñar su correspondiente papel, en la grande y eterna lucha concertada entre el capital y el trabajo.

Presurosamente, con la cabeza baja y el rostro contraído por preocupaciones sin cuento, caminaban innumerables seres, conservando aún algunos de ellos, la expresión que un difícil problema hiciera nacer, mientras se hallaban sentados frente a las mesas de sus escritorios. De cuando en cuando, se detenía repentinamente uno que otro, para saludar a un conocido, pero por lo general, este acto, lejos

de tener por causa un sentimiento amistoso, era casi siempre provocado por el factor interés.

Fija la atención en un índice grabado en la memoria, cada persona cumplía con su programa de trabajo, y a la lista de las anteriores obligaciones, agregaba sin cesar otras nuevas que el espectáculo le sugería. Un letrero, un transeunte o un establecimiento cualquiera, prestaba un servicio parecido al del nudo hecho en un pañuelo: su visión despertaba la idea de un compromiso, de un deber o de una simple conveniencia.

Dieron las dos, es decir, llegó el momento de mayor actividad comercial. De los hoteles y "restaurants" centrales, salieron algunos clientes, ostentando congestionados semblantes. Casi todos estos personajes fumaban, y las espirales de sus cigarros, parecían ser originadas, por grandes combustiones internas.

Perteneciente a esta clase de concurrencia, surgió un voluminoso señor de alta talla y amplio levitón negro. Caminaba lentamente, haciendo caso omiso de los demás peatones, y tal era su majestuoso porte, que un marino le habría quizá comparado con un "dreadnought", en medio de escuadrillas de menor cuantía. Daban especial colorido a su impo-

nente persona, un grueso bastón, especie de tercer miembro inferior, y unos lentes, de continuo desequilibrados, por las contracciones de las mandíbulas, dedicadas a triturar restos de manjares.

Iba este buen señor por la calle de Cangallo, cuando al llegar a la de Reconquista, se detuvo al advertir a un distinguido caballero, que venía en dirección opuesta a la suya.

—¡Qué tal!, señor Vásquez..., — exclamó con acento sajón el grueso personaje, y puso su gruesa mano sobre el hombro del interpelado, con una fuerza capaz de interrumpir la más profunda de las meditaciones.

—¡Hola!... Schulzer —, respondió el caballero con forzada amabilidad. — Disculpe mi distracción, si no me llama, hubiera pasado de largo sin saludarle.

—Le paro — dijo el señor del levitón, quitando la ceniza a su cigarro — porque tengo una gran noticia para Vd.... Mire amigo... si hiciéramos un negocio que me han ofrecido, en cinco años podríamos doblar el capital de nuestra compañía.

—Cinco años es mucho tiempo, — contestó el llamado Vásquez — pero en fin... dígame de lo que se trata...

—Se trata de lo siguiente: Al lado del establecimiento, que nuestra sociedad posee en el sud de Córdoba, se vende un campo de diez mil hectáreas, a un precio tan bajo, que debemos comprarlo sin titubear. El dueño está "ahorcado", porque se le viene encima el vencimiento de una fuerte hipoteca. Ahora bien, como pienso proponer el negocio en la primera reunión del directorio, querría que Vd. me diera su voto a favor.

—Lamento no poder servirle, en esta ocasión, pero ayer envié a nuestro secretario, la renuncia indeclinable de mi cargo de director.

—Pero ¡qué me cuenta...!, dijo Schulzer sorprendido. —¿Por qué ha hecho eso? ¿Se ha peleado con alguno de los compañeros?

—No amigo..., pués me he mantenido hasta ahora, en perfecta armonía con todos ellos.

—Y entonces... ¿Cree Vd. que nuestros negocios andan mal?

—Nada de eso, — respondió Vásquez tratando de disimular cierta nerviosidad — doy este paso, porque he resuelto restringir en lo posible, la esfera de mis ocupaciones.

—¡Caramba! los argentinos andan siempre apurados por descansar — exclamó Schulzer, tomando

la mano que el distinguido caballero le tendía con insistencia, para dar por terminado el diálogo.

—No clasifique a los hombres como si fueran números, no los trate así en conjunto, y sobre todo no haga esas estadísticas que son el resultado de injustas deducciones.

—Ya salió Vd. con sus teorías — contestó Schulzer, mientras Vásquez se alejaba, saludándole con una sonrisa, en la cual el desprecio, aparecía oculto tras el velo de un exquisito don de gentes.

Cada uno prosiguió entonces su camino: El hombre del gran levitón negro, se dirigió hacia su oficina, para facilitar la digestión de su pesado almuerzo, con el recuento de fuertes sumas de dinero, y el otro decidió errar por las calles, hasta que dieran las tres, hora a que un gerente de banco, le había citado, para tratar de un descuento. Vásquez, muy nervioso, siguió por la calle de Cangallo hasta la de San Martín, y allí dobló, dirigiéndose hacia la plaza de Mayo. Delgado y de alta estatura, la superioridad de este caballero estribaba en sus virtudes personales y en la armonía existente entre su elegante andar, su impecable manera de vestir y las finas líneas de su semblante, encuadrado dentro de una corta barba cana. En el círculo gris, formado

por ésta y el cabello, se destacaban los ojos, de tonos azules y de bondadosa expresión. Los hilos de plata habían exagerado su blanco matiz en los bigotes, quizás helados por gemidos, más destructores aún, que los cincuenta y dos años de Alfredo.

Esa tarde del mes de Mayo, a pesar de los raudales de luz que bañaban la ciudad de Buenos Aires, la "city", invariable en su esencia, ofrecía el aspecto de siempre, pues los rayos solares, al alcanzar a los hombres de trabajo, parecían transformarse en fuerzas diversas, en virtud de algunas misteriosa ley dinámica. En ese centro comercial, el ambiente luminoso, hacía las veces del foco que guía al obrero en las minas, y no evitaba que el aire viciado, se diera la mano con las preocupaciones, para intoxicar el cerebro.

Así pues, Vásquez, se hallaba doblemente aprisionado: por un círculo de tristes cavilaciones, y por la calle estrecha y congestionada por el tráfico. Todo lo que le rodeaba, le parecía extraño, y se sentía, como si fuera un miembro amputado al gran cuerpo social; las masas humanas con las que se codeaba, marchaban hacia un rumbo fijo y anhelado, mientras él, seguía la ruta de un temido abismo.

Al desembocar en la Plaza de Mayo, experimen-

tó el deseo de internarse en ella, y así lo hizo, para buscar en tan dilatado espacio, un relativo aislamiento del tumulto que le desagradaba. Sin embargo, la amplitud del paraje, no logró calmar la agitación del inquieto espíritu, y por el contrario, le ofreció el espectáculo de las calles adyacentes, que se abrían sobre la gran plaza, cual si fueran enormes casilleros, visitados por seres que llevaban invisibles pero aplastadores fardos.

—¡Cuántos podrían haberse salvado — pensó Vásquez — si alguien les hubiera dicho: ¡Sed prudentes! ¡Desconfiad del éxito!

Más luego reaccionó y se dijo:

—Hubiera sido inútil, pués por encima de esa voz, se habría alzado la de la ambición desenfrenada, con su irresistible timbre metálico y su elocuencia de campanas tocando a rebato... ¡Los negocios con las grandes fluctuaciones que originan, representan naturales alternativas, entre el placer y el dolor!

Después de meditar un buen rato sobre estos problemas, se encontró de nuevo en medio de los bancos, junto al acumulador de centavos, al rico depositante, y mezclado en fin al numeroso público que como él, ofrecía comprometer su firma, es decir,

su tranquilidad, para conseguir una suma de dinero.

Todos más o menos, corrían en torno de los tesoros y de sus gigantescas pilas de monedas, comparables por más de un concepto, a los dioses paganos, porque tanto las unas como los otros, cuentan con un gran poder de sugestión.

Sin embargo, en cuanto a la facultad de hacer milagros, el dios oro, supera a sus rivales mitológicos, pués en virtud de un don curioso, al dejarse drenar, se engrandece, porque las partes en que se desgrana, vuelven al punto de partida, acopladas a los intereses que las multiplican.

Era en esta procesión ávida de dinero, donde iba Vásquez a gestionar un préstamo, con el que esperaba salvar su fortuna y sobre todo la de una joven, que él amaba con inmenso cariño paternal.

*

* *

A las seis de la tarde de este mismo día, entró Vásquez en automóvil a su residencia de Vicente López. Apenas pasó el vehículo la verja de acceso

a la gran Avenida Maipú, experimentó el viajero, la sensación del hombre que calificado de culpable, sólo se tranquiliza junto al ser que le otorga su perdón, porque únicamente él, conoce el secreto de su inocencia. Este espíritu honesto, iba en busca de la persona que así le llamaba de primera intención, y sin entrar en pormenores.

Por ello Vásquez sentía un dulce goce, al saber que se encontraba a un paso de su sobrina Andrea Gutiérrez, persona que había llenado un tanto, el triste vacío de su vida de soltero empedernido. La quería como si fuera su hija, la consultaba como a una amiga inteligente, y la admiraba por considerarla un indiscutible tipo de mujer superior.

Andrea, por su parte, retribuía con creces todos estos afectos, pués su buen tío carnal Alfredo Vásquez, había sido para ella un tutor providencial, que reemplazó a su padre, don Antonino Gutiérrez, muerto diez años antes. Y a esas horas, al oir el ruido que en las menudas piedras del jardín despertaba el automóvil, ella dejó el libro que leía, y con aire de distinción suprema, se dirigió hacia la gran puerta de la entrada.

Fué aquello un encuentro entre dos almas: la una, la del hombre, enferma, y la otra también pro-

fundamente afectada, pero dispuesta a pasar por sana, con tal de servir de dulce bálsamo a la primera. Y como eran almas las que se saludaban, discretas miradas reemplazaron a la palabra en el mudo diálogo que se inició, mientras Vásquez colgaba de una percha su sobretodo y galera.

Por fin Andrea, tratando de leer anticipadamente la respuesta en el semblante de Alfredo, le preguntó:

—¿Cómo te ha ido hoy?...

—No del todo bien — contestó Vásquez y dió a su sobrina un cariñoso beso en la frente.

Y en silencio, como si hubieran temido iniciar cierta conversación, se encaminaron ambos a través de un espacioso "hall", y entrando al escritorio de Alfredo, fueron a instalarse en un cómodo sofá, frente a una estufa encendida que los invitaba a que tomaran asiento.

Allí, en la semi-obscuridad que reinaba, los resplandores del fuego, al proyectarse sobre ambos, tiñeron al hombre con matices que indicaban la proximidad de las tinieblas, y a la joven con rayos dignos de las claridades de una hermosa aurora. Y continuando esta doble acción, revelaron con extraña crudeza estos luminosos reflejos, los surcos del tiempo en la piel de Vásquez, y en la de Andrea, la alba e in-

maculada tersura de sus veinticuatro años. Partiendo de las llamas, alcanzaron a los cabellos de la joven, efectos de luces y mágicas aplicaciones de sombras, que jugueteaban sobre sus rubios mazos, con rapidez, elegancia y respeto, como si junto con el deseo de acariciar, tuvieran la consigna de honrar y embellecer. Inquietos e indecisos siempre, los resplandores de la hoguera, originaron alternativamente penumbras y claridades, como si quisieran reproducir así, los íntimos conflictos de esos dos pensativos espectadores.

Tras unos instantes de incertidumbre, Andrea resolvió hablar.

—¿...Te acordaron los cien mil pesos? — preguntó con recelo a Alfredo.

—Mañana lo sabré... mientras tanto, no se imaginan los banqueros, la horrible noche que voy a pasar...

—Pero no te aflijas de antemano..., hasta ahora siempre has salido bien de todos tus momentos difíciles.

—Es cierto, — respondió Vásquez, llevándose una mano a la frente — pero lo que ahora temo, es la posibilidad de una primer falla... Además, no es mi suerte lo que me preocupa, sino la tuya...

No me perdonaré jamás, el haberte hecho comprar tierras en Bahía Blanca.

—Deja de lado lo irremediable — prorrumpió dulcemente Andrea — y piensa que si te acuerdan los cien mil pesos, podrás pasar un tiempo tranquilo.

—Eso es cierto, porque hasta Septiembre no tengo nuevos vencimientos. ¡Siempre serán cuatro meses de un relativo descanso!... Pero no me hago ilusiones, bien pronto volveré a inquietarme ante la idea de que llegará quizás un momento, en que no podré pagar mis compromisos en la hora y en el día convenidos, como hasta hoy siempre lo he hecho. ¡Y pensar que sufro así, poseyendo bienes que ascienden a un doble valor del de mis deudas!

Efectivamente, Vásquez estaba en lo cierto, si al hacer su balance calculaba el precio de costo de sus propiedades, y no el que desgraciadamente tenían ahora, en el año mil novecientos doce.

Además, una persistente mala suerte le había hecho perder varias cosechas sucesivas. Oportunas hipotecas equilibraron su situación, y entonces con la esperanza de resarcirse de los perjuicios sufridos, se decidió a especular. Todo el mundo ganaba fortunas en torno suyo, todos se enriquecían de la

noche a la mañana, y el obtener miles de pesos de utilidad, en la reventa de un inmueble, era cosa corriente.

—Deje de preocuparse, de las siembras y de los arrendamientos, — le decían sus conocidos, — invierta las sumas, que hasta ahora ha destinado a la agricultura, en campos y terrenos, y podrá entonces cruzarse de brazos, pués el país le devolverá tres, donde haya puesto uno.

Y al comenzar el año mil novecientos diez, Vásquez compró con facilidades de pago una gran extensión de tierra para él y su sobrina, pero infortunadamente eligió la zona de Bahía Blanca, que fué la más azotada durante los malos tiempos.

Esa tarde, al recordar las diversas causas que le habían arruinado, volvió Alfredo a reprocharse el haber hecho adquisiciones en tan desfavorable punto de la república.

—No te culpes injustamente — le respondió Andrea — y recuerda, que cuando te resolviste por tal operación, existía el proyecto de trasladar a Bahía Blanca la capital de la provincia de Buenos Aires, y que se hablaba del impulso que iba a recibir el Sud, debido a las grandes obras de irrigación.

—Esas son las únicas circunstancias, — contestó Alfredo — que me tranquilizan al pensar en tu fortuna comprometida.

—Por Dios; no recuerdes más todo eso... — exclamó Andrea, poniéndose de pie.

Su hermosa y alta silueta, se destacó entonces con caracteres impresionantes. Sencillamente vestida, con una blusa de seda blanca y una pollera de paño azul marino, allí plantada dando la espalda a la estufa, la lumbre de las llamas se difundió en torno de su cuerpo, formándole artística aureola. Habló entonces con elocuencia al hombre que desfallecía, rebatió sus argumentos, y le pidió en nombre de la dignidad humana, que buscara su salvación en una vigorosa lucha contra la adversidad.

Vásquez, en tanto, la contemplaba absorto, como si se tratase de una aparición, gracias a la cual, hubieran tomado la bondad y la sabiduría, la forma de una mujer, para esparcir sobre la tierra aquellos principios que al brotar irradian luz, y que al florecer exhalan bálsamos que tranquilizan.

Una ráfaga de viento aumentó de improviso el tiraje de la estufa, y la hoguera repentinamente avivada, coloreó con un tinte aún más rojo, el fondo del cuadro que rodeaba a Andrea, perdiéndose los

resplandores de las nuevas llamaradas, en rápidas y graciosas ondulaciones.

Como dos verdes joyas, que un fuego interior hermoseara, los ojos de la joven brillaron, debilmente recubiertos por una líquida capa cristalina. Les servía de corona, una frente amplia y digna de ser sellada por las más sublimes inscripciones. El rosado tinte de las mejillas de Andrea, se apagaba al aproximarse a su nariz de corte estatuario, y renacía en sus labios, hasta alcanzar un tono carmesí, que el marfil de unos preciosos dientes hacía resaltar en virtud de artísticos contrastes.

.. ..

.. ..

De nuevo se oyó en el jardín el ruido de un automóvil que avanzaba, y unos segundos después, un portero de librea abría respetuosamente la gran puerta de la entrada, para dar paso a la señora María Vásquez de Gutiérrez, que llegaba de la ciudad acompañada por sus dos hijos, Horacio y Beatriz.

CAPITULO II

Por el año mil novecientos, en el punto más pintoresco de las barrancas de Vicente López, un caballero llamado Antonino Gutiérrez, hizo edificar su casa habitación, sin preocuparse mayormente de las sordas protestas de su señora esposa, quien detestaba la vida del campo.

Con especial empeño, dotó a esta mansión de todo género de comodidades y hasta diremos de lujo, y una vez concluída, se disponía a trasladarse a ella, para pasar allí el resto de su existencia, cuando le sorprendió la muerte.

Este señor, respondía por su personalidad, a la del aristócrata argentino, que muy joven abandona la ciudad, para entregarse cuerpo y alma a las tareas rurales. Con el andar del tiempo, el inconscien-

te espíritu de imitación propio a nuestra especie, dió a Gutiérrez todo el aspecto de un hombre de campo. Sus gestos y su manera de caminar armonizaban con su tostada piel. La sencillez del problema diario y la soledad de los horizontes sin variantes, limitaron su trabajo cerebral y destruyeron en él, toda curiosidad por lo que no fuera su establecimiento.

Las amplias facultades de que gozaba en la estancia, le hicieron absoluto y despótico. Allí todo cedía ante su voluntad: la peonada ejecutaba sus órdenes, el caballo obedecía a su espuela y por último la hacienda rebelde era encaminada "a pechadas", hacia el punto que él deseaba.

En los pocos viajes que hacía a Buenos Aires, el cochero de plaza, al que no siempre se decidía a tutear, representaba para él, en la estación del ferrocarril, un primer elemento de disgusto. Ya no vivía pues, en medio de sus súbditos. Sin embargo, el fondo moral de don Antonino Gutiérrez, quedó inalterado, bajo la tosca coraza con que se había recubierto, en las luchas emprendidas al través de las mudas e inmensas praderas de su patria. Sus delicados sentimientos, se anidaban en lo más íntimo de su persona, ya que el rudo campesino del presente,

impedía que reapareciera el sensible joven del pasado. Debido a un ridículo pudor, muy común en ciertos hombres, no confesaba sus afectos, e invariable en esta conducta, dejó morir su dicha matrimonial, por no cultivarla, por no volcar sobre ella, ese "bendito maná", que bajo forma de espontáneas ternuras brota incesantemente de nuestras almas.

A los treinta y dos años contrajo Gutiérrez enlace, con la bella y distinguida señorita María Vásquez, pero este matrimonio, resultó ser uno de los tantos pactos que coartan libertades sin dar felicidad en cambio. Por suerte, la educación de los cónyugues, dejó intacto en este caso, un mutuo respeto, que alternativamente tomó los nombres de cadena o mordaza, según actuara, recluyendo a uno de los contrayentes o acallando sus recriminaciones y reproches.

En este frío sentimiento, se trocó el falso amor de los primeros años, y las ilusiones de la esposa, acostumbradas a flotar en los escenarios mundanos de la capital, perecieron al entrar en contacto con las brisas pampeanas. Educada en un medio de principios religiosos de una severidad extremada, y orgullosa de su árbol genealógico, doña María cuidó más de su apellido, que de sí misma, en el nau-

fragio de su felicidad soñada. A pesar de aborrecer la vida del campo, siguió a su marido a la estancia, para evitar desfavorables comentarios sociales. No se rebeló, porque sus creencias se lo prohibían, y una vez hecha su composición de lugar, resolvió vengarse de Gutiérrez, valiéndose de recursos que ella creía perfectamente legítimos. Ejerció entonces el derecho de retraerse, de hablar poco, de no ocuparse del manejo de la casa, de emigrar en fin con su lote de encantos femeninos, y así quedó convertida en la mujer-máquina, dispuesta a no fallar en el papel que se le había asignado.

Nacieron los hijos, se desarrollaron sanos y fuertes y cuando Horacio, el mayor, cumplió nueve años, fué resuelto el regreso a la ciudad, para comenzar la instrucción del niño.

De este modo, quedaron establecidas bien disculpadas separaciones temporarias entre los esposos, pues mientras Gutiérrez siguió pasando las dos terceras partes de cada mes en la estancia, pudo doña María estar lejos de su marido, amparada ahora, por motivos favorablemente juzgados. Llevó el matrimonio por espacio de ocho años, este género de vida, hasta el momento en que, una fiebre tifoidea, abatió al rudo trabajador, meses antes de cumplir cin-

cuenta años. La prudencia y el acierto con que había manejado su fortuna, permitió a los suyos, entrar en posesión de dos millones de pesos, repartidos entre tierras y haciendas. De esta manera pudo la joven viuda, radicarse en el centro de la ciudad, tanto más que su hermano, harto del aislamiento de su existencia de soltero, se vino a vivir con ella. Entre ambos tomaron una gran casa, y Alfredo contribuyó con una importante suma, para el mantenimiento de la misma.

Dueña y señora de si misma, con todos los encantos propios a una mujer en el apogeo de la vida, y una vez guardado el luto reglamentario, se lanzó doña María al mundo de sus relaciones de soltera, para avivar mil vínculos enfriados con la reclusión en que había vivido, y preparar la futura entrada en sociedad, de sus hijas: Andrea y Beatriz, dos y tres años, respectivamente más jóvenes que Horacio.

Ningún detalle olvidó, en esta campaña emprendida, para volver a figurar en primera línea en el círculo de la más alta aristocracia, por ser el único que ella tomaba en cuenta. Gracias a su exquisito tacto y a la dulzura de su voz, pudo sin herir susceptibilidades, mostrarse intransigente en las cues-

tiones de casta y no estrechar lazos de amistad, sino con aquellas personas, cuyo árbol genealógico tuviera una tradición.

*

* *

Muerto el jefe de la familia, nadie pensó en habitar la gran residencia que él hiciera construir. Luego, poco a poco, perdió la vivienda de Vicente López, su carácter de amenazadora prisión ante los ojos de la viuda, libre ahora del autoritario compañero, que sin previa consulta, había resuelto instalarla por segunda vez fuera de la capital. Sintiéndose doña María, fuertemente asida de las mano por un mandato, se rebeló sin más trámites contra él; pero el día en que nadie le habló de la quinta, comenzó a gustar de su propiedad.

—¡Qué bien situada está su casa de campo! —le dijeron unas amigas "chic".

—¡Es un crimen que no pases en ella los veranos! — exclamaron otras.

Y ya que esta era la opinión de la gente distinguida, decidió la elegante dama, habitar durante los meses del estío su antes desdeñada posesión. Lo que ella no se imaginaba, era, que razones económicas, la forzaran un día a instalarse definitivamente en tan solitario lugar.

El año mil novecientos doce, se inició mal para doña María y para sus allegados, y hubo que escuchar, las inquebrantables argumentaciones que aconsejaban pasar el invierno en Vicente López. Y a decir verdad, para cualquier espíritu sensato, esto no implicaba desmedro alguno, pues la señorial mansión, ofrecía todo género de comodidades al más exigente. Su edificio, construido en dos pisos, se alzaba con gallardía sobre la barranca, ostentando sencillas pero hermosas líneas. En la parte que miraba hacia el magnífico Plata, se extendía un amplio corredor en forma de media luna, cuyo techo servía de pintoresca terraza al piso superior. Elegantes pilares sostenían esta ala saliente, y blancas gradas de mármol, facilitaban el acceso al ya nombrado corredor, algo más alto que el nivel del suelo. A ambos lados de la entrada, dos leones de bronce, hacían guardia de honor.



En el piso alto se hallaban los dormitorios, la mayoría de ellos con vista al río; y en la planta baja, habilmente distribuidos alrededor de un "hall" central estilo Luis XVI, convergían el comedor, la sala, con su pequeño jardín de invierno, un hermoso escritorio y los departamentos de Alfredo y Horacio.

Rodeaba a la casa, un soberbio jardín, prolijamente cultivado en la parte alta y llana de la loma, y agreste en la ladera, de modo que la vegetación de la barranca, iba tomando un carácter más y más selvático al aproximarse a la costa.

Pero la real belleza del lugar, se hallaba en el paisaje. Parecía en verdad, que el cielo, la tierra y las aguas, hubieran querido concertar un torneo y presentarse cada contendor, ataviado con sus más ricas prendas. Tocaba al juez de espíritu delicado y sutil, descifrar en semejante certamen, tras la lucha entre rivales en pugna, la sublime armonía existente, entre la bóveda del cielo, la vegetación lujuriosa y la playa acariciada por la inmensa mole líquida.

En esos parajes, Andrea descubría la relación íntima en que eternamente se encuentran todos los elementos de nuestra gran madre, la naturaleza. Esa

sensible joven, adivinaba un episodio de amor entre una rosa y la rama del sauce, que en un dulce vaivén la abanica, con la devoción de un esclavo apasionado. Ella decía que el sol al derramar su calor y luz, procede con el celo de un padre, y llamaba en fin al rocío, divino bálsamo que las flores reciben del espíritu del bien, cuando este se envuelve en los mantos de la noche, para conservar su incógnito.

Alfredo la acompañaba a veces en estas correrías del pensamiento, pero la imaginación de la joven volaba tan alto, que su tío no siempre podía seguirla. Por otra parte, cada vez que Alfredo habló con angustia de su terrible situación económica, adornó Andrea el escenario del desgraciado negociante, evocando los grandes consuelos, que en la naturaleza están siempre al alcance de las almas sensibles.



CAPITULO III

Repetidos golpes de "gong", resonaron en el gran "hall" central. Un sirviente vestido con un frac ya algo usado, anunciaba así la hora de la comida. Y las metálicas vibraciones se esparcieron, como rutinarios y fríos mensajeros, que partieran en busca de cada uno de los miembros de la familia. Estos respondieron al llamado, y minutos después, se escucharon golpes de puertas que se abrían y cerraban, crujidos en los peldaños de la escalera y luego los pasos de las diversas personas que convergían al comedor.

La primera en llegar fué la dueña de casa.

Más bien alta y delgada, se conservaba la señora de Gutiérrez aún joven, a pesar de los hilos de plata que matizaban a sus cabellos rubios, y de estar sus

ojos pardos, un tanto apagados por zozobras, que comprometían la estabilidad del pedestal, sobre el que descansaba su incurable orgullo. La dama traía en su mano derecha, un gran abanico que nunca abandonaba. Sucesivamente aparecieron: Alfredo Vásquez, revisando con disimulo unos cálculos recién sacados, tras él, Andrea y por fin Beatriz y Horacio. Estos últimos, comentaban cierto instantáneo aparecido en la sección "vida social" de un diario.

—¿Quién será? — preguntó Horacio, tratando de aplastar su negra cabellera, peinada hacia atrás, con fuertes presiones de sus gruesas manos.

—No sé, "ché"... a lo mejor resulta que se trata de algunos tipos,— contestó Beatriz con aire despreciativo.

—Así no más ha de ser — dijo doña María.

Entre tanto, los comensales tomaron asiento alrededor de la mesa: la señora de Gutiérrez y su hermano en los puestos de honor, a la derecha e izquierda del último, Andrea y Beatriz respectivamente, y entre la madre y la hija menor, el joven Horacio.

Una gran araña, a medio encender, proyectaba discretos rayos, sobre los muebles de un severo estilo imperio. En las paredes, un adecuado papel amarillo, reemplazaba la tela con que la señora de Gutiérrez habría querido tapizarlas.

No obstante esto, el conjunto tenía un lujoso aspecto, y durante el día, el cuadro se hermoseaba con la profusa luz venida del levante y con el bello panorama, que ofrecía la barranca y sus verdes tapices.

Esa noche, un misterioso e intermitente rumor, venido de los afueras, entristecía a los comensales. El invierno lanzaba irrespetuosamente por la campaña sus cómplices: el frío, la lluvia y el viento..

—A juzgar por lo que anuncia Martín Gil, va a llover para el día de mi cumpleaños — dijo Beatriz impresionada por el eco de una fuerte ráfaga, y colocando sobre la mesa su antebrazo izquierdo a manera de artístico soporte, dejó que su cabeza buscara en él un apoyo. Su flexible talle de mujer más bien alta, se dobló con negligente elegancia, y su rostro de morocha, tomó la expresión de una persona que se halla seriamente preocupada, con la posibilidad de un contratiempo.

—Puedes estar segura — respondió la madre — que si llueve, nadie vendrá a verte..., a tus amigas les parece que vivimos en otro planeta.

—No creo — observó Andrea — que la lluvia y la distancia, causen molestias a las que vengan en automóvil.

Esta opinión fué rebatida por Beatriz, luego Alfredo con el mayor tino quiso defender a Andrea, y la madre en fin, quedó como siempre, resuelta a no variar un ápice a lo que ya había dicho. Ella sostenía que habiendo barro, los automóviles patinaban en las calles del jardín, que el acceso a la quinta era difícil, debido a una zanja, recientemente abierta junto al camino adoquinado, y que la gente no estaba dispuesta a sacrificarse, haciendo un viaje tan largo con tiempo lluvioso. Horacio, habiendo ya abandonado su propósito de descifrar el "instantáneo", leía ahora en su diario las crónicas relativas a los nunca bien ponderados caballos de carrera. Se hallaba el joven, justamente impresionado por unas noticias relativas a la inapetencia de un famoso "crack", cuando Beatriz tuvo la audaz idea de hacerle entrar en la conversación general. Vana esperanza, el apasionado "sportsman" se limitó a encoger sus pesados hombros. Horacio adoptaba esta actitud, no sólo por indiferencia, sinó también porque le convenía. Habiendo cumplido ventiseis años, sin tener una ocupación definida, se vanagloriaba, de su título de administrador general de los bienes maternos, y no quería que se le manoseara, haciéndole discutir asuntos ya resueltos.

La misma Beatriz, había aumentado tal prestigio, entregando a su hermano, el manejo de su fortuna. De regular estatura, y grueso, sin ser deforme, era este, fisicamente considerado, el retrato de su padre. Su frente estrecha y sus ojos negros, semiocultos bajo abultados párpados, imponían respeto; su voz ronca y sus grandes labios carnosos, daban fuerza a la frase imperativa. En cuanto a sus recortados bigotes, no eran en verdad más grandes, que sus bien pobladas cejas.

Fastidiada Beatriz con el silencio que Horacio había guardado, volvió a la carga diciéndole:

—Es natural que no se te importe que vivamos metidos en este rincón, pués casi nunca "andás" por acá...

—Tendré que repetirte por centésima vez — contestó Horacio irritado — los motivos que nos han traído aquí... ¿No "sabés" que no hay plata, que la estancia está sin arrendar y que...?

—Por favor, no vayan a entrar en mayores detalles — prorrumpió Andrea al advertir la nerviosidad de su tío.

Pero Vásquez dolorosamente herido, no se conformó con la oportuna interrupción de su bondadosa sobrina, y dijo a Beatriz en voz baja:

—Acuérdate siempre, que soy un involuntario factor de lo que ahora te ocurre.

En esto la madre, notando la atención que el sirviente prestaba al agrio diálogo, se esforzó por hacerlo cesar, pero el repentino silencio que se estableció, fué tan significativo como la dureza de los términos cambiados.

Un profundo malestar reinó hasta el final de la comida, y la señora de Gutiérrez, más que la disputa en sí, lamentó que el mucamo se hubiese enterado de hechos íntimos, que podía luego contar en otras partes.

*
* *

Después de la desagradable discusión tenida en la mesa, Vásquez se retiró a su hermoso escritorio estilo inglés.

Al entrar, el reloj dió las nueve, y ya que la metálica campana le hablaba así del tiempo, por una

natural asociación de ideas, se acercó a un calendario, el cual, aunque de manera menos ruidosa, también marcaba el eterno pasar de la existencia. "Viernes 31 de Mayo", fué la inscripción que se leía en esa hoja de papel, pronta a terminar su misión tres horas más tarde. A la mañana siguiente, el mucamo arrancaría esa boleta, sin darse cuenta, de que con ella tiraba al canasto, algo de su vida, porque la hoja de un almanaque, es el símbolo de una etapa.

Vásquez pensó en todo esto y luego se dijo:

—Nosotros también somos como un calendario, sólo que, en lugar de perder poco a poco las hojas inutilizadas, las conservamos todas, hasta que llega el turno a la última. ¡Entonces, caducamos de un golpe!...

Como no había aun transcurrido medio año, era voluminoso el bulto que formaban los adosados papeles del almanaque. Representaban el futuro dentro del año 1912, es decir, el lapso de tiempo más temido por Alfredo, puesto que en él habría de jugarse su porvenir.

Vásquez, miró fijamente el calendario que concretaba tantas inquietudes, y en un momento de irreflexión, violentamente lo arrancó, deseando aniquilarlo, junto con el cortejo de tristezas y amar-

guras que profetizaba... Más en seguida, tuvo una prueba de su impotencia, pués frente al primero, se hallaba otro registrador del tiempo, y luego en el abierto campo de su imaginación, entrevió miles de ellos, que marchaban sincrónicamente y bajo el control de un invisible aparato propulsor. Había pués que contemplar con resignación, el modo como caían unas tras otras, las hojas del calendario, rotuladas todas con el sello de lo irremediable.

Mientras Vásquez reflexionaba así, doña María, Beatriz y Horacio, conversaban en la sala. Ese era el grupo que lo acusaba de no contribuir al sostenimiento de la familia, con la misma suma que antes. La generosidad de Alfredo, había perdido su sello peculiar con el andar de los años, y lo que al principio tuvo el carácter de una dádiva, luego fué considerado como una obligación natural. Lo establecido fué que Vásquez, aportaría una suma fija mensualmente, y los dos primeros años, se respetó este arreglo. Más tarde, las exigencias de la vida mundana originaron frecuentes deficits en el presupuesto de la señora de Gutiérrez, y su hermano tuvo que cargar con ellos. Mientras pudo, Alfredo pagó lujos y extravagancias, para que la vanidosa viuda satisficiera sus caprichos, así como lo había

hecho en la casa patriarcal de los Vásquez, donde siempre se prodigaron "mimos" y ternuras a la niña Mariquita. Quiso, en una palabra, Alfredo, que su hermana se desquitara del encierro en que vivió, durante sus diez y siete años de casada.

Por ello, la elegante dama se acostumbró a malgastar ingentes sumas, ya fueran malos o buenos los años. Cerca de ella siempre estaba el gran nivelador, pronto a volcar su fortuna para mantener el boato de la casa. Esta última vez, Alfredo no pudo llenar el vacío producido por el constante drenaje, y como no había hablado de la pérdida gradual de sus fuerzas, los perjudicados solo se dieron cuenta de las consecuencias de su caída, con la repentina decisión de habitar la quinta durante todo el año.

Para esto no había perdón, o más bien dicho, doña María y su hija menor no lo otorgaban, porque ellas sinceramente creían, que el lujo es un atributo que no debe faltar a las personas de cierto linaje, y entonces, veían en Vásquez, no la fuente involuntariamente seca, sino el manantial con sus funciones pervertidas.

Seguía el distinguido caballero entregado a sus cavilaciones, sin dejar de oír las voces que partían

de la sala. Allí se hacía la crónica de una gran fiesta social.

—¡Qué felices — dijo Beatriz — deben de ser, las esposas de los hombres que ocupan altos puestos! Había que ver las atenciones que todos prodigaban a la señora del plenipotenciario S...

—Ahora hay tantos advenedizos en el gobierno— respondió doña María — que esos honores no me impresionan... Lo único que vale es la sangre.

—Lo que vale — replicó Horacio — es el collar de perlas de la francesita que recitó.

El ambiente se fué poco a poco saturando de grandezas; junto a las luces, pareció que brillaran las piedras preciosas de fulana y mengana. Las imaginarias joyas invadían el escritorio de Alfredo, entre los elogios de las tres entusiastas voces, que cantaban himnos al derroche del dinero.

Vásquez se estremeció, y ya iba a partir, para no escuchar conversaciones que le mortificaban, cuando oyó que Andrea volvía de su acostumbrado paseo por el jardín. Con esto, se tranquilizó, como el niño que al despertar de una pesadilla, entrevé a su madre en la obscuridad de la noche. Algo de maternal había, en el modo como la sobrina cuidaba al atormentado luchador.

—¿Qué has hablado esta noche con las estrellas? —preguntó irónicamente Beatriz a su hermana, al verla llegar.

—No comprendo — dijo la madre a Andrea — el placer que puedes encontrar, en salir a helarte con el frío de esta noche.

—Con esta manía — prorrumpió Horacio — vas a ver las estrellas, pero "agarrando" una pulmonía número uno.

—¡Ojalá! — contestó la interpelada — fueran las fiestas mundanas tan entretenidas, como mis solitarias caminatas nocturnas.

—Debes comprender — observó doña María — que no es posible, renegar del mundo en que se vive... Si te recluyes, no faltará quien teja, Dios sabe qué historias alrededor tuyo.

—Si me muestro en todas partes, — respondió Andrea — también encontrarán las malas lenguas, motivos para hablar de mí.

—Ya "sabés" mamá — dijo Horacio, tocándose significativamente la sien — que a mi hermanita le falta un tornillo.

Andrea viendo que su madre se abanicaba con cierta nerviosidad, y sabiendo que ello era el preludio de nuevas y severas recriminaciones, se le acer-

có, y con todo cariño le dió un largo beso..., que no fué devuelto.

En esto, Alfredo, que había por fin resuelto retirarse a su dormitorio, pasó frente a la sala y dijo: "buenas noches", a todos en general. En su voz no se notaba rastro alguno de rencor, pero sí, una profunda tristeza. Escuchó la respuesta que dieron a su saludo, y al llegar a la puerta de su habitación, se detuvo en espera de su adorada hija adoptiva. No se engañaba; habían pasado unos pocos segundos, cuando llegó Andrea.

—Hasta mañana... mi tío querido — dijo la joven, palmeando cariñosamente a Alfredo.

Se cambiaron entre ellos palabras de afecto, volvió la niña junto a su madre, y Vásquez cerró la puerta de su aposento, sin antes encender luz alguna, por preferir llorar en las tinieblas.

CAPITULO IV

Un lujoso automóvil, corría velozmente por la Avenida Maipú en dirección a Buenos Aires. Avanzaba sin aquilatar los derechos agenos, y cual si fuese el dueño y señor de toda la carretera. De cuando en cuando, su trompa sonaba con estrépito, lanzando al espacio torbellinos de agudas e imperativas notas, con la misión de hacer despejar la vía y conseguir el libre paso, del coloso de la industria moderna.

—Quítate de ahí o morirás — parecía vociferar la sirena sin reparo.

Precedida por el terror, que este anuncio despertaba, y seguida por densa nube de tierra, la rica máquina vencía y despreciaba al mismo tiempo.

Todos los vehículos se alistaban para abrirle camino, y como recompensa, sus conductores recibían en plena cara, un puñado de polvo y los desperdicios arrancados del suelo, por las violentas ráfagas que el coche proyectil originaba. Los peatones, sin distinción de sexos ni edades, se apartaban para ponerse en lugar seguro, y luego quedaban envueltos en los remolinos de la sucia nube que seguía al automóvil, sin poder darle caza. Formada de tierra y restos diversos, que un hecho casual removía, la nube, tras vanos y desesperados esfuerzos, se aplacó lentamente con aleteos de vencida. Cesaron los efectos del rápido pasaje del monstruo dominador, volvió la atmósfera del camino a recuperar su límpido aspecto, y por última vez se oyó en lontananza el resonar de una bocina, que más bien parecía, la carcajada de un despreciativo gigante.

Si entonces los transeuntes de la carretera, hubieran expresado en conjunto sus sentimientos, a la voz de la tiránica sirena, una vibrante maldición hubiera respondido.

Sin embargo, Alfredo Vásquez, ocupante de este automóvil, no era un opresor, sinó una víctima. El no creía que devoraba las distancias... ; él experimentaba la sensación de ser tragado por un abismo, que se abría para recibirle.

Terminado su almuerzo, se dirigía al centro, a una velocidad que otros envidiaban y que él maldecía, porque así llegaba en pocos minutos al foco de sus preocupaciones. Hubiera preferido quedarse un largo tiempo, contemplando las tranquilas praderas y sus mansas bestias, felices con solo comer gramíneas.

Al desembocar en la gran Capital, el panorama cambió; no había allí un solo animal en libertad, todos se hallaban atados al yugo del trabajo; a la verde vegetación, la reemplazaba la pared de ladrillo, y los hombres en general, tenían el ceño del forzado.

En pocos minutos llegó Vásquez a Palermo. Era la hora cuando comienza la clásica peregrinación de madres, institutrices y niños, ¡Cuántas damas iban muellemente recostadas en sus coches!

—¿Serán realmente personas de fortuna todas ellas, — se preguntó Alfredo — o estarán algunas en mi caso?... ¿Tendrá su lujo una base firme o reposará sobre la peligrosa confianza en el aumento del valor de la tierra?

Sólo el monótono ruído de los engranajes, le contestó, repitiendo un mismo crujido de dientes y cadenas, con la impecable precisión de una maquinaria que no sufre las acometidas del pensamiento.

Frente a la "Sociedad Sportiva", dos conocidos negociantes le saludaron respetuosamente, y él les respondió quitándose el sombrero con desgano. Le había disgustado el exceso de galantería de esos caballeros, porque lo supuso tributado al conjunto que él y su coche formaban.

Hubiera querido gritar:

—Mi automóvil lo he vendido. ¡Este pertenece a mi hermana!... ¡Y en cuanto yo no pague alguna deuda, también dejaré de pasearme en un coche, que la gente pueda suponer que sea mio!

Luego, ya más apaciguado, se dijo:

—La madera lustrada, los bronces relucientes y el número de caballos de fuerza de un automóvil, forman con su propietario una cifra variable, según los ojos que la leen... De ahí que sucesivamente sea adjudicado el valor del cero, al vehículo o a la persona.

Alfredo comprendía que en su caso, esa cifra se iba descomponiendo y deformando, como si estuviera inscripta en aquellos letreros luminosos, que fustigados por un vendaval, aparecen por momentos con sus caracteres maltrechos y apagados.

¡Había que luchar, para que la homogeneidad del letrero luminoso no se alterara! ¡Una buena cosecha lo remediaría todo!

Con esta esperanza, llegó a la Avenida de Mayo, deteniéndose el automóvil frente a la casa donde tenía Alfredo su escritorio. Allí el monstruo voraz que le perseguía, le hizo un nuevo drenaje.

—Señor — le dijo el "chauffeur", después de abrir la portezuela del coche — hay que comprar dos neumáticos para las ruedas de atrás.

—Pídaselos Vd. al señor Horacio — le respondió Vásquez fastidiado — pués él corre ahora con estos gastos.

—Está bien..., pero el señor Horacio, hace ya tres días que no va a la quinta, y mientras tanto, si no tengo neumáticos de repuesto, me expongo a quedarme en la mitad del camino.

—Pero hombre, sáquelos de cualquier parte, y haga mandar la cuenta a mi sobrino.

—...Es que... él me ha prohibido que compre al fiado — respondió el subalterno, dispuesto a respetar la consigna, pués ya sabía lo que importaba una infracción.

Vásquez, reflexionó un instante sobre la conducta de Horacio; de golpe su atención se fijó en algunos hechos que comenzaban a intrigarle, y sacando dinero de su bolsillo, dijo al "chauffeur":

—Aquí tiene estos trescientos pesos, compre lo

que sea necesario, y entrégueme esta noche el sobrante.

Y al subir en ascensor a su oficina, decidió viajar en lo sucesivo siempre en tren, para desligarse en absoluto, del automóvil y de las contribuciones para su mantenimiento.

Mal impresionado por los tristes ecos que de todas partes le llegaban, y por los negros cuadros que su imaginación forjaba sin cesar, dió comienzo, frente a su mesa de trabajo, a la tarea de leer su correspondencia.

Las tres primeras cartas las puso de lado, por tratarse de avisos sin importancia. Vásquez buscaba otra cosa. Un pequeño memorándum blanco, atrajo subitamente su mirada, y en el propio instante, sus manos se precipitaron sobre él, para desentrañar la sentencia que encerraba. Por fin, tras multiples y pequeñas desgarraduras, quedó irregularmente desplegada la inquietante misiva. Entonces, los azules ojos de Vásquez, recibieron de las breves líneas que la nota contenía, una impresión indecible. La palabra "Acordado" en ella escrita en salientes caracteres, adquirió un incomparable valor. Esa palabra se componía de números y no de letras, de números que eran fuerzas, de fuerzas, que resultaban ser tablas de salvación.

—¡Acordado! ¡Acordado! — repitió Alfredo varias veces. Tras diez días de una terrible espera, le habían concedido el descuento de los cien mil pesos, en momentos en que ya comenzaba a perder toda fe en el futuro. Locas alegrías bañaron sus centros nerviosos, con un bálsamo dotado de un enorme poder de difusión, pues de inmediato todo su organismo, sufrió los efectos de tan benéfica influencia. Maquinalmente se puso a caminar por la oficina, y al acercarse a la ventana que daba a la Avenida de Mayo, sonrió al cielo azul, al sol generoso, a la amplia arteria y a la muchedumbre que la recorría.

—Con estos cien mil pesos — se dijo — podré llevar adelante los trabajos agrícolas del año; si la cosecha resulta buena, pagaré todas mis deudas, y en el caso contrario, el valor de mi fortuna, muy superior al de mis compromisos, evitará toda pérdida a mis acreedores.

Más decidido que nunca, a proseguir su penosa marcha, se puso a revisar por centésima vez, su último balance, y para asegurar el éxito final, hizo nuevas podas en su presupuesto de gastos. Con cada renglón suprimido, experimentaba una satisfacción parecida a la del fakir, que goza con las auto-mutila-

ciones a que se entrega. Y en lo relativo al fin buscado, cierta semejanza existía entre ambos, pués si el creyente pagano busca la aprobación de su dios, Vásquez anhelaba la de su conciencia.

Estaba entregado á esta tarea, cuando su empleado le anunció la visita de don Eduardo Sahavedra, y casi en el mismo instante, se encontró con el recién llegado junto a su mesa de trabajo.

Era este caballero, un joven alto y elegante, cuya constitución atlética, contrastaba con su semblante, dulcificado por la acariciadora expresión de unos ojos de un color pardo obscuro. Igual tinte tenía su cabellera, peinada con raya a un lado, y hacia atrás, de manera que dejaba descubierta una amplia frente de pensador profundo.

—Disculpe que le interrumpa — dijo Sahavedra a Vásquez, tendiéndole con cariño, su mano de hombre fuerte.

—Pero hombre — respondió Vásquez agradablemente sorprendido — cuanto me alegro de verle.

Y dicho esto, invitó Alfredo a su visitante, a que tomara asiento a su lado, y añadió:—Vd. sabe cuanto estimo su amistad, pero quizá ignora, hasta que punto su juventud me alegra y me anima.

—¡Muchas gracias!—respondió Sahavedra, mos-

trando al sonreir sus grandes y bien delineados dientes.

—Vd. es el único ser, que por obra y gracia de un milagro, escapa a la nefasta acción del tiempo. Tiene treinta y ocho años, y ahora que se ha afeitado el bigote, apenas representa treinta. Esto, sin hablar de su inalterable buen humor.

—Mis risas ocultan a veces grandes tristezas...

—Yo, en cambio — respondió Vásquez, — no tengo la suerte de saber fingir.

—Antes — dijo Eduardo—, yo tampoco sabía hacerlo, pero ahora he aprendido...

Se acordó entonces Alfredo, del terrible fin de la esposa de su amigo, muerta de una infección puerperal, antes del primer aniversario de su enlace. Casualmente, tan luctuoso episodio, había sido el origen del grande y sincero afecto, que recíprocamente se tenían estos dos hombres.

Unidos por una antigua relación de familia, la desgracia ocurrida a Eduardo, estrechó aún más estos lazos. Alfredo en las frecuentes visitas que hizo al joven viudo, tuvo ocasión de admirar sus virtudes, y sobre todo le sorprendió el celo con que ese padre de veinte y dos años, cuidaba del pequeño retoño que la infortunada extinta le había dejado. De-

bido a esta asociación de ideas, preguntó a Eduardo:

—¿Y su hijita Ema, se encuentra bien?

Sahavedra respondió, que la temporada de Mar del Plata le había sentado admirablemente y que para acabar de fortalecerla, había resuelto llevarla a menudo a jugar con él, al "Tennis Club" de Belgrano.

Luego, hablaron los amigos de política, de asuntos rurales y por fin Eduardo tímidamente dijo:

—¿Puedo en nombre de nuestra amistad, hacerle una pregunta, sin que me tache de indiscreto?

—La que Vd. quiera...

—Pues bien, desearía saber si ocurre algo de anormal en la Compañía de Tierras de Córdoba.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque he sabido, que Vd. se ha deshecho de sus acciones...

—¿Y quién le ha dicho semejante cosa? — prorrumpió nerviosamente Alfredo.

—El corredor de Bolsa de Schulzer, me lo acaba de contar, y a él se lo dijo uno de los compradores de estos títulos. Entonces... intranquilo por su suerte en este asunto, he venido ansioso a verle.

Vásquez meneó su cabeza de luchador, acosado por un implacable enemigo, y haciendo un esfuerzo para recuperar su calma habitual, dijo a Sahavedra:

—Disculpe, amigo querido, mi arranque y escúcheme, porque voy a ponerle en posesión de un secreto...

Entonces Vásquez, profundamente afectado, hizo la historia de la Compañía de Tierras de Córdoba, elogió su administración, su actual estado financiero y luego, con profunda tristeza agregó:

—Mi buen Eduardo, la necesidad me ha obligado a vender esas acciones, a pesar de considerarlas excelentes. Por primera vez me quejaré de mi situación delante suyo... Hasta ahora, sólo Andrea ha oído mis lamentos, y eso, porque sus intereses están asociados a los míos.

—Le he visto reducir sus gastos — respondió Eduardo contristado — pero siempre he supuesto que la crisis afectaba a su fortuna, como a la de todos en general... He creído que sus economías eran simples medidas prudenciales... ¡Qué mal ha hecho en no confesarse conmigo!

—¿Para sembrar aflicciones antes de tiempo? ¡Bah! Si las cosas no mejoran, ya hablaremos. Por el momento, he salido del paso, con el importe de la venta de esos títulos... Entre todos mis bienes, fué lo único que conseguí realizar.

Vásquez suspiró, hizo un impresionante gesto lleno de amargura y continuó diciendo:

—Ahora sabrá Schulzer, que mi salida del directorio de la compañía, fué una consecuencia de la venta de mis acciones... ¡Y pensar que él creía que yo renunciaba para descansar!

—¿Cómo así? — prorrumpió Eduardo—¿Ha renunciado Vd. a su puesto de director?

—Sí, mi querido amigo, no me queda el número de acciones exigido por los estatutos, para continuar en ese cargo.

La súbita alegría tenida, ha un rato, también se empañaba. Negras nubes jugaban con los raros destellos de felicidad que la vida le otorgaba a Alfredo, así como las manos del travieso nieto, juegan al interponerse entre el abuelo entregado a sus lecturas y la lámpara que le ilumina. La luz que alumbraba a Vásquez, dependía del capricho de la suerte, y este en mucho se parece al antojo de un niño.

Hablando siempre del dolor humano, los amigos se separaron, pero ambos comprendieron que esta entrevista, quedaba sólo momentáneamente interrumpida.

Eduardo Sahavedra, desapareció bajando con andar elástico las gradas de la escalera, y Vásquez aunque disgustado con saber que todo el mundo se enteraría de la venta de sus títulos, se tranquilizó

al pensar que este sacrificio, lo había hecho, para responder a una deuda hipotecaria de un bien de Andrea.

CAPITULO V

Los pronósticos metereológicos, temidos por Beatriz, se cumplieron al pie de la letra. El domingo 9 de Junio, el sol, sordo a los ruegos de la niña que cumplía veinte y tres años, permaneció tristemente velado. De cuando en cuando, parecía que el astro soberano iba a surgir tras alguna de las nubes menos densas y obscuras, pero de inmediato, negros mantos acudían presurosos y tapaban los espacios claros, como si quisieran mantener intacta, la cortina que cubría al cielo. La naturaleza se había vestido con ropajes de matrona llorosa, pero coqueta siempre, jugaba con sus velos grises, ya fuera desplegándolos por las alturas, ya cubriendo con ellos las copas de los árboles, ya arrastrándolos por

la tierra. El río contagiado por la infinita tristeza del firmamento, se movía con desgano, y sus ondas morían en la playa, palpando la arena de la orilla, con una suavidad que hacía pensar, en las caricias con que el amoroso ciego bendice la cabeza de su infantil guía. Allá lejos, el horizonte pálido, monótono y curvo, limitaba el paisaje.

En casa de la familia de Gutiérrez, se proseguían no obstante, los preparativos para el "five o'clock tea", que daba la madre, festejando el cumpleaños de su hija menor.

A la una de la tarde, el teléfono anunció a Beatriz, que su amiga Ana T..., le deseaba tolo género de felicidades, pero que sentía mucho no poder ir a verla.

Doña María, al enterarse de este mensaje, se quiso hacer la indiferente, pero puso de manifiesto su fastidio, dando pequeños y repetidos golpes de abanico, sobre la mesa junto a la cual se había sentado.

Con pocos minutos de intérvalo, se reprodujeron varios casos semejantes. A una de las invitadas se le había enfermado la madre, de modo que no tenía quien la acompañara; otra se hallaba tan resfriada, que temía "sacar la punta de la nariz afuera"; hubo quien pretextó un serio desperfecto en su auto-

móvil, y cierta niña dijo con el mayor desparpajo, que no quería cansarse con un viaje hasta Vicente López, porque esa misma noche pensaba ir al Colón.

A todo esto, la señora de Gutiérrez, como era domingo, no quería pecar poniéndose a tejer, pero su cerebro en cambio, se hallaba entregado a maquinaciones mucho menos inocentes, que las mallas de un encaje. Lo que más la afligía, era el tener que sufrir en silencio, pues, Alfredo le había hecho saber, que por su decoro personal, estaba resuelto a no admitir que se repitiera una escena tan desagradable, como la desarrollada durante aquella comida, en que se habló de los inconvenientes que reportaba el vivir en Vicente López.

Por otra parte, la señora de Gutiérrez, había entrevisto síntomas de una seria y progresiva desavenencia entre Alfredo y Horacio, y temía avivarla con nuevas quejas. Estos hechos constituían para la orgullosa dama, una mordaza que la mortificaba horriblemente, y que sólo se la hubiera podido quitar, para desahogarse con Beatriz. Más ¿cómo entristecer a su hija, participándole sus temores por el éxito de la fiesta?... ¿Cómo sembrar la desconfianza en su espíritu? ¿Cómo decirle?: "Tus amigas te abandonan".

Madre e hija tenían igual manera de pensar, ambas actuaban de acuerdo con reglas y principios que ellas consideraban ser las bases de la sociedad, cuando sólo son sus molduras. Ambas, pensaban, que la vida rumbosa que habían llevado hasta entonces, no podía ni debía alterarse, pues personas de su rango, necesitaban del lujo, como un obrero de sus brazos. Por eso, cuando Alfredo habló de economías, ellas le contestaron:

—¿Y cómo hacen fulana y mengana y mil otras, para seguir gastando a pesar de la crisis? En el mundo en que vivimos, es imposible suprimir ciertos gastos de representación... Que se economice en otras cosas...

Y cuando se les preguntaba, qué clase de economías proponían, no atinaban a contestar, porque en realidad querían que en nada se alterase el fastuoso presupuesto de los buenos años. Los privilegios que el abolengo de la familia les acordaba, eran para la señora de Gutiérrez y su hija, cantidades inalterables, que ningún acontecimiento debía cambiar. Pero si luchaban por no perder ciertos derechos, eran también inflexibles en lo relativo a sus deberes, netamente divididos, en religiosos y sociales,

Para cumplir con la iglesia, obraban ciegamente de acuerdo con sus confesores, sin que el raciocinio propio a cada una de ellas, alterara en lo más mínimo, preceptos hechos para la humanidad en masa, y no para cada mujer en particular. En las cuestiones sociales, las dos obedecían, al artículo del código de la aristocracia, que dice, que la sangre azul, no puede mezclarse con la de otras categorías.

Con inflexible severidad, implantó doña María al enviudar, sus vanidosas máximas, en todo lo relativo a la educación de sus hijos, y sucedió entonces, que careciendo de toda elasticidad, ese molde moral en el que había encerrado a su descendencia, sólo en un caso logró que se realizasen sus aspiraciones. Triunfó con Beatriz, pero con Andrea y Horacio, la pasta propia a cada uno de ellos, evolucionó, perfeccionándose en el caso de la niña y retrogradando en el del joven.

Sin embargo, estas diferencias entre los hermanos, habían carecido, hasta hacía poco tiempo, de aparente importancia. A Andrea la llamaban: romántica, a Beatriz: mundana y a Horacio: "farrista".

—¿Qué pasaba, para que estos apodos adqui-

rieran progresivamente los caracteres peculiares a los insultos y reproches?

Fué esta la pregunta que la señora de Gutiérrez se formuló, al darse cuenta de la transformación que se operaba en el seno de su familia.

*
*   *

—¡Qué horror! ¡ Qué manera de llover! ¡"Tené" cuidado, hijita, no te vayas a resbalar!... ¡Pero mamá, te arrastra el vestido... te estás mojando toda!...

Exclamaciones como estas, se empezaron a oír, alrededor de las cuatro de la tarde, junto a la escalinata de acceso a la casa. La amabilidad de las visitas, quedaba así limitada al acto de presencia, porque no era posible aceptar resignadamente y sin protestas, un sacrificio semejante. Algunas de ellas, las más cultas, antes de salir del coche, se envolvían cuidadosamente, se arremangaban, y

ya prontas a todo, lanzábanse mudas, con el ceño fruncido y con los bríos del nadador que resueltamente se precipita al río.

A cierta gruesa dama, le tocó bajar de su automóvil, en momentos en que una nube, mandada al parecer ex-profeso, derramaba sobre la tierra inconsiderados torrentes. Se cobijó la señora bajo el paraguas que sostenía un lacayo, más el viento decidió llevarse tan preciado amparo, y la buena madre de familia, que sólo podía subir las gradas de la escalera, levantando primero el pie izquierdo, se vió en una situación más difícil, que aquellas en que se encuentran, los más arriesgados alpinistas. Dos hijas acudieron en su ayuda, y después de salvarla del mal paso, trataron de secarle la cara, valiéndose de un diminuto pañuelo, el cual por desgracia, tiñó la frente de la dama, con indiscretos colores purpurinos.

Lo serio y lo cómico se daban la mano, y mientras el tormentoso tiempo restaba brillo a la fiesta de la señora de Gutiérrez, ésta, rodeada de los suyos, sentíase en posición harto ridícula, al recibir a sus empapadas visitas. Mal dispuesta con todo esto, adivinaba un reproche en cada rostro, y en algunos descubría gestos de conmiseración

para con ella. La lluvia acababa de enmohecer sus resortes de mundana, y misteriosamente cohibida, enmudecía como si se hallara ante un tribunal. En una palabra, ya no se creía reina, porque palpaba las consecuencias de la disminución de su poderío.

Alfredo, también tenía aprehensiones semejantes, pero no por ello dejaba de prestar eficaz ayuda a su hermana, en la tarea de atender a los que iban llegando. Beatriz, más alegre al ver que su plan no fracasaba del todo, iba de un lado a otro, elogiando trajes y sombreros y diciendo a cada amiga, a título de suprema recompensa por no haberla abandonado, una broma con algún joven que fuera del gusto de la agraciada.

En cuanto a Andrea, conversaba con aire modesto y sencillo, y permanecía tan inalterable ante las posibles críticas de los invitados, como ante sus ceremoniosas lisonjas. Hablaba con Eduardo Sahavedra, quien venía de jugar una partida de ajedrez con Alfredo.

—Ha visto — dijo la joven a su compañero — que esta gente cree merecer un gran premio, por haber venido con mal tiempo.

—Muy pocos — respondió Eduardo — se que-

jan con sinceridad..., los más lo hacen, para tener un tema de conversación.

—Y otros por no atreverse a elogiar un día de lluvia. Ellos nunca alcanzarán a descubrir, las incomparables bellezas de una tormenta.

Sahavedra sonrió, aprobando lo que Andrea decía, y cual si mediara un tácito convenio, ambos se encaminaron lentamente hacia la sala y luego de atravesarla toda, penetraron en su pequeño jardín de invierno. Debido a sus paredes de cristal y por hallarse en una extremidad saliente, se podía desde este punto, abarcar un extenso panorama.

La tarde moría, precipitado tal desenlace, por el espeso sudario que el viento arrollaba sobre el poniente. Grandes nubarrones venidos del este, cruzaban el firmamento e iban a posarse en occidente, empeñados en acortar la agonía del astro luminoso y en quitar toda belleza a su muerte. En vez de los vivos colores de sus incomparables despedidas diarias, se veían obscuros telones que prematuramente enlutaban la tumba del sol.

—Parece — dijo Andrea, señalando las gigantescas nubes esparcidas por el lejano horizonte— que una conflagración volcánica, hubiera estalla-

do alrededor de nuestro planeta, y que esas vaporosas y negruzcas masas, fueran exhaladas por legendarios e innumerables cráteres.

—Ya sabía — respondió Eduardo — que la artista, iba a leer en su gran libro.

—Diga más bien: en nuestro gran libro, porque he sido Vd., quien me ha enseñado a descifrar los grandiosos cuadros de la naturaleza.

—Andrea... mi única ventaja estriba en los catorce años que le llevo... ¡Cuántas auroras más que Vd., habré contemplado!

—...Con la experiencia, Vd., ha adquirido sensibilidad y otros almacenan desengaños.

En esto, resonaron en las paredes de cristal del jardín de invierno, pequeños golpes que se sucedían sin ritmo y al acaso, y por el espacio descendieron gruesos hilos de agua, que hacían el efecto, de ser las mallas directrices de un tejido, destinado a unir el cielo a la tierra. Pronto los pequeños golpes se hicieron más frecuentes; simulaban ahora una fuga de semi-fusas, en la cual el artista supremo buscara triunfar, con la grandiosidad del conjunto de su composición, y no con la melodía de los compases.

Al estrellarse las gotas contra los vidrios, se

confundían las unas con las otras, y se deslizaban formando una delgada capa líquida, que alteraba en el espectador, la limpidez del paisaje contemplado.

Andrea y Eduardo, sordos a los rumores de la fiesta, conversaban silenciosamente entre ellos, por medio de la naturaleza agresiva pero hermosa.

Para combatir la siempre creciente obscuridad, que invadía el interior de la casa, fueron encendidos nuevos focos eléctricos, y uno de estos al proyectar sus rayos sobre la hermosa pareja, entorpeció su ensueño. Andrea se volvió hacia la impertinente luz, y encontrándose entonces con una expresiva mirada de Eduardo, un repentino rubor coloreó su rostro. Fué esta la respuesta que el corazón de la joven dió a los ojos de su compañero... ... ...

... ...

Entre tanto, las últimas esperanzas de la señora de Gutiérrez y de Beatriz se iban desvaneciendo. La tan anhelada reunión resultaba un "fiambre", puesto que a las cinco y media, apenas un tercio de los invitados se hallaba presente. Una pequeña orquesta colocada en un rincón del "hall", tocaba el vals "Visión de Salomé", pero

como Horacio y su grupo de amigos no llegaban, las niñas tenían que bailar entre ellas.

El joven Gutiérrez invenciblemente atraido por su pasatiempo favorito, se había dejado estar en el hipódromo, discutiendo acaloradamente, sobre la conducta que desde tiempo atrás venía observando un jockey.

En cuanto a los otros caballeros que prometieron asistir, sólo cuatro habían cumplido con su palabra.

Sin embargo, momentos más tarde, y a pesar de tanto contratiempo, nació poco a poco la animación, gracias a la actividad desplegada por la señora de Gutiérrez. Ella proveía de temas a cada grupo de personas, con el celo de la mundana que despierta y mantiene esos coros de risas y de voces, que dan vida a los salones. Distribuía cumplimientos y bellas frases, con singular tino y maestría, y así, entre elogio y respuesta, un dulce bienestar se apoderó paulatinamente de la concurrencia.

Los ricos muebles, cómplices y testigos de las rumbosidades de la soberbia mansión de Buenos Aires, contribuyeron a simular las recepciones de las buenas épocas, y por un momento, doña Ma-

nía al ver su casa profusamente iluminada y recorrida por un escaso pero selecto número de sus relaciones, pensó con orgullo, que su estirpe era capaz de vencer los obstáculos que la crisis le oponía. Se le ocurrió que ninguna de las niñas allí presentes, tenía la gracia de sus hijas. Llegada la hora de pasar al comedor, las vió deslizarse obsequiosas entre los concurrentes, y en el modo como ofrecían ya fuera una copa de "champagne" o unas golosinas, había tanta distinción, soltura y elegancia, que la madre, se dijo:

—¡Son en verdad dos princesas!...

Sintióse la señora de Gutiérrez, igualmente halagada por la cultura con que Alfredo atendía a sus invitados. Sólo Horacio, quién había ya vuelto de las carreras, no armonizaba con el resto de la familia, debido a su tosco semblante y a sus abultadas formas, hechas aún más visibles, bajo la presión de un entallado "jaqué".

A esta altura de la fiesta, los últimos acontecimientos sociales volaban de boca en boca. Se hablaba del compromiso matrimonial de una niña, horrible de fea, pero muy rica, con un joven de nombre desconocido, cuya única fortuna consistía en dos automóviles de alquiler.

—"Ché" — dijo Susana N... a Beatriz, haciendo alusión a este caso — el pobre infeliz, se verá obligado a vender los taxímetros para tener con que casarse.

—Yo creo — contestó, riéndose la interpelada —que se quedará con uno de los coches, para demostrar a la gente que sigue trabajando.

—Parece — observó Susana en voz baja — que el novio tiene dos hijos.

—¡Qué horror! — exclamó Beatriz — ¿Quién te ha contado eso?

—Se lo oí ayer a mamá, en una conversación por teléfono.

En la sala, se había acercado a Andrea, el joven A. Gómez, dispuesto a conversar sobre sus dos temas favoritos: las veladas teatrales y las "toilettes" de las damas. Gran admirador y decidido festejante de la hermosa rubia, pero algo tímido, había estado esperando un momento oportuno para dirigirle la palabra.

—¿Qué tal le parece la compañía del Colón?— preguntó con empalagoso amaneramiento a Andrea.

—Muy buena — respondió esta con desgano, y sin preocuparse de seguir comentando tan tra-

queteado asunto. Viendo entonces el caballero, que el tema elegido no había despertado interés, acudió a su otro recurso, exclamando:

—¡Qué espléndida estaba la otra noche, con ese traje verde que le sienta tan bien!

—Recuerdo — dijo la joven — que me lo ponderó el año pasado, de modo que el vestido es realmente de su gusto.

—Sabe Vd. muy bien que siempre soy sincero...., y que no tengo palabras para elogiar todas sus grandes cualidades...

Andrea sólo respondió con una cortés inclinación de cabeza, pués no quería contestarle: "Eso también, ya me lo ha dicho". Y como en ese instante, viera pasar a Ema Sahavedra, pidió a Gómez que la excusara y se acercó a la hija de Eduardo.

—¿Dónde te habías metido que no te he visto? —le preguntó abrazándola afectuosamente.

—Pero, Andrea, — exclamó la niña sorprendida — he estado aquí junto con todos, desde hace un buen rato. Tu "apunte" con Gómez, te ha impedido...

—¡Por favor, no me des bromas semejantes!— prorrumpió Andrea disgustada, y hubo tal sin-

ceridad en el tono de su voz, y fué tan espontánea la nerviosa presión que sus dedos ejercieron, al tomar una de las manos de Ema, que esta respondió:

—Perdóname, ya no lo haré más. Veo que papá tiene razón al decir, que las chicas de mi edad, no deben andar en fiestas, porque suelen ser a menudo importunas...

Esto fué expresado con la suavidad peculiar a una niña de diez y seis años, cuando pide ser absuelta de una falta involuntariamente cometida. Era la hija de Eduardo, uno de esos seres, cuyos gestos tienen toda la elocuencia de una frase, de manera, que al estudiar la inquietud de sus movimientos, se adivinaba la nerviosidad de su mente, no sometida aún, al régimen de una orientación definitiva . Su delgado cuerpo y su pálida tez, esperaban el toque terminal de la madre naturaleza, y su espíritu, tan pronto se entretenía con los juegos de una adolescente, como soñaba con el peinado alto y con la falda larga.

Andrea la tomó por la cintura y sin darse cuenta, la llevó al jardín de invierno, donde momentos antes había estado con Eduardo. Ya no llovía, no se oía más el repiqueteo de las gruesas gotas de

agua contra los vidrios; la noche reinaba en los afueras, y sobre el césped, se dibujaban fuertemente iluminadas, las puertas y ventanas de la casa. En el centro del radiante nicho de cristal, se detuvieron las dos jóvenes: la menor adoptó su habitual actitud de niña mimada, y la otra, prodigando caricias y ternuras, ocupó el lugar de una hermana mayor o más bien..., el de una madre... Dos grandes palmas dispuestas a ambos lados del grupo, le formaban un verde techo, con sus hojas abiertas como enormes peinetas, y floridas plantas caprichosamente colocadas, perfumaban el ambiente, embellecían el cuadro y daban al conjunto, un encantador aspecto.

—¡Cuánto te quiero!... Tu eres una madre para mí! — exclamó la menor, apoyando la cabeza contra el pecho de su buena amiga.

Ema, haciendo las veces de un exquisito y sensible instrumento musical, acababa de vibrar al unísono, con las secretas ansias de la hermosa Andrea. Esta miró entonces fijamente a la hija de Eduardo, y tras unos segundos de contemplación le dijo:

—Tiene tu pelo, el mismo color que el de tu padre, y tus ojos son idénticos a los suyos .. ..

....

Los invitados comenzaron a retirarse, y por más que en realidad hubieran todos pasado un buen rato, algunos de ellos se entretuvieron antes de partir, en aguzar la crítica.

—Que "opio de fiesta" — dijo a la salida Susana N... a su madre.

—No me "hablés" de semejante fiasco — respondió esta, mientras se envolvía el cuello con una hermosa piel de chinchilla. — Esta pobre señora de Gutiérrez, bien merecido lo tiene, pués ya que se ve obligada a vivir aquí, no debería meterse a festejar cumpleaños.

—Pero si hasta tengo miedo, que nos asalten por el camino...— observó una flaca e insignificante rubia, que momentos antes había recitado parte del "Idilio" de Núñez de Arce.

La madre de Susana oyó la exclamación de la niña, a quien tanto asustaban los ladrones, y dijo en voz baja a su hija:

—Esta chica, más bien debería temer, la pulmonía que la espera a la salida de tan encantadora fiestita...

En otro grupo, la gruesa dama que a la entrada fué víctima de la inclemencia del tiempo, preguntaba a una distinguida viuda:

—¿Sabe Vd. por qué esta familia, ha dejado la casa que habitaba en la ciudad?

—Doña María pretende — contestó la viuda sonriéndose irónicamente — que el propietario se la pidió, para vivir en ella, pero resulta que la casa está ahora con papel de alquiler...

—¡Qué gracioso!... Son cosas de la crisis...

—Además, en el Colón, sólo han tomado la cuarta parte de un turno, y dicen que no han podido conseguir localidades para el Odeón, cuando se sabe, que esto nunca pasa a los que han sido, como ellos, abonados a las temporadas anteriores.

En cambio, junto a los dueños de casa, únicamente se oían elogios de la fiesta. Se alababa la buena idea, que había tenido la señora de Gutiérrez, al invitar a sus relaciones a tan agradable reunión.

—¡Qué se repita! ¡Qué se repita! — exclamó una señora al despedirse de doña María, pero siendo de mal genio, y estando disgustada por haber ido a Vicente López,, el gesto con que acompañó a su despedida, tuvo el carácter de una oculta amenaza. Mientras esperaba su automóvil, quiso desahogarse con alguien, y reprochó mil insignificancias a su marido, más este, como pa-

decía de una bronquitis crónica, se contentó con toser a cuenta de los accesos que el aire húmedo le iba a provocar.

Los coches se llevaban, unos tras otros, a los invitados. La dueña de casa y sus hijas, paradas en la sala, recibían los agradecimientos de los que se iban. Doña María y Beatriz escuchaban encantadas este coro de elogios y zalamerías, cuando llegó a sus oídos una franca opinión sobre la fiesta.

—¡Qué "vela bárbara"! — dijo en voz alta un joven, al darse cuenta del precio que marcaba el taxímetro en que había venido — para "opiarme tanto", no valía la pena gastar ni la mitad.

—¡"Guarango"! — murmuró la señora de Gutiérrez, y dirigiéndose a Beatriz, le dijo:

—Siento que Horacio se haya ido, pués me hubiera gustado que oyera a este insolente.

Impresionada por la brutal declaración de su invitado, dedujo la orgullosa dama, que eran quizá muchos, los que así hablaban de su fiesta.

A lo lejos, resonaron las sirenas de los automóviles que partían, y entonces, las ilusiones que momentos antes doña María se forjara, cayeron definitivamente destruidas por la más profunda

decepción. Supuso que las bocinas, interpretando los sentimientos de las descontentas visitas, le decían: ¡adiós! para nunca más volver, y adivinó una terrible ironía en sus estridentes notas.

—¡Se ríen quizá de mí! — pensó la dueña de casa, y con un gesto de gran señora, se alejó buscando la soledad de su aposento.

Alfredo y las dos jóvenes, la vieron subir por la escalera, mas no se animaron a decirle palabra alguna.

¡Por vez primera, sentíase la aristócrata, realmente vencida!

CAPITULO VI

En la densa obscuridad de la noche, la casa de la familia de Gutiérrez, hubiera tenido el aspecto de una desierta morada, si en una de las habitaciones altas, no hubiese brillado una luz viva e intensa. Por entre los dientes de metal de las persianas, pasaban radiantes haces, que luego se perdían, al mezclarse con las negras sombras.

La joven que ocupaba esa alcoba, no podía dormirse, a pesar del imponente silencio que invitaba allí al descanso. Las tinieblas merodeaban impotentes en las vecindades del iluminado aposento, y se contentaban con tejerle lúgubre engarce.

En el mar como en la tierra, en la cumbre de un monumento, como en el rancho más misera-

ble, allá en las regiones de las estrellas como en la mano vacilante del viajero nocturno, una luz lejana atrae e interesa, porque encierra un cierto misterio. Es a veces un exponente del poderío de un gran señor, otras revela el lugar donde un velorio se celebra, y otras veces una luz, es una fiel compañera que nos ayuda a pasar las noches de insomnio.

Esto último acontecía ahora a Andrea. Sentada junto al respaldo de su "chaise-longue", profundizaba un árduo problema de su existencia. Hacía ya una hora que había vuelto del Colón, y aún se hallaba vestida con su elegante traje de baile, color rosa claro. Retardaba el momento de quitárselo, porque ella y su estuche de seda, formaban un conjunto que Sahavedra había elogiado.

—Esta noche, no hay duda que Eduardo ha sido más expresivo que de costumbre... — balbuceó Andrea, y esas palabras representaron la conclusión, a la que ella había llegado después de largas meditaciones. Luego sus labios enmudecieron, más sus verdes ojos, lanzados en busca de cuadros que la deleitaban, se animaron más y más, y llegado un momento, el cúmulo de sensaciones experimentadas, la hizo exclamar con vehemencia:

—¡Eduardo, quiero que me hables... que me confieses de una vez, que me amas!... ¡No evites una declaración que ansío!...

Tras esto, comenzó a pasearse, yendo sin rumbo de un mueble a otro, y tomando un objeto al acaso, para dejarlo sin dirijirle tan siquiera una mirada. En todos sus movimientos se adivinaba un profundo desgano.

La bella joven se hallaba dominada en esos momentos, por una aspiración suprema, la más avasalladora de las aspiraciones femeninas. Su espíritu se debatía, así como lo hacen las fuerzas encerradas en estrecho círculo, cuando tratan de salvar las vallas que las contienen. Andrea amaba locamente a Eduardo, y su afecto, lejos de ser un fruto espontáneo, era el resultado de largos años de amistad. Ahora el vínculo había cambiado de nombre, y el franco saludo del amigo, ya no bastaba a la mujer que al nombrar a Eduardo, sentía una indecible emoción.

Cuando Alfredo pasó a vivir bajo el mismo techo que su hermana, ofreció a Sahavedra su nueva casa. Fué así como este último, llegó a frecuentar la familia de Gutiérrez. Desde el primer momento, el hombre superior se impuso, y en una

forma u otra, se ganó las simpatías de todos, y muy especialmente las de Andrea. Despertó en la niña gran admiración, la elocuencia del joven viudo, su elegancia y su tipo de hombre fuerte y distinguido.

—¡Es buen mozo, inteligente y sentimental! — exclamaba Andrea al hablar de él. Con el andar del tiempo, le elogió menos, pero le admiró secretamente más, y en los últimos años, hizo de él, su ídolo. Al mismo tiempo, que esta transformación se operaba en ella, comprendió Andrea que algo análogo acontecía en Eduardo, el cuál, a pesar de sus esfuerzos por mostrarse impenetrable, había ya en varias ocasiones, dejado entrever sus verdaderos sentimientos.

—¿Por qué — se preguntó la joven — guarda Eduardo esta actitud?

Su voz se perdió sin respuesta, sin un eco tan siquiera, y entonces, la imagen del heroe adquirió nuevas galas, al revestirse con las que tan insidiosamente suministra el misterio.

Recordando hechos y episodios, se detuvo complacida al pensar en la bella escena, que dos meses antes se desarrolló en el jardín de invierno, el día del cumpleaños de Beatriz. Descifró mira-

das, gestos y frases, y para aumentar el caudal de impresiones favorables, interrogó al ramillete de frescas violetas, que Eduardo le había regalado pocas horas antes. De este trabajo de imaginación y de paciencia, nació una esperanza..., y allá en la tierra de los ensueños, el semblante del ídolo, perdió un tanto su aspecto enigmático...

...Andrea se sonrió, y dos sonrosados pliegues rodearon su boca, a la manera de vivos paréntesis, destinados a hacer resaltar, la belleza de la joya que encerraban en su seno. Algo más satisfecha, comenzó a quitarse lentamente su ropa.

En esto, oyó un ruído de pasos, prestó atención, y pudo darse cuenta de lo que se trataba. Era Alfredo que salía de su escritorio.

—¡Pobre tío querido... — exclamó la joven con tristeza — los dos sufrimos, pero tu te desahogas contándome tus penas, y yo a nadie confíe las mías!

Instantes después, en la planta baja, se encendió una nueva luz, al entrar Vásquez a su aposento. Esta luz dirigía sus rayos hacia el poniente, mientras la del piso alto brillaba del lado del levante...

...Todo esto, como si la casualidad hubiera

querido indicar, con las doradas flechas que partían de las ventanas, el diverso destino que a estos dos seres les estaba asignado.

*

* *

A la mañana siguiente, se paseaba Alfredo por una de las alamedas de la quinta, cuando a lo lejos divisó a Andrea, que venía subiendo la barranca. Quiso en el primer momento, adelantarse hacia la joven, pero reaccionando en el acto, prefirió quedarse contemplándola. Su sobrina, en marcha por la ruta agreste que conducía a la casa, le subyugaba. La chaquetilla y el gorro de lana, que la protegían del frío, ostentaban el mismo color que el cielo, y siendo los ángeles rubios y blancos, cual lo era Andrea. natural resultaba el pensar, que fuera ella un ser venido de las regiones celestes. Avanzaba lentamente, y a medida que iba ganando terreno, el tinte turquesa de su ro-

paje, tan pronto tenía por fondo el verde de los bosques y praderas, como un retazo de tierra recién labrada o el apacible río. Alfredo, emocionado, presenciaba ese cuadro, en el cual su sobrina, representaba a la maga de los cuentos infantiles, cuya virtud consiste, en bendecir la tierra que por ventura pisa.

El viento había despeinado a Andrea, y por debajo del borde de su toca, se escapaban graciosas hebras que se perdían luego, cual si fueran guías de una maravillosa madreselva.

Ante tanta lozanía, sintió Vásquez todo el peso de sus años, y los rastros por ellos dejados, adquirieron un espantoso relieve. Como si tuviera un espejo ante sus ojos, creyó ver las arrugas de su tez, su barba gris, sus escasos cabellos, y entonces, un desagradable escalofrío le hizo estremecer.

—Todo muere en mí — pensó con intenso dolor —. No me queda siquiera el consuelo, que brindan los hijos... ¡He malgastado mi vida!...

La distancia que separaba a Alfredo de Andrea se acortó, las miradas de ambos se cruzaron, y la joven, un tanto sorprendida por el encuentro, se dirigió hacia su tío, dejando que los ensueños

que en ese instante la recreaban, volaran hacia las copas de los árboles, para guarecerse momentáneamente y para que allí se hospedaran, hasta tanto ella volviera a llamarlos.

—Acabo de pasar un buen rato admirándote — dijo Alfredo a su sobrina.

—¿Dónde estabas, que no te ví?

—No me he movido de este sitio.

—Esta mañana, cuando salí a caminar — dijo Andrea — pensé llamarte, para que me acompañaras, pero luego supuse que te quedarías hasta tarde en cama, teniendo en cuenta la hora a que te habías acostado...

—Anoche me acosté tarde — respondió Afredo apesadumbrado, y añadió: — tuve que hacer unos cálculos...

—¿Te ocurre algo nuevo?

—No, mi Andrea querida, se trata de cosas viejas... de las de siempre...

Y Vásquez tenía motivos para contestar así, porque a la sazón se hallaba entregado a una trascendental tarea. Después de conseguir su salvador descuento, se trazó un plan de campaña, que consistía en movilizar todos sus recursos para invertirlos en grandes siembras de lino y trigo. Con

el propósito de lograr este objeto, vendió todos los títulos que le quedaban, y enagenó a bajo precio, un terreno vecino a la Capital. Sólo apartó la suma necesaria para responder a su vencimiento del mes de Septiembre, y entregó a la tierra madre sus últimos puñados de oro, con la mano temblorosa del jugador que hace su postrer apuesta.

Para estar más seguro de obtener el codiciado éxito, Vásquez resolvió asistir a los trabajos de roturación. Frente a los surcos abiertos por el arado, tan pronto le pareció que el suelo herido gemía y se preparaba a la venganza, como creyó entrever en el armonioso rodar de los gruesos terrones, promesas de un triunfo cercano.

Cuando se encontró con Andrea, hacía apenas veinticuatro horas que se hallaba de vuelta de una de estas jiras. La ausencia había durado un mes, y por lo tanto era mucho lo que tenía que hablar con su adorada sobrina. Atraído por el vértigo de sus eternas preocupaciones, hizo un minucioso relato del número de hectáreas sembradas, comentó las perspectivas agrícolas del país, y una vez más expuso las razones que le hacían tentar un supremo esfuerzo. Tocó luego el turno a otros temas, y poniéndose ambos en mar-

cha hacia la casa, Alfredo dijo a su joven compañera:

—¿Y tu, tienes algunas novedades que contarme?

—Pocas... o más bien dicho, ninguna. Ahora que mamá ya no me obliga a hacer visitas, casi no salgo... Sólo me veo con mis más íntimas amigas.

—Pero tu mamá y Beatriz, siguen su acostumbrado tren mundano, con el mismo entusiasmo de siempre...

—Algo menos que antes — respondió Andrea — mi pobre madre se siente ahora hostilizada por algunas de sus relaciones de ayer. El otro día, en una visita, cierta señora no se cansaba de hablar, de lo bien que habíamos hecho en quedarnos a vivir en Vicente López.

—Y mi hermana... ¿qué decía?

—Al principio, mamá soportó con tranquilidad estas alusiones, pero acabó por mostrarse dolorosamente impresionada, al ver, que la perversa señora se complacía en repetir idéntica cosa, a todas las personas que iban entrando.

—Algo parecido — contestó Alfredo — me pasó ayer en la Bolsa, con Schulzer. Figúrate que

se me acercó, estando yo con unos amigos, y sus primeras palabras, fueron para decirme que me encontraba cambiado y con el aspecto de un hombre que tiene grandes preocupaciones.

—Desgraciados aquellos — exclamó Andrea — que hieren para que la sangre les diga, lo que la piel intacta les niega... Otros menos culpables, hacen el mal inconscientemente: una desgracia cualquiera les brinda un tema de conversación, y una vez en este camino, se ríen hasta de los más grandes infortunios. Mi tío querido, a las personas que piensan como mamá, el medio social se les torna tóxico, a medida que el antídoto, la fortuna, pierde sus fuerzas.

Alfredo respondió con un suspiro, y caminó un buen trecho mirando fijamente hacia el suelo.

Cuando se hallaron frente a la entrada principal, la señora de Gutiérrez, que en ese momento se paseaba por el corredor, los recibió diciéndoles:

—Me acaban de entregar, una carta de Eduardo Sahavedra, en la que nos invita a almorzar mañana en el Hipódromo.

CAPITULO VII

El tañido de la campana, que anunciaba la próxima "largada" de una carrera, produjo en el amplio escenario del hipódromo de Palermo, el efecto de un toque de clarín. Al oirlo, las masas humanas respondieron estremeciéndose. A lo lejos, "junto al palo de los mil setecientos metros", un numeroso grupo de corredores acudió. Llegaron los corceles conducidos por sus "jockeys", y paulatinamente se fué formando un animado conjunto cromático, debido a los vistosos distintivos propios a cada caballeriza. El juez de salida, como si se tratara de un juego de paciencia, pretendió alinear las chaquetillas multicolores, pero antes de que lograra su objeto, el orden se al-

teró, y la hilera de jinetes se desgranó, ante el ímpetu de las impacientes cabalgaduras. Un nuevo ensayo fué más feliz, y tras unos segundos de espectativa, se lanzó en desenfrenada carrera, el pelotón de fogosos animales, siguiendo la armoniosa curva de la pista.

En las tribunas, la ansiedad crecía, durante esos breves momentos, en los cuales la victoria y la derrota se debatían en un mismo campo de acción, y con idénticos títulos ambas. La vertiginosa carrera, tenía tan pronto los caracteres de la ola amenazadora, como los de un piquete que aporta una grata nueva al campamento amigo. La duda se insinuaba entre los espectadores, a medida que los tintes rojos, verdes o azules cambiaban de posición, y en los ánimos repercutían las alteraciones sufridas por ese matizado y elástico mosaico compuesto de piezas, que eran seres vivientes, que se esforzaban por triunfar. La lucha arrancó de las multitudes, prontas a vibrar, exclamaciones aisladas. Luego, como si un fuelle de inmenso poder actuara sobre cientos de pechos, nació un ensordecedor vocerío, mezcla de ayes, protestas, incitaciones y aplausos.

Cruzaron los jinetes la meta, se vinieron abajo

muchos castillos hechos en el aire, y las tribunas, de golpe presentaron el aspecto que ofrecería un inmenso hormiguero, en el momento en que sus hacendosas moradoras, lo abandonaran repentinamente.

Momentos después, por la gran escalera del palco de los socios, se vió descender a un elegido núcleo de personas, de gran figuración social. Formando elegantes parejas, ellas bajaron lentamente las gradas, en medio de la viva y espontánea admiración que despertaban.

—¿Quiénes son "ché"? — preguntó en alta voz a su hija, una espectadora sentada en la parte baja de la tribuna.

—Pero mamá, "hablá" más despacio — prorrumpió la hija avergonzada de la ignorancia de su madre.

La reprendida señora, hizo un gesto de disgusto, inició un nervioso repiqueteo de tacazos contra el suelo y exclamó:

—¡Pero por Dios! creo que no es un pecado, el no conocer a todo el mundo.

—Si hubieras leído los diarios de ayer, sabrías que son los invitados al gran almuerzo, que

Eduardo Sahavedra, ha dado hoy en el comedor del hipódromo a un grupo de sus relaciones.

Entre tanto, la distinguida comitiva que había originado este diálogo, llegó al pie de la tribuna. Allí se destacaron, en medio de los demás concurrentes: las siluetas del anfitrión y las de los miembros de la familia de Gutiérrez. Las personas de más edad, se congregaron alrededor de doña María, y fueron a tomar asiento en unos bancos cercanos; las más jóvenes partieron junto con Beatriz y Horacio; Alfredo Vásquez siguió al grupo encabezado por su hermana, y Andrea y Eduardo se quedaron solos. Estos últimos, por obra de sus respectivas afinidades, permanecieron inmóviles, mientras los demás se iban.

—¿Quiere, Andrea, que caminemos? — preguntó Sahavedra a su compañera.

—Con mucho gusto — respondió ella, y se acercó a Eduardo, dispuesta a seguirle.

Anduvieron un corto trecho, y junto a la verja de la pista, sin consultarse, optaron por detenerse. En ese momento, hubiérase dicho, que el universo entero les gritaba: ¡Amaos! El sol los alumbraba, pero ambos tenían frío, y ambos callaban, imitando a las sombras de sus cuerpos, allí tendidas sobre el suelo.

Por fin Eduardo, impulsado por una fuerza avasalladora, dijo con emoción a Andrea:

—He esperado ansioso este instante..., para poder conversar a solas con Vd... No quería que pasara ya más tiempo, sin contarle lo que llamaré: el gran secreto de mi vida, y como la ocasión no se presentaba, yo la he buscado dando este almuerzo, el cuál es sencillamente, Andrea, un pretexto para verla...

—¡Ya lo sabía, Eduardo! — prorrumpió la joven sin hipocresías ni falsos pudores. Y fué así como nacieron las primeras manifestaciones verbales del gran amor, que durante años había crecido en un forzado silencio.

Andrea oyó la palabra "secreto" sin impresionarse por su significado, porque mucho más que el enigma en sí, le interesaba la confesión de amor que Eduardo iba por fin a comenzar. La voz de su adorado alcanzó al corazón de la joven, así como la brisa primaveral alcanza a la rama adormecida por el invierno. El soplo cálido parece susurrar a la planta: ¡Brota!, y la voz amiga dijo a su manera: ¡Habla!

Eduardo comprendió que había ido más lejos de lo que deseaba. Se proponía revelar un mis-

terio, y decir: este es el obstáculo que nos separa, y ahora todo su plan vacilaba, ante la exclamación de Andrea.

—Vd. lo sabía — respondió Eduardo a su amada, después de unos instantes de incertidumbre— porque he dejado entrever lo que no debía...

—¿Por qué, Eduardo?... ¿Por qué habla así?...

—Escúcheme, Andrea... escúche el secreto de que le hablaba.

Sahavedra, doblemente asido por el presente que le atraía, y el pasado que le recordaba una inviolable promesa, trató de orientarse en medio de fuerzas tan encontradas y opuestas. En semejante estado de ánimo, comenzó a hacer un triste relato, y mientras sus miradas y gestos hablaban de amor a Andrea, sus frases describieron el lúgubre cuadro, de una agonizante que arranca promesas a su esposo. Al terminar, Eduardo, visiblemente conmovido, sintetizó así su historia:

—Momentos antes de morir, mi pobre mujer, pensando en el futuro de nuestra hija, me hizo jurar que permanecería soltero, mientras Ema no se casara... ¡Perdóneme, Andrea, por no haber hablado con tiempo de todo esto...!

—La revelación de su secreto — contestó la

joven — en nada hubiera alterado mis sentimientos. Sus virtudes las admiro, ahora como antes, y no pierde ninguna de ellas, porque un juramento le quite libertad de acción... ¡Cuánto tiempo hace, que hubiese querido confesarme yo también!

Eduardo, al oir esto, palideció. Las palabras de esa mujer conmovieron su espíritu, y llegaron hasta él, salvando obstáculos y argumentos, así como la paloma mensajera llega a su destino, volando por encima de los cañones y bayonetas, que pretenden oponerse a su paso.

En este momento, la proximidad de una nueva carrera, atrajo un gran número de espectadores a la baranda de la pista, y con esto, el apasionado diálogo quedó interrumpido. Se repitió la formidable gritería, enloquecidos animales pasaron con vertiginosa rapidez, y la agitación por ellos originada, se echó irrespetuosamente sobre los amantes. Eduardo y su compañera, vieron formarse a su alrededor, un núcleo de personas que les hablaba con entusiasmo de las alternativas de la carrera.

—¿Qué te parece este "batacazo" — le dijo a Sahavedra un joven con reputación de "catedrá-

tico" — El "mancarrón" de Pepe va a dar cerca de cien pesos por boleto.

Al oír esto, una niña muy pálida, exclamó con voz aguda y chillona:

—¡Ay qué "jetta" no haberle yo jugado!

Andrea, tuvo que responder, a los múltiples ataques que unas amigas le dirigían diciéndole:

—¿Qué te has hecho que no se te ve en ninguna parte?... ¡Pero, muchacha, te has olvidado de nosotras!, "Ché". ¿Muy opio Vicente López?

Mezclados a este mundo bullicioso, decidieron Andrea y Eduardo, recorrer las amplias sendas del recinto. Un fuerte pampero, después de soplar sin interrupción durante las últimas horas, se había calmado, una vez arrastradas todas las nubes, que encontró en su camino. Tan limpio dejó al cielo el viento, al deslizarse por su concavidad, que le dió el lustre y los reflejos de una gigantesca ánfora de cristal azul. El sol caía, perezosamente, como un inmenso y encendido bólido, que quisiera retardar su marcha, para recrearse en el espacio infinito y grandioso.

Pocos eran los que advertían estas primorosas galas de la naturaleza, pués casi todos contemplaban a las damas, a esos adornos, orgullo de nues-

tra patria, y que por ser preciadas joyas, justificarían el nombre de nuestro Río de "La Plata", y que por ser flores exquisitas, podrían dar con su perfume, la razón de ser, del título de la ciudad de los "Buenos Aires".

Sahavedra, había vuelto a reunirse a sus invitados, y ya no podía pensar en separarse de ellos nuevamente. La hora avanzaba, y Andrea veía con pena, que se alejaban sus esperanzas de renovar el coloquio de amor. Vásquez fué entonces invitado, por un amigo, a presenciar un interesante encuentro entre varios animales de gran mérito. Como no jugaba, se instaló despreocupadamente en una de las gradas, mientras todos sus vecinos, provistos de anteojos, sólo prestaban atención, a los briosos corceles que iban a decidir la suerte de ingentes sumas de dinero.

Por fin, "largaron la carrera", y en el mismo instante, advirtió Alfredo la presencia de Horacio, quién acababa de pararse a su derecha y en la grada inmediata inferior. Gutiérrez, la vista fija en el pelotón de fogosos animales, seguía atentamente las peripecias de la lucha. A los pocos segundos, su semblante comenzó a reflejar

esperanzas e inquietudes, ondas sanguíneas intermitentemente le bañaban, para dejarle de nuevo pálido y anémico al retirarse. Espontáneas contracciones alteraron su rostro, cual si fueran otras tantas señales, que los centros nerviosos transmitieran a los músculos de la cara, para revelar un extraordinario estado de excitación. Al fruncir el ceño, las grandes cejas negras de Horacio se juntaron, formando un solo arco, bajo el cual se movían dos ojos, que expresaban la ansiedad y la desesperación ante la impotencia.

El ganador cruzó la meta, y Horacio, dirigiéndose a un joven que tenía a su lado, exclamó con ira:

—¡Otro "metejón" más, de mil boletos!

Alfredo al oír estas palabras, se estremeció, porque la suma comprometida, sobrepasaba todo cuanto se había imaginado durante el desarrollo de la carrera. Ahora, se descifraban para él, muchos misterios, y entre ellos el de la progresiva decadencia de la fortuna de su hermana.

Conversando con el amigo que le invitara a presenciar la interesante prueba, volvió Vásquez a reunirse con los suyos. Como iba profundamente afectado y abatido, al llegar al grupo, de-

cidió partir. Al manifestar su determinación, varias otras personas hablaron de imitarle, y de esta manera, fué precipitada la hora del regreso.

Comenzaron las despedidas, y al darse la mano, los amantes sintieron que sus dedos, repentinamente dotados de una especial agudeza, percibían exquisitas vibraciones partidas de la palma amiga, y a ellas respondieron, dejándose estar largamente, para no interrumpir un diálogo en el cual, cada presión reemplazaba a una palabra... ¡En este saludo no faltaba tan siquiera, el hálito tibio que se exhala al hablar, pués un dulce calor brotaba de esas dos manos, amorosamente enlazadas!

CAPITULO VIII

A la hora del almuerzo, el gran salón comedor del Jockey Club, iba recobrando en el mes de Diciembre, la creciente animación que acostumbra presentar durante el verano. Ciertos socios, se dirigían resueltamente, a tomar asiento en la mesa que el hábito había transformado en objeto de propiedad, y otros se ubicaban al acaso.

Entre los primeros, muchos tenían aspecto jovial, desde lejos se sonreían al descubrir el núcleo de sus amigos, y al acercarse a estos, un gracioso chiste reemplazaba a menudo al usual saludo. Podía facilmente verse, que los de este grupo, venían con el deliberado propósito de pasar un rato agradable. En cuanto a los se-

gundos, tomaban asiento con cierta gravedad, y como materia de conversación, preferían los palpitantes asuntos de la alta política y sobre todo el inagotable tema de los negocios. Pero tanto los unos como los otros, hacían las veces de sensibles manómetros de las fuerzas del país, y reaccionaban más o menos, ante la honda crisis del momento.

El mal tiempo reinante, se encargaba de aumentar las inquietudes de los agricultores y las de todos aquellos, cuyo porvenir dependía de la bondad de la cosecha.

Este día, el cielo, tras una corta tregua, había vuelto a encapotarse, y por momentos se acentuaban los síntomas precursores de una gran tormenta. De pronto, la obscuridad creció, se hizo necesario recurrir a la luz artificial y en un instante, numerosos focos eléctricos reemplazaron, en el gran salón, al sol que se ahogaba, envuelto en espesas nubes.

Mientras afuera en el campo, las espigas balanceadas por el viento se preparaban para soportar terribles torturas, en el comedor, los dueños de los sembrados, se conmovían ante la aparición del triunfante enemigo, que los pretendía atacar despiadadamente.

Vásquez y Sahavedra, ocupaban una mesa cerca del centro de la sala.

—Mi buen amigo, este es el golpe que acabará con todo. Dijo Alfredo a su acompañante, y terminada esta sentencia, se quedó con la vista fija en unos obscuros nubarrones, que se percibían al través de las ventanas entreabiertas.

El interpelado frunció el ceño, y no pudo responder. Esa mañana, Sahavedra, ya había hablado con bastante sinceridad a Vásquez, y ahora le dolía el tener que repetir sus impresiones pesimistas. Al leer una carta del mayordomo de Alfredo, comprendió Eduardo, que una nueva lluvia equivaldría a la ruina del desgraciado agricultor, y por ello temblaba al ver que sus temores se cumplían.

Vásquez, envejecido representante del árbol genealógico de una casa patricia, fustigado por los años y los sinsabores, se acercaba a Sahavedra, como a un fuerte roble, para respirar las sanas esencias que de él se desprendían. Con una mano puesta sobre la mesa, y con la otra ocupada en acariciarse la barba, se esforzaba por disimular su aflicción. No se veían, en Alfredo, desesperados gestos, pero sus ojos hartos de sufrir, le

traicionaban. La piel de los párpados, profundamente hundida, parecía buscar un íntimo contacto con los rebordes óseos de las órbitas.

—Ya que la suerte se muestra tan adversa con Vd., le dijo Eduardo, no luche por salvar su fortuna..., salve a su persona.

—De modo — respondió Alfredo — que Vd. ya no se hace ilusiones...

Esta frase quedó incompleta, porque al ser pronunciada, una violenta ráfaga golpeó puertas y ventanas. Tomando el huracán la palabra, se impuso con su siniestro y prolongado silbido, en el hermoso y amplio salón. El frío soplo era la vanguardia de un veloz combatiente, que se apresuraba a sembrar el pánico entre aquellos a quienes iban dirigidos sus golpes, y al alcanzar a Vásquez, pareció que se proponía extinguir en él, todo rastro de vida.

Pronto, un torrencial chaparrón cayó con las energías propias al que viene a consumarlo todo, al que tortura, mata y hace desaparecer los despojos de sus vencidos, en virtud de un enorme poder de destrucción que nada respeta.

—¡Esto es horrible...! — exclamó Alfredo, mirando atónito la aterradora masa de agua que se

desplomaba. Luego asiéndose a una última esperanza, preguntó a Eduardo:

—¿Cree Vd. que esta lluvia será general?

—Mi querido amigo, no viva así en suspenso del agua que cae en sus campos; deje que se pierda todo aquello que no pueda proteger..., y que se cumpla lo inevitable... Todos pagamos nuestro tributo al dolor... los unos en dinero... los otros, en fin... no hablemos.

—¿Vd. también?

—Yo como todos... Defendámonos de los enemigos que nos atacan, no dejándolos corroer nuestra salud; de esta manera, si un día alcanzamos la victoria, podremos gozar de ella.

Y hubo tanta virilidad y energía, en el tono de la voz de Eduardo, que hizo reaccionar a su abatido compañero.

Ya más tranquilo, Vásquez tomó la palabra y dijo:

—Estas lluvias socavan la prosperidad de nuestra patria. Mucho es el oro que se llevan estas aguas a las entrañas de la tierra, su cuna... ¡Tarde o temprano correrán nuevos torrentes, pero de lágrimas!

Durante ese almuerzo, fué Alfredo uno de los primeros en gemir, en el club de los poderosos,



CAPITULO IX

Por espacio de varios meses, vivió Alfredo acechando la hora, en que podría resurgir triunfante en el mundo de los negocios. Vió nacer millares de brotes de la tierra arada, los siguió en su desarrollo, y a medida que crecieron, dió alas a sus más bellas esperanzas. Oportunas lluvias vigorizaron la vegetación, y en el mes de Noviembre, ofrecían sus campos tan halagueñas perspectivas, que una institución bancaria, le ofreció adelantarle los fondos necesarios para recojer la cosecha

Bajo la impresión de tan gratas nuevas, la señora de Gutiérrez y Beatriz, consideraron que la mala época había pasado, y decidieron hacer abundante provisión de lujosos adornos femeninos.

Como Vásquez tenía plena fé en el futuro, dejó nuevamente que se derrochara el dinero en su casa. En la quinta de Vicente López, a todas horas se hablaba del lino y del trigo, pero cada uno lo hacía con diversos fines. Horacio quería con ello alentar la generosidad de Alfredo, éste se complacía en conversar sobre un punto para él tan interesante, y doña María y su hija menor, celebraban así la pretendida vuelta de la fortuna. Sólo Andrea, actuaba como elemento moderador, sólo ella combatía los conceptos demasiado optimistas que los demás se formaban. La sensata joven tenía sus temores, porque ya había visto perderse cosechas en unas horas, y además sabía por experiencia propia, que los más bellos planes sufren repentinas alteraciones que los transforman fundamentalmente. La confesión que Sahavedra le hizo en las carreras, era una triste prueba de esto último.

Durante los meses en que los otros soñaron con los plantíos salvadores, Andrea permaneció religiosamente estacionada, frente a la valla que rodeaba a su ídolo. Vió la joven que Eduardo se defendía, substrayéndose a sus miradas, pero ella continuó inmutable en su actitud. Su pasión su-

blime, corría en pos de un ser amado, y no del hombre sujeto a tal o cual condición o compromiso. Eduardo no era el padre de Ema, ni el viudo celoso cumplidor de su palabra, ni el miembro de una sociedad, cuyos preceptos hay que respetar, sino el elegido entre todos. El alma de Andrea, al volver de sus excursiones, sentía infaliblemente la necesidad imperiosa, de posarse sobre el hombro de Eduardo.

El verdadero artista, no deja de extasiarse ante un cuadro de valor, porque adquiera la convicción de que no puede ser su dueño; las flores nada pierden de su belleza, por el hecho de encontrarse en un prado ajeno, y a la hermosura de la bóveda celeste, no la perjudica la insalvable distancia a que se halla, porque la tela inmortalizada, los pétalos incomparables y el firmamento, triunfan por sus excelsas virtudes, y nunca porque sean accesibles o no a nuestros deseos y caprichos.

Pensando en todo esto, sentía Andrea que su amor triunfaba, a la manera de las grandiosas obras de arte. Por ello, al encontrarse de nuevo con Eduardo, se dirigió hacia él, llevándole un puñado de ternuras en su mano apenas entre-

abierta, y acariciándole con una mirada tan límpida y pura, como la de aquellos que contemplan horizontes sin nubes.

Esta actitud causó a Eduardo una admiración profunda, intensa y duradera. Después de la entrevista celebrada en el hipódromo, pasó un mes con Ema en la estancia, para huir de la tentación que le perseguía sin tregua. Se asía a su hija, para dar mayor fuerza al sagrado juramento, para avivarlo con la presencia del ser que lo motivó. Y esta influencia moral que Ema ejercía, se acrecentaba infinitamente, por el hecho de estar la hija en posesión del inviolable secreto. Desde muy chica oyó decir a su padre:

—Tu pobre mamá está en el cielo, y ella me encargó al morir, que no dejara que otra persona, ocupase su puesto.

Fué al cumplir Ema doce años, cuando Eduardo le reveló en una conmovedora escena, el significado de estas palabras.

Debido a la impresión que Andrea le produjo a la vuelta de la estancia, Sahavedra volvió a huír de ella, y en las raras entrevistas que los amantes tuvieron durante ese año, Ema, por lo general siempre presente, hizo las veces de un apagador de sentidas y armoniosas notas.

La lucha entre esas dos almas, prosiguió en silencio, y con una intensidad siempre creciente. La frase cálida y apasionada, flotaba en el espacio, mas los labios no se animaban a pronunciarla. ¡A pesar de esto, las tranquilas y dulces miradas de Andrea triunfaban, así como vencen las palabras de un paciente misionero!

El día que Eduardo almorzó con Alfredo en el Jockey Club, ansioso este último, por darse cuenta personalmente del estado de sus sementeras, partió esa misma tarde para su establecimiento de campo. El primero, al volver a su casa, se puso a pensar en la desgraciada suerte de su amigo, la comparó con la suya propia, y sumando tristezas, llegó a un grado de espantosa depresión. A las cuatro de la tarde, como dejara de llover, quiso salir a la calle, para mejorar su estado de ánimo. Hubiera deseado jugar al "tennis", pero con el mal tiempo reinante, la humedad de las canchas se lo impedía; se le ocurrió volver al Jockey, para hacer unos asaltos de esgrima, y la idea de encerrarse en la sala de armas no le satisfizo; por fin, fué Ema quien puso término a tantas indecisiones.

—Papá — dijo la niña, entrando al aposento

donde él se hallaba — ¿Quieres que salgamos a dar una vuelta en automóvil?

Minutos después, padre e hija, aparecían en la puerta de la casa que habitaban en la Avenida Quintana. Un espléndido coche "Panhard", los esperaba. Instalados en él, pasaron velozmente por la Recoleta, y en breves instantes estuvieron en Palermo. Allí el "chauffeur" pidió órdenes.

—Siga por la Avenida Alvear — le contestó rápidamente Eduardo, y dirigiéndose a Ema con cierta indecisión, añadió: — ¿Te gustaría ir a Vicente López?

... ...

Una hora más tarde, mientras el sol declinaba en el ocaso, dos parejas recorrían el parque de la familia de Gutiérrez. Doña María y Ema, marchaban juntas, y unos pasos más adelante, iban Andrea y Eduardo. Hablaban estos últimos de la espantosa situación de Alfredo, cuando un soberbio arco iris se dibujó en el cielo. La contemplación del sublime cuadro, les hizo entonces cambiar de tema.

—¡Qué hermosa corona — exclamó Andrea, señalando la multicolor aparición.

—Celebran — respondió Eduardo, — alguna

gran fiesta, allá arriba... ¡Unos esponsales quizás!... Esas dos nubes blancas que se deslizan por el centro del arco, son los novios que corren en pos de la felicidad soñada...

Eduardo iba a continuar, cuando la voz de Ema repentinamente le detuvo:

—¡Papá! — prorrumpió la niña—¿Para cuando va a estar pronta la ampliación del retrato de mamá?

—Para la semana próxima, hija mía — respondió el padre deteniéndose turbado por la naturaleza de la pregunta.

Con este motivo formaron los cuatro paseantes un solo grupo, y Ema dijo entonces a su padre:

—Le contaba a doña María, que habíamos mandado reproducir en tamaño grande, la fotografía de mamá, que me regaló la señora de Benítez.

Doña María preguntó el nombre del fotógrafo, y al saber de quién se trataba, le elogió sin reserva.

—No podía — dijo a Eduardo — haber elegido a nadie mejor.

—Me alegro, señora, — respondió Sahavedra, dominando una profunda emoción — que sus informes sobre este fotógrafo, coincidan con los que otras personas me han dado.

Tomó doña María la palabra para contestar, y durante un buen momento, se ocupó de un maravilloso retrato sacado por este profesional, a una dama de noble abolengo. En este intervalo, pudo Eduardo reponerse del efecto que la interrupción de Ema le causara. Las palabras de su hija, habían evocado el recuerdo de la muerta, en el justo instante en que él se sentía irresistiblemente inclinado a confesar su amor.

Poco a poco se volvieron a formar las dos parejas. Andrea y Eduardo se adelantaron, y se inició de nuevo entre estos últimos, una sentida y conmovedora conversación.

—Cuán nobles — dijo la joven, pensando en la historia del retrato — son los corazones, que en el presente amplian los recuerdos del pasado.

—Más noble aún es su exclamación, Andrea... ¡Qué desgracia, es el no tener el derecho de expresar lo que se siente...!

—Vd. tiene ese derecho... Vd. ha jurado no casarse durante cierto lapso de tiempo, pero no ha prometido no volver a amar... Su devoción por el pasado, engrandece a su persona, y de ninguna manera arroja sombras sobre mis días...

Eduardo escuchó esto, con la religiosa aten-

ción que se presta a un salmo sagrado, y para responder, entonó un himno de alabanzas a su adorada. El amor expresado con los labios, con los ojos y con los gestos, agitó, conmovió y convulsionó dos vidas. Hubiérase dicho que el corazón pedía la palabra, y que el universo entero se la concedía.

La joven escuchaba en éxtasis a Eduardo, y las ternuras del hombre amado, al volcarse a los pies de Andrea, produjeron en ella, el mismo efecto que el agua providencial causa, en la planta que sufre los horrores de la sequía.

Ansiosos y enloquecidos, se olvidaron los enamorados de sus acompañantes. Un tupido bosquecillo de sauces, los atrajo, a él entraron separando las caídas y llorosas ramas, y éstas al unirse de nuevo, les tejieron un verde y poético relicario. Un dulce balbuceo entrecortado por la emoción, preparó los labios para el sublime beso, dotándolos de febriles aleteos, y los brazos transformados en invencibles elásticos, acercaron el cuerpo de un amante al cuerpo amigo. Tras el primer beso nació gemelo el segundo, pués entre uno y otro, no hubo interrupción alguna, y las vibraciones y espasmos de esos seres, representaron otras

tantas sílabas de un poema, en el cual el fuego del amor, dejó intacto los vaporosos tules de la virtud.

En Andrea, las apasionadas ráfagas sólo agitaban sus labios, sus brazos y su corazón... sobre el resto de su cuerpo, estas ráfagas morían, como un algo indeterminado y desconocido.

CAPITULO X

Llegó para Alfredo el temido instante. Sus últimas esperanzas habían muerto y al mirar los plantíos abatidos por el vendabal, pensó que esos tallos allí caídos, le invitaban a que los siguiera en el camino del desastre. Empapados aún en el agua destructora, se confundían con el lodo en un prematuro regreso a la tierra. La putrefacción maceraba las plantas antes que dieran sus frutos, y las espigas fecundadas, morían a la manera de esas madres, que exhalan su último suspiro, sin dar a luz al niño que llevan en sus entrañas.

El campo cubierto de trigales destrozados, presentaba los caracteres de una necrópolis profanada,

a juzgar por los esqueletos de las plantas, esparcidos por doquier.

Todo esto, lo vió Alfredo, porque quiso darse personalmente cuenta de la magnitud de su derrota. Al anochecer del veinticuatro de Diciembre, montado en su alazán favorito, se paseaba por uno de los lugares más perjudicados. Ya había recorrido esos parajes por la mañana, pero llegada la tarde, sintió el deseo de visitar de nuevo la tumba de su fortuna. Iba al paso, por ser el andar que emprenden los valientes, al retirarse vencidos; su sombra proyectada sobre el suelo, parecía querer palpar los destrozos causados y cerciorarse de lo irreparable del mal. De cuando en cuando, el inquieto corcel se apresuraba, y entonces trozos de barro y gotas negruzcas alcanzaban al jinete, manchándole con ese mismo lodo, que había dado sepultura a la cosecha.

Las ranas, haciendo las veces de voceros de las lluvias, anunciaban, que estas volverían en breve a proseguir su obra de exterminio, y millares de mosquitos, al volar, parecían tejer elásticos velos grises que manos ocultas movieran.

—¡Qué triste noche de Navidad es esta! — exclamó Alfredo — y espontáneamente levantó su mirada.

En ese instante, una gran bandada de gaviotas cruzó el espacio; las blancas aves, con sus alas tendidas, se deslizaron jugando alegremente en medio de la inmensidad. Una de ellas lanzó un grito, las otras le respondieron, y el grupo alado describió elegantes círculos y vino a posarse, en la orilla de una laguna vecina, para adornar quizá tan tristes y desiertos lugares. El sol esparcía sus últimos resplandores, las praderas comenzaban a tomar un tinte uniforme, las líneas de los alambrados se iban paulatinamente borrando en el paisaje; la noche en fin, destruía en la tierra el detalle, y favorecía en el cielo, la aparición de un universo de relucientes astros.

Avido de caricias, Vásquez se dejó seducir por la paz deliciosa de esa hora, y por la dulzura con que la naturaleza le hablaba. Sus preocupaciones se disiparon. Bondadosos espíritus purificaban su mente caldeada por el infortunio. El jinete aflojó las riendas a su hermoso corcel, y el animal se detuvo, poniéndose a saborear las verdes hierbas que crecían a un costado del camino.

Las tinieblas se espesaban, y en las alturas lejanas, surgían tantos puntos luminosos, que ellos daban la impresión de ser brillantes arrojados

desde el infinito, y detenidos en su caída, por la concavidad del firmamento. Una hermosa estrella, parecía colgar del borde inferior de la luna, y la visión de este conjunto, recordaba el aspecto de esas bellísimas joyas, en las que una reluciente piedra, pende de un blanco medallón de platino labrado.

—Estas son — exclamó Alfredo — las noches que Andrea tanto admira.

A raíz de esto, se representó a su sobrina con caracteres tan reales, que le pareció que ella le decía:

—¡Reza!... ¡Dirígete a Dios!

Alfredo quiso obedecer, miró al cielo y contempló las estrellas que allí brillaban, como cirios de un grandioso altar... Pero en vez de dejar que su alma volara hacia el Todopoderoso, buscó palabras para expresarse, quiso reconstruír las oraciones aprendidas en la niñez, y no consiguiendo su objeto, bajó decepcionado la vista.

El panorama perdió de golpe su poético aspecto; columnas de números, con prolijidad alineados, se extendieron formando fatídicas cortinas delante de sus ojos. La soledad le causó pavor y decidió regresar. Durante todo el camino fué

acompañado por las imágenes de sus acreedores. Transformados en exigentes fantasmas, todos ellos clamaban, pidiendo sumas de dinero.

Esa noche, Alfredo se sentó a la mesa, pero apenas probó unos bocados. Supuso que el sirviente se unía a todos aquellos que le atacaban en su derrota: los otros reclamaban parte de su fortuna, y el mucamo, pretendía sin duda quitarle los privilegios que sólo tienen los poderosos.

Vásquez iba a tomar su café, cuando se presentó en el comedor, el viejo mayordomo del establecimiento. Venía, el empleado, a comunicarle los datos obtenidos en el día, con el inventario que se estaba levantando.

—Recuerde — le dijo Alfredo, después de escucharle — que deseo que se haga una lista completa de todo cuanto poseo... no se olvide de nada. Quiero entregar hasta mi último centavo a mis acreedores, si ello es necesario, para salvar mi honor.

El arruinado caballero, maquinalmente, sacó de su cigarrera un habano, y ya iba a encenderlo, cuando un delicado sentimiento le detuvo.

—Este es un lujo, — se dijo — que no lo debe

tener, una persona que se encuentra en mi situación.

La visita hecha a las destruidas sementeras, había dado nuevos y más vivos caracteres, al concepto que Alfredo se formara sobre su deber en la hora del desastre.

*

* *

A la vuelta de este viaje a la estancia, tuvo por fin Alfredo, que confesar la magnitud de su derrota, y para hacer esta comunicación, se valió de su querida sobrina. Fué a los pocos días de sellar Andrea su pacto de amor, cuando tuvo que desempeñar tan doloroso papel. Al llegar Alfredo, los secretos amantes prestaron asistencia al enfermo del alma, que pedía un pecho amigo, donde posar su cabeza y una mano sincera para estrechar.

Andrea, la única persona de la familia, cuya

fortuna quedaba comprometida por la ruína de su tío, era la que corría a ofrecerle sus tiernas caricias de hija adoptiva.

—¡Perdóname! — le imploró Alfredo, mencionando una vez más la compra de tierras que le había hecho hacer en Bahía Blanca, y ella por toda respuesta, le dió un beso que imponía silencio y otorgaba un perdón.

Para dar la triste nueva, eligió Andrea un día, en que su madre y sus dos hermanos, se quedaron conversando después del almuerzo, en un saloncito del piso alto. Era necesario, obrar así, de improviso, para conseguir la presencia de Horacio. Una temperatura sofocante, caldeaba la atmósfera y predisponía los ánimos, a reaccionar con violencia ante cualquier hecho desagradable.

La señora de Gutiérrez, quien creía que el vivir en Vicente López, era la desgracia más grande que a su familia pudiera acontecer, no volvió de su asombro, al oír la narración que su hija mayor le hizo. Beatriz más terminante en sus reflexiones, sostuvo que una fortuna como la de su tío, sólo se perdía en el juego o con mujeres de mala vida. En cuanto a Horacio, se mostró sucesivamente estupefacto, fastidiado y temeroso, y

al hablar, se expresó con cierta incoherencia. Por momentos criticó la acción comercial desplegada por Alfredo, luego encontró causas que la justificaban, y por fin, manifestó que debía haber alguna exageración en lo que su hermana decía.

Quiso la señora de Gutiérrez, conocer en detalle las causas de la ruína de su hermano, y comenzó a dirigir a Andrea una serie interminable de preguntas. A medida que se iba imponiendo de la magnitud del desastre, se abanicaba violentamente con una mano, y con la otra agrandaba la abertura del escote de su blanco "batón" de muselina.

—¡Qué va a decir la gente, cuando se haga público este descalabro! — exclamó la orgullosa dama. — ¡En verdad, no sé de qué va a vivir mi hermano!

—Supongo — contestó Beatriz — que no se le ocurrirá, pedirnos dinero para pagar sus deudas....

Esta egoísta reflexión quedó sin respuesta, y su autora, después de esperar vanamente un comentario, puso en movimiento la silla de hamaca en que estaba sentada. Envuelta en un rojo "kimono" de seda, se hallaba esta joven tan satis-

fecha de sí misma, que permanecía indiferente ante el dolor ageno, y los latidos de su corazón, en cuanto a sensibilidad, eran comparables con el rítmico vaivén de la silla de hamaca.

—Para comprender lo que ha sufrido Alfredo, es preciso, — dijo Andrea — recordar los sucesivos contratiempos que han entorpecido la marcha de sus negocios. Como al perder una cosecha, él no se quejaba, Vds. creían que los perjuicios no eran de importancia, y en nuestra casa se seguía gastando sin reparo.

—Nosotros hemos gastado lo nuestro "ché",— respondió Beatriz con desprecio.

—Hemos hecho uso, sobre todo, del dinero de Alfredo; — replicó la hermana mayor — él pagaba los gastos del automóvil suyo y del nuestro, los palcos en los teatros, los vestidos que nos encargábamos a Europa, y fuera de todo esto, contribuía con una respetable suma mensual... Horacio nos daba una cantidad fija, y todos los excesos, todos los caprichos, lujos y fantasías, han corrido por cuenta de mi pobre tío...

—Yo daba lo que podía... — contestó Horacio disgustado por el sesgo que iba tomando la conversación — y además, ignoraba lo que le ocu-

rría a Alfredo. Yo no sé, porque no me ha dicho nada de todo esto.

—Tú—respondió la madre—le habrías podido dar algún consejo.

Desgraciadamente para Horacio, este elogio aumentó su malestar, en la misma proporción, que el inmerecido laurel ofusca y averguenza a un traidor. El no había especulado en tierras, ni en negocios de agricultura, pero daba rienda suelta a sus vicios, y reducía sin cesar los capitales cuya custodia le fuera encomendada.

Andrea, deseando poner las cosas en su lugar, tomó de nuevo la palabra y dijo:

—Yo no pretendo culpar a nadie..., he hablado de la situación de Alfredo, para que sepan que desde hoy, ya no podrá contribuir al sostenimiento de esta casa. El quería irse a vivir a otra parte, pero yo le he disuadido, y si ha un rato, les recordé los sacrificios que él ha hecho por nosotros, ahora les pido que me ayuden en la tarea de aliviar sus angustias.

—Ya he dicho — prorrumpió Beatriz—que me opongo a que le paguemos sus trampas.

—No exijo dinero — contestó Andrea — pido cariño, atenciones, e indulgencia...

—Con el tiempo veremos, si es verdad tanta belleza, — respondió Beatriz, y abandonando su silla, se paró con refinada coquetería frente a un espejo.

—Pero, ¡por Dios! — exclamó doña María — es imposible que Alfredo haya perdido todas sus propiedades... En Bahía Blanca tiene grandes extensiones de tierra...

—Todo en Bahía Blanca se ha venido al suelo —dijo Horacio sentenciosamente.

Temió en este momento Andrea, que alguien fuera a referirse a sus adquisiciones en tan desgraciada zona, pero bien pronto se desvaneció su inquietud, pues nadie se acordó de semejante cosa. A Beatriz, nada le importaba la suerte de los demás; a la señora de Gutiérrez, la infausta nueva, la había impresionado con la fuerza y vivacidad, con que la repentina caída de un rayo afecta al espectador, empeñado en no creer en la proximidad de una tormenta; y Horacio, se preocupaba por la ruina de su tío, así como el enfermo grave tiembla, al presenciar el desfile de un cortejo fúnebre.

Viendo Andrea, que había terminado su misión, se retiró para que los demás pudieran hablar con

mayor libertad. Su decisión no produjo empero el efecto buscado, pues apenas ella partió, el joven Gutiérrez dijo:

—Me voy, porque tengo que hacer, y... además, ahora no me encuentro con ánimo como para conversar con Alfredo.

—Anda no más a trabajar, hijo mío — respondió la madre, creyendo sinceramente que Horacio se iba, por tener que cumplir con alguna importante obligación.

La vanidad, no había hecho perder a la señora de Gutiérrez, sus nobles sentimientos maternales, y su amor fraternal, también había quedado intacto. La visión del hogar de los Vásquez, la conmovió de súbito; surgió sucesivamente la imagen de Alfredo niño, adolescente y hombre; se vió jugando con él en el jardín de la casa paterna, allá lejos en la aurora de su existencia, y un vehemente deseo la agitó. Quiso acercarse a su hermano, para compartir con él, el crepúsculo de la vida, que delante de ambos se extendía.



CAPITULO XI

—Papá ¿qué tiene Andrea?

—¿Por qué me preguntas esto, hija mía?

—Fíjate lo que dice en la vida social — respondió Ema, y sin apartar la vista del diario que tenía en sus manos, leyó: "Se encuentra enferma desde hace varios días, la señorita Andrea Gutiérrez."

Terminada la lectura, la niña dejó caer el periódico sobre sus faldas, y con esto, la emoción dibujada en el semblante del padre, pudo ser percibida por ella.

Eduardo, dominándose, consiguió quedarse inmóvil en el sofá de paja donde reposaba, pero no pudo impedir que su alma hablara. Las facciones

del caballero se alteraron, los surcos de su rostro se hicieron de golpe más profundos, y pareció que contraía las cejas, para acercar una pupila a la otra y conseguir así, un aumento de la agudeza visual. Los párpados también se agitaron, y sus rápidos movimientos imitaron los de un diafragma, con el que se buscara la luz, que mejor conviniera, para descubrir los detalles de un paisaje.

—¿No da más datos el diario? — preguntó Eduardo, y estas palabras reflejaron la emoción que había invadido la cuna en que nacieron.

—No papá..., — respondió Ema, afectada a su vez, por la significativa reacción de su padre.

Fué así como se interpuso entre estos dos seres que tanto se amaban, un inquietante malestar. Padre e hija, habían ido a pasar el mes de Enero en el campo, y esa tarde, sentados bajo un hermoso sauce, esperaban que llegase la hora de la comida. Ella recorría las notas sociales de los periódicos recién llegados, y él... soñaba. Todo en esos parajes era sencillo: la casa, el pequeño parque, los ecos que surcaban la atmósfera, y modesta y sin pompas, era la puesta del sol de ese día. La naturaleza se exhibía sin galas: hubiérase

dicho que desdeñaba sus más esplendorosas joyas, para presentarse con los hábitos de una hermana de caridad que ampara, y no deslumbra.

A tan apacible cuadro, acababa Eduardo de adornar invocando a su Andrea, y pensaba con inquietud, en que había pasado casi una semana, sin carta alguna de su amada, cuando Ema le dió la dolorosa noticia. Andrea entonces, acrecentó su poderío en Eduardo, e invadiendo también a Ema, se interpuso entre la mente de la hija y la imagen que esta se había formado de la madre.

—Papá ama a otra — pensó la niña, y se alejó llevándose esta idea, para analizarla en la soledad, así como el creyente se interna en las selvas, para meditar sobre las ofensas inferidas a su dios.

Vestida con un sencillo traje de muselina rosa, parecía que la tela hubiera sido elegida, teniendo en cuenta el tinte de las mejillas de su dueña. Una gaza blanca envolvía sus cabellos, y los ocultaba, a la manera del velo que cubre la obra de arte que va a ser proximamente expuesta. La hija así ataviada, partía empujada por una fuerza que la separaba de su padre; un cierto desgano se no-

taba en su marcha. La falda corta, dejaba entrever los movimientos de los pies, sucesivamente posados al acaso, sobre la abovedada superficie de una senda cubierta de conchillas.

Eduardo vió que su hija se iba, y no obstante el inmenso cariño que le profesaba, no se le ocurrió llamarla. Por el momento, la enfermedad de Andrea era su preocupación suprema, e inhibido su espíritu por este sentimiento, no había aún recapacitado sobre la actitud de Ema. Una terrible inquietud le mortificaba. ¿Corría o no peligro la vida de su amada?

Aterrado por la incógnita, y ansioso por descifrarla, envió en el acto un telegrama a la señora de Gutiérrez, y no pudo volver a la calma, hasta la mañana siguiente, en que recibió una tranquilizadora respuesta. Andrea había tenido una influenza y estaba ya sin fiebre.

En cambio el espíritu de Ema, cayó gravemente afectado. A partir de la hora en que descubrió el amor de su padre por Andrea, sufrió como hija decepcionada y celosa, y por creer que peligraban: la voluntad de su madre, la palabra de su padre, la desinteresada nobleza de una amiga..., y su propia felicidad. Después de pasar

un día de angustias, llegada la tarde, la niña y Eduardo volvieron a tomar asiento bajo el sauce, testigo de la escena del día anterior. Ella tejía y él se esmeraba en conversar.

—¿Quieres que mañana temprano salgamos a caballo? — preguntó Eduardo a su hija, después de haber agotado otros temas.

—Sí papá... — respondió la niña, y dirigió a su padre, una mirada que encerraba una duda. Los ojos de la adolescente, investigaban el ¿por qué? de esa invitación; ellos querían saber, si quien ideó el paseo, pretendía comprar con ello un perdón.

Aceptado su ofrecimiento, Eduardo habló del rumbo a tomar, del tiempo que duraría la excursión y por último, de las provisiones de boca que llevarían, para almorzar en algún lejano "puesto". Como sabía expresarse con elocuencia y dar dulzura al tono de su voz, consiguió que Ema se interesara por su proyecto, y de esta manera, el diálogo se fué animando poco a poco.

Al sentarse a la mesa, no pudo la hija resistir a las delicadas atenciones que el padre tenía para con ella. Demostró Eduardo, una profunda tristeza y un sincero deseo de reparar el dolor cau-

sado, y el corazón de la adolescente, cedió sin reflexionar, sin haber perdonado siquiera, pero cedió... Al terminar la comida, tomó Ema la más bella de las rosas que adornaban la mesa y se la ofreció a su padre, diciéndole:

—"Tomá" viejo... querido.

La flor dulcemente arrojada, cayó sobre el pecho de Eduardo, y al ver la graciosa curva que describió en el espacio, hubiérase dicho, que esa rosa quiso evitar las manos que salieron a su encuentro, para poder alcanzar el noble corazón, a que iba dirigida. Y mientras la mensajera cumplía con su misión, mientras Eduardo leía en sus pétalos frases de amor filial, cruzó el espacio una segunda rosa, luego otra, tras esta varias más, y cuando ya no quedó ninguna por arrojar, se echó Ema en persona en los brazos de su padre exclamando:

—¡Quedémonos mucho tiempo aquí en la estancia...!

Al decir estas palabras, la hija dejó caer su cabeza sobre el pecho paterno, y por unos segundos esperó una respuesta, que para ella era casi una sentencia. Los labios de Eduardo callaron, pero no sus amorosas manos. En el bellísimo grupo

formado por esos dos seres, se inició un pausado movimiento hacia una suprema armonía. Perdieron los músculos su momentánea rigidez, suaves ondas pasaron por los semblantes, dejando tras ellas expresiones de una suavidad infinita. El todo evolucionó con una admirable naturalidad, y quedó modelada en carne y hueso, una hermosa creación del arte espontáneo y supremo.

—¡Hija adorada! —exclamó el padre, y con esto quedó todo expresado. Si el artístico grupo hubiese sido llevado al mármol, el escultor le hubiera, sin duda alguna, puesto por nombre, la exclamación de Eduardo.

El religioso silencio los atrajo entonces, y los invitó a pasearse en medio de las tinieblas. Obscuridad había en el cielo encapotado; negro y confuso se presentaba el panorama, y tan lúgubre era esa noche, que el parque de la estancia parecía una gran plaza, donde se fuera a celebrar una ceremonia mortuoria. Los árboles se movían como gigantescos y llorosos deudos, que esperaran enlutados la llegada de un fúnebre cortejo, y la casa iluminada, simulaba ser una capilla ardiente. Todo tenía un dejo de tristeza, todo significaba un mal presagio; los elementos se pre-

paraban para un combate, y en las ramas de los árboles, entonaban las chicharras, cantos dignos de espíritus del mal, entretenidos en mofarse de la solemnidad del cuadro.

El alma de la madre, avanzando desde el pasado, añadió su melancólica nota, y vino al encuentro de su esposo y de su hija, para revisar un pacto. Al internarse en el parque, la pareja adivinó su presencia, y tembló al pensar, que se hallaba cercana a un inflexible juez de ultratumba.

Eduardo, volviendo a tomar el hilo de la conversación interrumpida, dijo con voz insegura a Ema:

—...Deseas entonces... quedarte mucho tiempo en la estancia.

—Sí, papá... — respondió la hija con acento enternecedor — ...¡Te lo pido por la memoria de mamá...!

—¡Eres angelical! — balbuceó Eduardo, tratando de leer en el semblante de la niña, el reflejo de las sentidas palabras, que ella había pronunciado.

Iban caminando y la emoción los detuvo. Las manos del amoroso padre se aplicaron formando

un marco al rostro de Ema, y sus labios, después de besarla en la frente, exclamaron:

—Es preciso que nos expliquemos..., háblame con entera confianza..., sé franca conmigo, como siempre lo has sido.

—¡Mi adorado papá!, esta vez no se parece a las otras, siempre te he contado todo..., pero ahora...

—Yo te ayudaré a que te confieses, y así olvidaremos el pasajero malestar que nos inquieta.

—Que hermoso sería, si sólo se tratara de un pasajero malestar.

—Tranquilízate — respondió Eduardo — porque tu padre no es capaz de faltar a su sagrada promesa.

Una ráfaga de viento, sacudió fuertemente los ramajes de los árboles, y de ellos arrancó un extraño murmullo. El repentino soplo se infiltró por entre las hojas, y agitando siempre un mayor número de ellas, despertó una melodía en "crescendo", que luego murió en un dulce "adagio". Espesa nube de polvo, nacida en la carretera vecina, se esparció por el parque y se perdió en él.

El padre y la hija contemplaron abrazados este

espasmo de la naturaleza, y cuando todo volvió a la calma, la imágen de la muerta ya no se hallaba cercana a ellos, ya no tenía el aspecto de un severo juez...

...Ahora sonreía allá lejos en las alturas, cual si fuera un angel de la guardia. Parecía que el alma de la madre de Ema, hubiese vuelto al cielo, ya feliz y tranquila, al oír que Eduardo respetaría su juramento..., y hubiérase dicho, que fué su ascensión velada por la nube de tierra, por la ráfaga, por el espasmo en fin de la naturaleza solemne y grandiosa.

CAPITULO XII

En el punto, en que el río de Las Conchas desemboca en el Luján, un palacio, que bien hubiera merecido el nombre de "faro del placer", indicaba a los devotos de la alegría, un fecundo rumbo a seguir. Y una parte, de la humanidad que ansía un goce fácil e inmediato, se encaminó en fantástica caravana, hacia el templo que tanto atraía con sus esplendores. Pero si en el mágico recinto todo era luz y claridad, entre los peregrinos triunfaba el misterio: ridículas caretas y severos antifaces velaban los rostros, y caprichosas túnicas contribuían a ocultar los rasgos personales de los enmascarados.

El dios Momo, se despedía del año mil nove-

cientos trece, y sus entusiastas admiradores, se dirigían a los suntuosos salones del "Tigre Club", para bailar, reir y amar, en la noche del entierro del Carnaval. Un intenso deseo de vivir animaba a las muchedumbres allí reunidas, y este anhelo era tan fuerte y tan sentido, que se comunicó hasta a los más indiferentes. En la plebe espectadora, nació una envidia preñada de tristezas, y entre los curiosos de las otras clases sociales, el descontento.

La servidumbre, los obreros y las familias de estos, miraban apesadumbrados desde lejos, esa senda de felicidad cuyo acceso les estaba vedado. A unos, les faltaba dinero, a otros condiciones, y algunos pocos, sentíanse atados a la cuna, como a una pesada piedra que les impidiese alejarse de ella.

En cambio, a los aristócratas y a los burgueses, que poblaban la terraza del Tigre Hotel y la entrada del Club, les faltaba deseos a unos pocos, y libertad a los más. Muchos hombres casados no iban al baile, por no contrariar a sus esposas, infinidad de señoras por no desobedecer a sus maridos, y un sinnúmero de niñas, por no haber obtenido el consentimiento paterno.

Entre tanto, la soberbia colmena se iba poblando, sin tener en cuenta ni a los envidiosos, ni a los descontentos, que miraban el desfile de la mascarada sin poder mezclarse a ella.

En esto llegó un automóvil, cuyas elegantes lineas contrastaban, con su descuidada pintura y con el mal estado de sus neumáticos. Se abrió la portezuela del coche, y de él bajaron: Alfredo Vásquez de frac, una graciosa manola, y tras esta, una dama misteriosamente envuelta en un sencillo dominó negro. Estas tres personas se detuvieron un instante, echaron una mirada investigadora, y no habiendo encontrado a quien buscaban, se dirigieron hacia el gran pórtico del club.

—¡Cascote!, qué bien acompañado vas — gritó una máscara al divisar a Alfredo.

El distinguido caballero hizo un esfuerzo para sonreir y separándose de sus compañeras, se adelantó a sacar las entradas para la fiesta.

—"Fijáte", Andrea, si está bien colocada mi peineta, — dijo la manola a la máscara del dominó negro.

—Puedes estar tranquila, Beatriz, por tu peineta — respondió la interpelada — lo que debería preocuparte es tu descote.

—Ya te he dicho que me "dejés" en paz, con tus ideas ridículas — replicó la manola, y sacando un pequeño espejo, se puso a comprobar personalmente, si el adorno se había movido o no, de la artística posición en que ella lo dejara.

Las jóvenes, paradas en medio de una ola de concurrentes al baile, se habían quedado esperando a su tío.

—Como tarda Alfredo en venir — dijo Beatriz algo impacientada.

—Andará buscando a Horacio — respondió Andrea — y no creo que llegue a dar con él.

—Si no está Horacio, entraremos al baile con Alfredo... para eso ha venido con nosotras.

Para substituir a su sobrino, había realmente venido Alfredo. Horacio prometió primero llevar a sus hermanas al baile, y luego pidió a su tío, que las acompañara hasta la puerta del club.

—A las 11 en punto — dijo — estaré yo allá... y Alfredo si quiere se podrá volver.

Pero el joven Gutiérrez, con su acostumbrado egoísmo, faltó a la cita, y el dolorido tío, para acompañar a sus sobrinas, tuvo que hacer el sacrificio de mezclarse a la polícroma e inquieta

masa viviente, que sin cesar desaparecía tras la entrada del Tigre Club.

Era este el primer año que Andrea y Beatriz asistían a un baile de máscaras, y la primera vez también que iban a una gran reunión mundana sin la madre. Poderosos factores habían quebrantado la voluntad de la inflexible matrona. Al manifestar, días antes, sus hijas el deseo de concurrir a esta fiesta, la señora de Gutiérrez se opuso en absoluto, más luego ante una reflexión de su hermano resolvió ceder.

—Deja que las muchachas se diviertan, Dios sabe la suerte que les espera en el futuro, — dijo Alfredo a doña María, y esta, comprendiendo lo que el consejo encerraba, otorgó el anhelado permiso.

Muchas cosas afligían ahora a la aristocrática dama: el aspecto del automóvil, las viejas libreas, el descuidado parque y las continuas restricciones en los gastos, le anunciaban la llegada de una terrible desgracia. Tras el lujoso tul, que había hasta entonces tapizado sus horizontes, entreveía la señora de Gutiérrez, un panorama de miseria lleno. Esto debilitó sus fuerzas, los

sufrimientos vencieron los preceptos de una casta, y doña María hizo inesperadas concesiones. El mismo día del baile, quiso la casualidad que tropezara y se diera un golpe. El accidente, a pesar de nó revestir gravedad alguna, dejó por el momento a la señora casi imposibilitada para caminar. Al anochecer, Andrea y Beatriz habían ya perdido toda esperanza de asistir a la fiesta, cuando doña María las llamó y les dijo:

—Me da mucha pena que se queden Vds. sin ir al baile..., por algo tan insignificante como esto que me pasa... Yo creo que podrían muy bien ir al Tigre Club con Horacio.

Las hermanas al oír esto se miraron sorprendidas... ¿Era posible que la celosa guardiana del severo código social, permitiera que sus hijas fuesen a un baile de Carnaval sin ella? La primera en demostrar su regocijo fué Beatriz; loca de alegría abrazó a su madre con exagerado entusiasmo y corrió al teléfono, para tratar de descubrir cuanto antes, el paradero de Horacio. Andrea, entonces, se adelantó, y cariñosamente dijo a doña María:

—Mamá, sé que esta concesión que nos haces representa para tí un inmenso sacrificio... ¡Te la agradezco con toda mi alma!

Un largo beso sirvió de respuesta, se hizo un religioso silencio, una joven y hermosa cabeza buscó un apoyo en el pecho materno, y los hálitos de dos vidas al mezclarse, dijéronse dolorosos secretos, así como las columnas de humo de dos hogueras vecinas, se acarician, se unen y se cuentan las torturas de los leños en que nacieron.

El recuerdo de esta escena y el triste semblante de Alfredo, empañaban la dicha de Andrea, mientras subía por la escalera del Tigre Club y se acercaba a los salones del piso alto. — Allí Eduardo la esperaba, allí el disfraz que es mentira, iba a dar un tinte de realidad a un amor que parecía un sueño. Su amado la atraía como un imán, y su tío como una reliquia venerada, y antes de buscar al primero, dijo cariñosamente al segundo:

—¡Gracias por habernos traído!

—No hables en plural — respondió Alfredo en voz baja, para que Beatriz no oyera — pues es por tí que me he sometido al tormento de entrar a este recinto. ¡Me imaginaré que recorro el infierno de Dante!

—Eres un padre para mí, y yo esta noche soy una mala hija.

—¡Anda, diviértete, Andrea! — dijo Alfredo, y lentamente se alejó.

... ...

En el Tigre Club, extraños coros de voces, melodiosos acordes y mágicos reflejos hablaban del amor..., y en medio de este misterioso conjunto, la mujer en el apogeo de sus formas y de sus encantos, parecía balbucear al oído del hombre: ¡Ámame! Apasionadas confesiones se sucedían incesantemente, y los labios al articularlas se movían con tanta sensualidad, que en ellos se adivinaba el deseo de sellar voluptuosamente una boca. La tentación vagaba por el ambiente, y para triunfar, se valía de la música, de los perfumes y del misterio de los disfraces. Los espíritus románticos, para caer víctimas de este trío de encantos, elegían la amplia terraza del hermoso edificio. En este soberbio puente, sobre elegantes columnas extendido, entre el palacio y la ribera del río Luján, la obra de Dios coronaba a la del hombre: Una carpa de azabache sembrada de estrellas, servía de cúpula a la esplendorosa fiesta.

El preludio de un vals cruzó los aires, y a sus acordes bien pronto se unieron, cantos entona-

dos por dulcísimas voces, que partían de la orquesta.

—Eduardo, bailemos este vals coreado — dijo una enmascarada joven a su compañero, el cual, también se hallaba disfrazado como ella, con un sencillo dominó negro.

—Bailemos, Andrea, — respondió el caballero —bailemos, para festejar el comienzo de esta noche de dichas y de encantos.

—¿Cómo se llama este vals? — preguntó ella.

—No lo sé..., pero es un vals sublime.

Al decir esto, Eduardo abrió sus brazos, Andrea buscó una natural colocación en ellos, y fué este acto ejecutado tan sentidamente, que pareció que esos seres observaran los ritos de una orden religiosa, destinada a velar por el dios del amor. Altos los dos, y bien formados, las sueltas telas de los disfraces, no conseguían ocultar la elegancia que los caracterizaba, ni la pasión que a sus pechos oprimía. La máscara velaba nombres propios, pero no distinguidos rasgos, ni sentimientos sinceros. Al bailar, interpretaban como artistas el ritmo de los compases, sus pasos simulaban fugas hacia el nido nupcial, y los círculos que describían, eran anillos incompletos de

una espiral, que comenzaba allí en el baile y se perdía en un paraíso de indecibles venturas.

—¡Andrea! — exclamó Eduardo en un momento de éxtasis — me hago la ilusión, de que nos desprendemos del suelo...

Y ella le respondió:

—Nuestros espíritus, al volar hacia las altas regiones de los ensueños, nos llaman.., nos invitan..., nos arrastran...

Como se destacaban entre todos los demás, el público comenzó a mirarlos.

—¿Quiénes son? — se preguntaban unos, y otros les dirigían bromas, haciendo alusión al recíproco afecto que en ellos se advertía.

—¡Qué camote, hijitos...! — les dijo una dama disfrazada de vieja.

Y un payaso, al verlos exclamó:

—¡A la iglesia, muchachos!

Intervino entonces una solitaria aldeana, vestida con ajadas túnicas.

—Contemplen esta maravilla, en vez de hablar sonseras, — dijo a la concurrencia, señalándo a los amantes.

—Por graciosa será que "andás" tan sola — le replicó el payaso.

—Más vale andar sola que mal acompañada — observó la aldeana, y ya se iba a retirar, cuando la dama disfrazada de vieja, la llamó y le dijo:

—Es curioso, que "planchando" tanto, "andés" con el vestido tan ajado.

Se oyó un ¡ja!, ¡ja!, ¡ja! y junto con esto resonaron los últimos compases del vals.

Eduardo se detuvo, sus brazos dejaron escapar lentamente el adorado cuerpo que oprimían, y Andrea por su parte, también tardó en hacer uso de la libertad concedida. En busca de un poético refugio, recorrieron entonces los amantes la espaciosa y concurrida terraza. ¡Cuánto tenían que decirse!

Después de aquel día en que se dieron el primer beso, sólo se habían comunicado por cartas. El viaje que Eduardo hizo con Ema a la estancia, los separó por espacio de un mes, y terminada esta ausencia, tampoco pudieron hablarse, pués cada vez que pretendían hacerlo, una pertinaz mala suerte les enviaba algún importuno testigo.

Eduardo ansiaba hallarse junto a Andrea, ya que había resuelto vivir su poema de amor, con

toda la amplitud que su juramento se lo permitía. Durante las turbulentas horas de la espera, su imaginación labró mil planes, y su apasionado espíritu clamó pidiendo la presencia de su diosa. Andrea anhelaba también este encuentro, y sus deseos se hubieran podido concretar en esta frase: "Vivir junto a Eduardo".

Al llegar a la extremidad de la terraza que da sobre el Luján, apoyaron los amantes sus codos sobre la baranda, como si ella fuera el respaldo de un inmenso reclinatorio. A sus pies, el río veteado por los reflejos de los focos luminosos, corría lentamente hacia el Plata, y con su interminable rosario de ondas, simbolizaba al tiempo que en su eterno pasar nos arrastra hacia la tumba. Desempeñaba la masa líquida, el papel de un colosal reloj color ébano, y las luces proyectadas sobre su superficie, hacían las veces de los números romanos indicadores de las horas.

—¡Traduzcamos — exclamó Eduardo — al lenguaje hablado, lo que ha un instante nos decíamos en el loco girar del vals sublime.

—Tus miradas, — respondió ella — tus gestos, tus palabras y tus besos tienen idéntico valor... En los tiempos en que callabas, no eras menos elocuente que ahora...

—Pero... ¿no encuentras mayor placer cuando todos esos medios de expresión se unen? Si esto acontece, el amor surge de nuestro ser sin trabas y sin lucha, como un canto en el que sólo hay dulces melodías... ¡Esto es lo que llamo el triunfo de la pasión...!

—Yo, — contestó Andrea — creo que hace ya tiempo que el amor ha en tí triunfado; lo que te faltaba, era esa traducción verbal, a la que yo doy menos valor que tú. Los dos, nos amamos con frenesí, pero comprendo que existe una diferencia fundamental entre nuestros afectos.

—Dime... ¿cuál es esa diferencia? — prorrumpió Eduardo vivamente interesado.

—...Tú, luchaste antes, para no amarme, y ahora te esfuerzas por hacerme sentir, la sinceridad y la fuerza de tu pasión...y yo sencillamente: te amo... Por ello, Eduardo, deja que mis palabras lleguen a tu corazón, sin que encuentren razones que las analicen, ni prejuicios que las combatan. ¡Escúchame como hombre sensible y no como mundano! El vulgo dirá que me conduzco mal al expresarme así, y que he pecado al besarte, pero mi conciencia sostiene lo contrario... Aquella tarde en que caí en tus brazos, al sepa-

rarme de tí, me retiré a orar, y mientras rezaba, el Creador me sonreía...

Andrea no pudo continuar hablando; toda ella vibraba cual diapasón alcanzado por un golpe maestro. Buscando un campo amigo que conmover, estas vibraciones pasaron de la joven al caballero, en una de las tantas caricias que las telas de los disfraces ocultaban.

—De que me ha servido — dijo Eduardo — mi larga experiencia de mundano. A fuerza de codearnos con la mentira, la ficción y el egoísmo, nos alejamos más y más de lo sencillo, de lo puro y de lo natural. Creemos que adaptándonos al medio, nos perfeccionamos, y en cambio, perdemos nuestros rasgos personales más salientes. Tú, Andrea querida, has crecido y te has desarrollado sin sufrir la influencia nefasta de todo aquello que destruye al sentimiento espontáneo... ¡Es lástima grande, que en ciertos casos tengamos que respetar la voluntad de las tiranías sociales! ¡Así, para poder continuar juntos toda la noche, nos veremos obligados a no quitarnos los antifaces!

La delicada mano de Andrea, tiernamente aprisionada por la de Eduardo, se deslizó con suavi-

dad exquisita. ¡Era el diapasón del amor, que volvía a vibrar! Los finos dedos de la joven ignoraban el lenguaje de las presiones fuertes, porque más obedecían al corazón, que a los músculos agitados por los instintos. Eduardo sentíase electrizado por esa mano, cuyos dedos se movían como teclas de un piano tocado por algún oculto y misterioso espíritu.

De golpe Andrea señaló sobresaltada el paso de una exhalación. El inflamado bólido cruzó los espacios, y fué a morir en las sombras, después de haberse desgranado en un loco derroche de luces y de fuego. El horizonte había vuelto a recuperar su aspecto normal, y Andrea continuaba con su brazo tendido, hacía el rumbo recién surcado por la fantástica centella. Quiso entonces Eduardo, interpretar poéticamente, el posible significado de esta curiosa luz, que acababa de sorprenderlos:

—Se me ocurre — dijo — que el viejo Cronos, se vale de estos medios, para hacer saber al sistema planetario, que ha transcurrido una de las tantas etapas por él establecidas. Cada una de estas exhalaciones, quizá indique el fin de una era, y festeje el comienzo de alguna otra.

Andrea escuchaba conmovida las palabras de Eduardo. Completamente envuelta, también cubierto su semblante, de ella sólo se veían sus manos y antebrazos, de un color blanco tan puro, que parecía que la sangre respetuosa del tinte de la piel, se hubiera esmerado en correr profunda y sigilosamente, para que su rojo matiz pasara inadvertido. Eduardo miraba absorto estas joyas vivientes...; la alba piel llamaba a sus labios... y sus labios obedecieron.

Un estremecimiento, mezcla de placer y de inquietud, sucedió al beso... Los amantes despertaron de un ensueño, y se vieron rodeados por una aureola de luz y por un círculo de bulliciosas máscaras. El espectáculo que contemplaba, interesó a Andrea. Hasta ese momento, una deliciosa inconsciencia le había impedido darse cuenta cabal del medio en que se hallaba, pero ahora, abiertos sus sentidos al mundo exterior, recibió gustosa, los efluvios que partían del manantial de alegrías que visitaba.

Encerrado en estrecho círculo, el brazo del uno por el del otro, se encaminaron los sublimes novios, así unidos por esos tibios y carnales eslabones. Habían dado unos pocos pasos, cuando

un gruesísimo muchacho, disfrazado de "bebe", les gritó con voz destemplada:

—¡Ahí van los del vals con "apunte"!

Y como los interpelados no respondieron, el "bebe" prosiguió diciéndoles:

—¡Ay, que intrigantes! ¡Hablen más fuerte! — y entre tanto, con un inmenso pañuelo, se secaba la transpiración que corría por su grueso y descubierto escote.

Más lejos, junto a la puerta que conduce a los salones, unas máscaras vociferaban en torno de un voluminoso matrimonio, que había venido al baile, para traer a una hija cuarentona. La pequeña cabeza de la esposa, teñida de rubio, representaba el vértice de un cono, que se ensanchaba exageradamente en su base, formada por el ruedo del vestido.

—¿Quién te hace tus corsés? — le preguntaba sin piedad a esta dama, una elegante sultana.

—Se me ocurre — opinó un "pierrot" — que los compra hechos, y que se pone lo de abajo para arriba...

A nada de esto respondía el ridículo matrimonio. El pobre marido daba señales de vida, espantando los mosquitos que pretendían saborear

su respetable calva, y su atribulada compañera, sólo atinaba a mover furiosamente la nariz. La hija, persona muy tranquila, escuchaba tan desagradables bromas sin inmutarse. La infeliz parecía un perrito sabio, vestido por chicos malintencionados.

Después de recorrer un estrecho pasaje, repleto de una abigarrada concurrencia, llegaron Andrea y Eduardo al salón principal. Era este lugar, una dorada jaula, donde se enardecían los espíritus, soñaban las mentes y vibraban los cuerpos, al unísono con las notas de una gran orquesta. situada en una amplia concavidad con pared de cristal. Los sentidos del hombre, allí se debatían, continuamente agitados por fragancias raras, deslumbradoras claridades, melodías exquisitas, perturbadores contactos y por el voluptuoso sabor, que en mil labios los instintos sospechaban. En el medio de la sala, bajo los rayos de una soberbia araña, tenía lugar un torneo de elegancia y de esbeltez: la mujer argentina, con su gracia suprema hacía derroche de encantos. Algunas, impecablemente ataviadas, preferían llevar sus rostros descubiertos, y las más, protegidas por secretos disfraces, recorrían la sala

como sueltos pajarillos, que a veces cantaran y otras hirieran. Por fin, numerosas damas bailaban, y con el lenguaje de las cadenciosas ondulaciones, expresaban sus más íntimos sentimientos. Agiles y flexibles, daban pasos que eran acordes, y enlazadas con sus compañeros, parecían diosas de la alegría, al cuidado de sus celosos guardianes. Eran flores animadas, eran mariposas que giraban, en esa hoguera encendida por el amor, y alentada por los imperiosos latidos de los corazones ardientes.

Un rico pero impasible marco, rodeaba a tan precioso cuadro. Un cordón de sillas pegadas contra las paredes, servía de tranquilo refugio a innumerables damas, que contemplaban el desarrollo de la fiesta, como si asistieran a una reproducción cinematográfica de lo ya vivido. Muchos esposos, celosamente vigilados por sus señoras, formaban compactos grupos negros, o se hallaban escalonados en calidad de prisioneros, junto a sus respectivas compañeras.

Andrea y Eduardo comentaban con interés, tanta manifestación de las modalidades humanas.

—Que hermoso es — dijo Eduardo — eso de poder asistir a todo este fantástico derroche de

encantos supremos, sin envidiar la suerte de los demás.

—...Sin envidiar la suerte de los demás...— repitió Andrea, como lo hubiera hecho el eco más sensible.

—Sigamos adelante — respondió él — para resentir la misma impresión por doquier...

Otros tantos rumbos, marcaban seis grandes puertas, en apariencia obstruídas por las sombras nocturnas, que sobre las aberturas se aplicaban, cual si fueran negras pizarras. Entre todos estos caminos a seguir, optaron los amantes, por el que conducía a la terraza posterior del edificio. Ofrecía este lugar un espectáculo diferente al de los demás. La concurrencia se hallaba en él congregada, alrededor de numerosas mesas pequeñas; allí se descansaba después de las danzas, allí las parejas cenaban y bebían; allí más de un caballero pedía a los alcohólicos néctares, que le ayudaran en la tarea de marear un corazón.

Llegaron Andrea y Eduardo a este sitio, y habían dado unos pocos pasos, cuando vieron cerca de ellos, un grupo formado por Beatriz y dos amigos de Horacio. La manola con su rostro descubierto, decía animadamente;

—No me pienso mover de aquí, porque no se puede caminar, con el "chusmerío" que anda... Es un espanto la cantidad de "caches" que han invitado.

—Vd. no pierde ocasión para criticar — observó sonriéndose uno de sus compañeros.

—Pero es que tengo razón — contestó Beatriz —fíjese que pocas chicas conocidas hay.

—Es claro que tiene razón — afirmó su otro caballero, un imberbe jovenzuelo, ya cansado de la vida. Si no fuera por Vd. me hubiera aburrido en grande.

—Yo francamente — dijo Beatriz — creía que un baile de máscaras, fuera algo más divertido...; este es el primero y el último a que asisto... Con razón Horacio no "agarró"; nos hizo el cuento que nos iba a servir de "chaperon", y ni ha pensado en aportar por aquí.

—Horacio — contestó el imberbe — es un "rico tipo"... a estas horas andará por el baile de la Opera.

En ese momento, habiendo quedado una mesa libre, Andrea y Eduardo se apresuraron a ocuparla, y se hallaban impartiendo órdenes al mozo que los servía, cuando vieron pasar a Alfredo. Rápida-

mente corrió Eduardo a buscarle, e instantes después, tomaba Vásquez asiento junto a la feliz pareja.

—¿Qué has hecho hasta ahora, mi querido tío? —le preguntó Andrea.

—Me he paseado por la orilla del Luján... Allá en las sombras me encontraba al abrigo de toda alusión...

—Supongo — prorrumpió Eduardo — que nadie se habrá atrevido a...

—No mi buen amigo — le respondió Alfredo — yo soy el que adivino ironías y reproches en ciertos rostros... Cuando algunas personas despliegan sus labios para dirigirme la palabra, se me ocurre que me van a preguntar: ¿Cómo andan sus asuntos?... Otras veces creo que pretenden ocuparse del estado de la plaza, para llegar por vía indirecta, al eterno y doloroso tema...

Unos gritos destemplados interrumpieron la conversación.

—¡Adiós Vásquez...! ¡Adiós solterón! ¡Vejestorio, a la cama! ¡Estas no son horas para que "andés" levantado! — vociferaban con insistencia tres impertinentes máscaras.

—Ya ven — dijo Alfredo — una sinceridad co-

mo esta, es casi lo más agradable que en Carnaval puedo escuchar... Pero... no hablemos más de miserias, ocupémonos de otras cosas. ¿Han bailado Vds., mucho?

—Un solo vals — respondió Eduardo.

—En mis tiempos se bailaba sin descanso durante toda la noche — dijo Vásquez, y recordó el extraordinario lucimiento, que las recepciones carnavalescas alcanzaban en su juventud.

—Aquí tiene, señor, el "Pommery" pedido — dijo en esto un mozo, mientras colocaba una botella de "champagne" sobre la mesa.

—Hágame el bien de traer otro vaso para el señor — dijo Eduardo al sirviente, señalando a Alfredo.

—...Yo no tomaré — respondió este, tratando de ocultar una repentina contrariedad, y poniéndose de pie añadió: — Voy a ver que es de la vida de Beatriz.

—Allí está detrás tuyo — le contestó Andrea.

Alfredo miró hacia donde se hallaba su otra sobrina, volvió de nuevo sus ojos hacia la pareja, y después de unos segundos de indecisión dijo:

—El "champagne" y yo, no podemos por el momento encontrarnos como amigos... Hasta dentro de un rato.

Obedeciendo a su conciencia, Vásquez se alejó de la simbólica bebida, porque ella significaba riqueza y bienestar. No quería que alguno pudiera suponer que él se pagaba el lujo de pedir para su mesa, la botella compañera de las grandes alegrías, de los triunfos y del oro.

... ...

... ...

La carpa de azabache que servía de cúpula a la fiesta, fué perdiendo su intenso color negro. Los árboles de las selvas vecinas no parecían ya indefinidos bultos; entre rama y rama se percibía una bruma gris. La aurora avanzaba, trayendo una inmensa y blanca mortaja, para echarla sobre el cuerpo agónico del dios Momo. Ante la claridad siempre creciente, matizados grupos de máscaras partían de la fiesta, deslizándose cual si fueran bandadas de espíritus nocturnos, puestos en dispersión por el nuevo día. Raros eran los semblantes que permanecían ocultos, y pocos los concurrentes que desplegaban aún cierta actividad. En los sillones, contra las barandas o en los peldaños de las escaleras, descansaban todos

aquellos que habían violentamente gozado. La luz hizo visibles, rostros que se declaraban satisfechos de vivir, permitió leer en otros, el desencanto, y en algunos, descubrió facciones que en unas pocas horas se habían ajado.

Proximos al momento de la separación, Andrea y Eduardo ultimaban los detalles de un pacto elaborado en esa noche inolvidable.

—Querido mío — dijo al despedirse la joven a su compañero — cuando entres ahora a tu casa, acércate cuidadosamente al lecho de Ema, y mientras duerma, bésala en mi nombre... Cuando se despierte, bésala de nuevo, y asocia mi recuerdo a tus caricias de padre.

—Te juro por la Eternidad que nos contempla, que así lo haré, — respondió Eduardo.

Mientras hablaban, una nube roja y otra morada, se unieron en uno de sus extremos, y aparentaron ser las alas de una sobrenatural ave, que sangrara de uno de sus flancos.

—Es hermosa — dijo Andrea, al advertirla — pero viene herida...

CAPITULO XIII

—De manera, Vásquez, que desde hoy en adelante, don Eduardo Sahavedra le representará a Vd. en todos sus asuntos.

—Sí, Schulzer, pues me he convencido de que no tengo carácter, para argumentar con mis acreedores. Mi dogma es: pagar todo cuanto pueda, pero a este principio tan natural y sencillo, no se le presta el debido crédito. Hay personas que creen que escondo parte de mi fortuna. Sé que exclaman: "Es imposible que Vásquez haya perdido todo cuanto tenía". Indirectamente me llaman ladrón.

—Yo creo — observó Schulzer — que estos cosas, las arregla mejor uno mismo.

—Tendrá Vd. razón, en los casos en que no se cuenta con un amigo como Sahavedra. Mareado por las luchas comerciales y por el afán de amontonar fortunas, Vd. solo vé en cada hombre: un brazo o un cerebro y no un corazón... La amistad existe, ella es grande, noble y desinteresada... De la mano de un amigo brotan espontáneamente afectos, consuelos y medios de salvación...

—Y porqué entonces, Sahavedra no le da dinero para...

—Porque, si Eduardo es amigo mío, también lo soy yo de él; — prorrumpió con vivacidad Alfredo. — Son tan grandes mis compromisos y es tan enorme la desvalorización de mis tierras, que para salvarme, tendría Eduardo que sacrificarse. Si pidiera o aceptara algo semejante, yo sería un miserable.

—Francamente, no nos entendemos — respondió Schulzer.

Al oir esto, Alfredo movió afirmativamente la cabeza y se puso de pie. El acaudalado negociante también abandonó su silla, y para poner un término a la discusión, dijo con énfasis:

—Sería conveniente, que el señor Sahavedra viniera cuanto antes a verme.

—Mi amigo — respondió Vásquez — se presentará mañana mismo ante mis acreedores, con el amplio poder general que hoy le he dado.

Alfredo saludó secamente a Schulzer y se retiró. Hacía en esta ocasión, su última visita a la oficina que en la calle 25 de Mayo, tenía establecida la Compañía de Tierras de Córdoba. Su ex compañero de directorio, por ser acreedor hipotecario suyo, era hoy uno de sus jueces, y por este motivo, se permitía tratarle con rudeza.

En vez de bajar por el ascensor, Vásquez se dirigió hacia la escalera, para salir con menos violencia de esa casa, a la que tantas veces había entrado tranquilo y feliz. Al descender iba su ansiedad en aumento; en el crujir de los peldaños de madera, adivinaba tan pronto una ironía como un gemido o un adiós; y cuando llegó al sombrío piso bajo, su desesperación adquirió un espantoso carácter. Le parecía que traidoras manos le despojaban de todo cuanto poseía, sin respetar cosa alguna por sagrada que ella fuera. Se imaginó que esas manos le palpaban el corazón, que le comprimían el cuello y que le golpeaban en fin la cabeza, para hacerle perder el rumbo en la marcha que seguía. Pálido, vacilante y cubierta

su piel por un sudor viscoso y frío, llegó Alfredo a la puerta de la calle. Allí, las malditas e implacables manos se posaron sobre sus hombros y jugaron con él, reteniéndole por momentos, para empujarle después, y por fin le arrojaron sin piedad.

Una vez fuera, el infortunado caballero reaccionó. Amargo había sido el rato pasado, pero felizmente no tendría ya que volver a tratar asuntos comerciales con personas extrañas. Eduardo amortiguaría todos los golpes, interponiéndose entre él y sus acreedores, en esos días en que se acercaban los vencimientos de las obligaciones firmadas a fines del año anterior.

—Todos saben — había dicho Alfredo a Eduardo, al darle el poder—que estoy arruinado, porque no he temido proclamarlo bien alto, ahora falta, que Vd. en mi nombre declare que he caído definitivamente . ¡Así evitaré el tomar parte, en la triste peregrinación de los que se arrastran claudicando de trecho en trecho!

Y ahora al alejarse de Schulzer, repetía Alfredo estas palabras, y se alegraba de haber tomado tan terminante resolución.

—Comienzo el mes de Marzo — se dijo — con

una transformación radical en mi existencia; a partir de hoy queda mi personalidad desdoblada: la del pasado estará a cargo del leal Eduardo, y la del presente, me esforzaré por defenderla, de todos los ataques del infortunio.

Pensando en la nueva vida que emprendía, se dirigió Vásquez hacia el Paseo de Julio, para ir por esa vía a la estación Retiro, y tomar allí el tren de las cinco y media. Mezclóse a la híbrida multitud que en esos lugares pulula, y se detuvo a examinarla. Seres de todas las edades y naciones, se paseaban bajo los clásicos arcos de la recova, como si buscaran en ese primer muro de la gran capital, una puerta que les permitiera llegar al corazón de la metrópoli. Al mirarlos, Vásquez creyó ver un parecido entre ellos, y la manga de langosta que marcha a lo largo de las barreras, que los agricultores le oponen.

De reflexión en reflexión, se puso a envidiar la tranquilidad que adivinaba en algunos de los pacíficos peatones. Dos jóvenes operarios le llamaron particularmente la atención. ¡Cuanto vigor había en todos sus movimientos! ¡Cuanta vivacidad en sus semblantes! Todo en esos trabajadores, revelaba una falta absoluta de preocupaciones.

Por espacio de dos cuadras, siguió a estos obreros con su mirada. Y ya iba acercándose a ellos, cuando de golpe el cuadro presenciado cambió de aspecto. El automóvil presidencial apareció en la ruta, y al verlo pasar, los hasta entonces felices operarios, se detuvieron, y con un gesto vulgar y palabras soeces, echaron maldiciones sobre los ocupantes del lujoso vehículo. Con esto, los jóvenes rostros perdieron su sencilla alegría, y esos hombres representaron la amenaza alentada por el rencor y el odio.

—Tampoco ellos son dichosos — se dijo Alfredo, y dirigiéndo su mirada hacia otras personas, buscó infructuosamente un tipo de felicidad perfecta.

Este minucioso examen, le hizo ver la falta de higiene de muchos transeuntes, la pobreza de sus vestidos, la suciedad del suelo, y cuando exasperado por tanta miseria, quiso encontrar en las altas esferas de la vida el ideal buscado, se desconcertó al recordar las miserables palabras lanzadas al primer magistrado de la República.

Paulatinamente se había acercado al Retiro. A ese chato y vetusto edificio de la estación, entraban los hombres que volvían a sus hogares: unos

pocos con miel en el corazón, y los más, preocupados por el fantasma de la terrible crisis. Alfredo engrosó el número de estos últimos, y fué a tomar asiento solo, bien solo..., en el tren que debía conducirle a Vicente López.

... ...

El sol descendía lentamente, en un horizonte diáfano y puro. En el ambiente, de cuando en cuando se oían los silbidos de las locomotoras, que así conversaban entre ellas, como si fueran monstruos juguetones.



CAPITULO XIV

—¿Consientes entonces, papá, en que me haga peinado alto?

—Sí, hija querida, — respondió Eduardo, mirando con indecible ternura a su hija.

—¡Gracias...! — exclamó Ema, y cubrió a su padre de besos y caricias.

Acababan de comer, y habían tomado asiento en el escritorio oriental de Eduardo. Era la hora en que, el padre y la hija, se reunían casi diariamente. La niña confesaba sus impresiones, y Eduardo transformado en maestro amigo, conducía el espíritu de la adolescente, al través de los intrincados problemas sociales. De esta manera los dramas mundanos, al ser estudiados psicoló-

gicamente, perdieron ante los ojos de Ema el misterioso carácter que los deforma. Gracias a ello, sabía descomponer una pasión en sus diversos factores, antes de condenarla a ciegas, y por ello también comprendió lo que pasaba a su padre y pudo mostrarse indulgente, apenas repuesta de la sorpresa del primer momento.

La actitud de Andrea también contribuyó a tranquilizarla. Los verdes ojos de la hermosa rubia, dejaban traslucir una sin igual grandeza de intenciones.

—Papá y Andrea se aman con locura, — dedujo Ema — mas respetarán la voluntad de mi madre... Por lo tanto, soy yo quien debo solucionar el conflicto.

Ema no había hasta entonces pensado con seriedad en el matrimonio, pero ahora tan trascendental cuestión, no era ya un asunto personal. La felicidad de su adorado padre dependía, de que ella quisiera libertarle, casándose cuanto antes, y para poder llevar a cabo este propósito, comenzó por pedir autorización para peinarse de alto. Durante un mes, luchó la hija, para vencer la resistencia que Eduardo opuso a su proyecto, y fué este lapso de tiempo, uno de los más dolorosos que Sahavedra registrara en su vida.

Desde el día de la inolvidable escena en la estancia, Eduardo y Ema, no habían vuelto a hablar del emocionante asunto que tanto los había preocupado. La imagen de Andrea nunca los abandonaba, presidía todos los encuentros entre el padre y la hija, pero nadie hacía mención de ella.

Cuando se trató del cambio en el peinado de Ema, Eduardo comprendió que la niña pretendía adoptar las galas de la mujer casadera, y este hecho le impresionó en sumo grado, porque supuso que su hija se aprestaba a libertarle. Para desentrañar la verdad, observó a la niña, le hizo hábiles preguntas, y su presentimiento se transformó en certidumbre. Crueles momentos pasó entonces Sahavedra. ¿Iba él con su amor por Andrea, a precipitar a Ema al matrimonio? ¿Era posible que su hija se sacrificara así por él?

—Nada de esto sucederá — se dijo Eduardo — Le permitiré a Ema que use rodete, pero seguirá con el mismo régimen de vida... Antes de los diez y ocho años, no se presentará en sociedad, y de esta manera, disminuiré las probabilidades, de que pueda realizar el sacrificio que se propone.

Mas, a pesar de estas reflexiones, la noche en que consintió el cambio en el peinado de su hija, pensó Eduardo con melancolía, en la transformación que iba a operarse en ella, y al despedirse de Ema, le dijo emocionado:

—La nueva forma que darás a tu trenza, compendia toda una etapa de la historia de tu vida. —¡La disposición de tu cabellera cambia, y tu corazón también... hija mía!

... ...

... ...

Eduardo se quedó solo en su escritorio. Era su pieza preferida; allí tenía muchos y muy caros recuerdos, allí había vivido pensando en Andrea, durante los últimos cinco años de su existencia. Eduardo compró esta propiedad sobre la Avenida Quintana, en la época en que la señorita de Gutiérrez, vencía ya al recuerdo de su finada esposa. Dotado de todo el confort moderno, el "petit hotel" de Sahavedra, presentaba en ciertas dependencias el aspecto de una rica "garconiere" y en otras, el de una preciosa casa habitada por mágica muñeca. El escritorio de Eduardo formaba parte de las primeras, porque allí imperaba en absoluto el gusto del dueño de la casa; situado

al fondo del piso bajo, era un agradable asilo, tanto para el alma enamorada, como para el cerebro pensador.

Ahora Eduardo se preparaba para un largo trabajo: tenía que presentar al día siguiente, una proposición a los acreedores de Alfredo. Hacía ya dos meses que servía de escudo a su amigo, dos meses durante los cuales, más de una vez dejo de lado sus propias ocupaciones, para defender los intereses de su poderdante. Esa noche, después de cuatro horas de ardua labor, terminó Eduardo de concretar las bases de un arreglo, con el que esperaba devolver la tranquilidad a Vásquez. Pensó entonces en retirarse a dormir, pero la imagen de Andrea le detuvo.

—Conversemos — pareció decirle el espíritu de su amada, y Eduardo obedeció, arrobado por esa imaginaria voz, que con tanta dulzura le invitaba a hablar.

La historia de sus amores fué una vez más repetida, y al recordar el baile de máscaras, las almas de los enamorados, estáticas narraron el embeleso de la cita inolvidable.

La pasión triunfante pidió en ese momento que se repitiera un encuentro parecido, solicitó enar-

decida, ensanchar su esfera de acción, clamó por disfrutar ampliamente de la vida.

Al corazón del amante llegaban, como a una playa abierta, olas tras olas, brisas tras brisas y cálidos rayos sin cesar renovados.

CAPITULO XV

A las cuatro de la tarde, de uno de los primeros días del mes de Junio, comenzó a obscurecer rápidamente. El cielo de Buenos Aires tornóse gris, este tinte se acentuó bien pronto, y al mismo tiempo innumerables focos eléctricos se encendieron en las casas y en las calles. Los habitantes de la gran metrópoli así se defendían de las sombras.

Para Eduardo Sahavedra, en cambio, la noche era una bienvenida cómplice, que iba a favorecer una cita de amor con Andrea.

La poética ribera del Plata, fué el punto elegido por los amantes, para celebrar una entrevista, sin más testigo que la inmensidad.

—Mi dicha no reconocería límites, — dijo la tarde anterior, Eduardo a Andrea — si pudiera pasar una hora contigo, en medio de la soledad más absoluta.

—¡Gocemos mañana mismo de las delicias de esa hora! — respondió la joven, y en el propio instante, quedó resuelto para el día siguiente el ansiado encuentro.

Ningún papel jugó el raciocinio, y tampoco se tuvo en cuenta el peligro que el acto entrañaba. Eduardo reflexionaba menos que antes, y algunas veces sufría la acción del vértigo que arrastra... Pasados estos momentos, recobraba el dominio de sí mismo, y entonces, si bien se arrepentía de su debilidad de carácter, ya no lograba detenerse en el camino que había emprendido.

—¡Calla! ¡Calla! — gritábale una voz imperativa, a su conciencia esclava de un juramento, cada vez que ella pretendía hablar.

Y cuando llegó la hora de dirigirse a la cita, esta voz le dominó por completo. Apenas las tinieblas comenzaron a invadir la escena, Eduardo salió de su casa, y detuvo el primer taxímetro cerrado que se le presentó.

—Tome para Vicente López por el camino del bajo — dijo al "chauffeur", y se acomodó secretamente en el interior del automóvil.

Ocultó su cuerpo a las miradas extrañas, y substrajo su espíritu a toda influencia que le pudiera reprochar la resolución tomada. El medio de transporte elegido, era el vehículo ideal para el hombre que aún duda. La veloz máquina corría, y Eduardo con dejarse estar, se aproximaba a su amada. Al pasar por Núñez, Sahavedra tuvo sin embargo un momento de vacilación. Hubiera querido detenerse unos segundos para meditar sobre lo que hacía, pero inmediatamente el "chauffeur" aceleró de golpe, y el coche partió con su velocidad máxima.

Cerca de la estación Vicente López, Eduardo ordenó al conductor que parara, se bajó del automóvil y lo despachó. La obscuridad era ya completa; las sombras protegían al peregrino en su marcha hácia el santuario de sus amores, y negras nubes venidas del este, se extendían por el cielo, cual si fueran inmensos paños, destinados a impedir que todo rayo de luz revelara el misterio del encuentro.

Mientras avanzaba, pensó Eduardo en Ema, y

se la imaginó acudiendo a una cita semejante, pero dada por un hombre infame. Esta idea le hizo temblar, más no le impidió que siguiera adelante, hasta llegar a la tranquera de la quinta de Andrea. Allí otra reflexión le impresionó fuertemente.

—¿Es posible — se preguntó, — que vaya yo a entrar por los fondos de la casa de un amigo íntimo, como si fuera un ladrón?

Al darse cuenta el apasionado caballero, del significado del acto que iba a cometer, se reprochó duramente su conducta y llegó a despreciarse. Felizmente para él, su amada puso fin a estos arrepentimientos. ¡Andrea ya corría en demanda de los brazos, del pecho y de los labios de Eduardo!

Envuelta en una amplia capa gris, la joven voló hacia su adorado y contra él se guareció. ¡Pasaron unos segundos antes que los amantes pronunciaran la primer palabra, y sin embargo les parecía, que se habían ya dicho tantas cosas! Al romperse el silencio, brotó la frase cálida y elocuente, y ella fué la estrofa inicial de un himno al invencible amor. Nació la frase entrecortada por el beso y el beso coronado por un suspiro,

que era la emanación de un alma aguijoneada por el amor. Andrea y Eduardo, al llamarse mutuamente, imitaban sin quererlo, las exclamaciones, que en un dúo lanzan alternativamente una tierna soprano y un sentimental barítono, e incontenibles raudales de afectos, las precedieron, las siguieron y a ellas se mezclaron.

De esos dos seres en éxtasis, se desprendieron sus almas, y estas se elevaron con sútiles y delicados aleteos. La de Andrea sirvió de guía, sobrepasó las cimas de los árboles y cruzó las nubes, siempre en busca de una luz suprema, como si quisiera mostrar al alma amiga, cual es la verdad pura... la verdad no falseada por los hombres, y cuales son los verdaderos derechos de los que se aman. Eduardo se convenció entonces de que no faltaba a sus deberes de padre y amigo, y en un frenético arranque, dió a Andrea un apasionado abrazo. Poco a poco la presión de este disminuyó, porque Eduardo experimentaba sensaciones para él desconocidas. El fuego del espíritu había hecho callar a su sensualidad. Acarició entonces con más dulzura a su Andrea, y el busto de la joven respondió a las amorosas manos, comunicándoles un calor semejante, al que

uno percibe, cuando insinúa los dedos por entre el plumaje de una paloma.

Afectuosamente enlazados, se dirigieron los ideales novios a la costa del río. Sin que nadie los viera, atravesaron la vía del ferrocarril y fueron a tomar asiento sobre un viejo y abatido tronco.

—Me hace el efecto, — dijo allí Eduardo — de que hoy me he detenido, en la estación más hermosa, del camino de mi vida.

—Tu has transformado este lugar — replicó Andrea — Ahora... gozo en él... y antes ¡cuanto he llorado!

—Deja que bese tus ojos, para que no vuelvan a derramar lágrimas.

—Besa también mi frente, para borrar los negros presagios que me inquietan.

—¿Qué presagios son esos? — preguntó Eduardo sobresaltado.

La joven pasó su mano por el rostro de su compañero, con una suavidad igual a la que hubiera empleado, para acariciar un rizo, y con voz un tanto apagada, así se expresó:

—Me paseaba hace unos días por la barranca, evocándote, hablando de tí a la naturaleza y pi-

diendo al Creador que nos protegiera, cuando comenzó a teñirse de púrpura el cielo... Pensé entonces que era este el color, de una de las alas del ave gigantesca, que vimos dibujarse en el firmamento, al retirarnos del baile de máscaras.

—Recuerdo — respondió Eduardo — que la formaban dos nubes casualmente unidas y que tu dijiste, que esa ave estaba herida, porque era roja una de sus alas.

—La otra ala era morada, y de este color se tornaron las purpurinas nubes de la puesta del sol que yo contemplaba. Grandes manchas aparecieron en el horizonte, y ellas me recordaron el matiz que tomó la piel de una muerta que yo ayudé a amortajar... Y con el horizonte cubierto de manchas cadavéricas, agonizaba querido Eduardo, un día durante el cual no nos habíamos visto... Desesperada quise asirme de algo vivo, y creyéndola verde, eché mano de una rama..., pero la rama crujió... ¡Estaba seca! ¡La felicidad no siempre está a nuestro alcance, ella también tiene su invierno! ¡Vivamos nuestra primavera, veámonos aquí todas las tardes, ahora que podemos hacerlo!

En esto pasó un tren rápido en dirección al Ti-

gre. Llevaba una preciosa carga humana. Iban los viajeros convencidos del perfecto estado de la vía, del buen funcionamiento de los rodajes, y ni siquiera soñaban con la existencia de manos criminales, ni con el factor casualidad que tantas catástrofes origina.

Eduardo asoció las últimas palabras de Andrea al pasaje del expreso y le dijo:

—Tu te dejas llevar por la pasión, con la serenidad con que un viajero sube a un tren. La confianza de este último, es hija de la costumbre, y la tuya es la consecuencia natural de tus excelsas virtudes de mujer sincera... ¡Andrea, tu eres la encarnación del amor supremo!

Y una ola, al romperse sobre la playa, completó estas palabras con un imponente rumor, que pareció una gigantesca exclamación aprobatoria.

Como el viento arreciaba, las aguas del Plata se encresparon, y pronto las ondas corrieron unas tras otras, como si estuvieran formadas por compactas columnas de asaltantes. Las aguas deseosas de conquistar nuevos palmos de ribera, se erguían ruidosamente, como si quisiesen asestar un golpe de gracia, y luego morían en pleno arranque de ira y de orgullo, transformándose en una

delgada capa líquida con espumosos y blancos bordes. La naturaleza se agitó en torno de los amantes, y estos al unirse estrechamente, sintiéronse dotados de una curiosa sensibilidad, con la que llegaban a percibir las más sútiles modulaciones del gran concierto universal. Un sexto sentido nacía de esa magnífica fusión de almas, y gracias a él descubrían los novios, bellezas en las tinieblas y tonalidades musicales en los ecos y ruidos que escuchaban.

En plena soledad, se vieron rodeados de todo aquello que sus espíritus escogían. ¡Un soplo de ideal primavera recorría esa tarde invernal! En el horizonte, blanca aureola de resplandores coronaba a la ciudad de Buenos Aires, y en lo alto de la barranca ardía una luz. La primera indicaba a Eduardo un rumbo a seguir, y la segunda, su camino para el regreso a Andrea. En cada uno de estos puntos, había un imán que exigía la vuelta del miembro ausente de su familia, y en virtud de esta fuerza, los amantes se separaron. Sucesivamente los cuerpos, los labios y las manos perdieron su contacto; luego las dulces exclamaciones de la despedida dejaron de oirse; instantes después las miradas y los gestos reemplazaron a

la palabra, y cuando aumentó la distancia, fueron los espíritus los que siguieron comunicándose.

*

* *

Así como una flor se embellece con la oportuna lluvia caída en una tarde estival, así Andrea fué beneficiada por su cita de amor. Los pétalos reviven bajo los hilos de agua que las nubes les envían, y el rostro de la joven, al ser ardientemente sellado por los labios de Eduardo, se coloreó con un matiz inconfundible.

Si dos electricidades contrarias, originan una chispa al encontrarse, dos tensiones nerviosas al entrar en contacto, iluminan los semblantes de los seres en que nacieron. Singular lozanía ostentó la novia, tras las tiernas caricias de su amado. Ella no recibió besos que la marchitaran; los labios que se posaron sobre su tez, le dieron nuevo brillo a su hermosura. A Andrea, su conciencia la

aplaudía y la incitaba a vivir, esa estupenda existencia que acababa de iniciar. Y la misma noche del encuentro, su íntima satisfacción se hizo tan visible que su madre la notó.

—Que expresión de felicidad tienes hoy — le dijo doña María, hallándose todos reunidos en el gran "hall".

—Es cierto, mamá — respondió Andrea.

—¿Ya te lo habían dicho? — le preguntó Alfredo.

—Sí, mi tío querido.

—¿Quién? — prorrumpió vivamente Beatriz.

—El espejo... — contestó sonriéndose Andrea.

—Que modesta "ché" — observó Horacio. — Es lástima que hoy que te crees tan bien, no vayas a lucirte a algún teatro.

Esta alusión, dió motivo para que se hablara del Colón, de las fiestas mundanas y como natural consecuencia, de algunos chismes sociales. Fué así como se llegó a discutir un asunto, que había tenido gran resonancia. El hecho era el siguiente:

El joven N. C., de la más alta aristocracia, había seducido a la cajera de una importante casa

de modas. Después de unos meses, harto ya el afortunado galán, la abandonó dejándola en cinta. La víctima pidió entonces socorro al padre de su amigo, y el señor C... le respondió, haciéndola destituir del puesto que ocupaba, por temer, que la presencia de la cajera, en una casa frecuentada por las más conocidas damas, pudiera ser una amenaza para la tranquilidad de su hijo.

Como el seductor era amigo de Horacio, este comentó la solución del drama, diciendo:

—Así, otra vez, la muchacha aprenderá a no meterse a diabla.

—No la hagas, no la temas — añadió friamente Beatriz.

—¡Qué inhumanos son! — exclamó Andrea.— Condenan a una desgraciada porque ha creído en el amor de un hombre, y perdonan a todas aquellas, cuya virtud se empaña al entregarse en brazos de la moda y de las costumbres del día.

—¡Qué dices, por Dios, hija! — prorrumpió la madre.

—Digo mamá — respondió Andrea — que entre nuestras relaciones, hay algunas que merecen más duros reproches, que los que Vds. hacen a la pobre cajera... ¡Cuántas son las señoras y ni-

ñas que usan trajes que parecen hechos de papel de calcar, y que tratan con descaro los temas escabrosos! Mas digna es la que sucumbe por amor, que aquellas que no contentas con hallarse ligeramente vestidas, aumentan su desnudez, con las posturas que adoptan cuando se sientan.

—Estás trastornada; — le respondió Beatriz — a las modas hay que seguirlas, si queremos no andar ridículas.

—Las modas — contestó Andrea — son hechas por comerciantes sin conciencia, y estos, para hacerlas triunfar, se sirven de mujeres cuyo lema es: atraer al hombre. Y las señoras y niñas imitan a estas mujeres, se visten como ellas y luego ¡oh ironía! las desprecian.

Horacio despidió una bocanada de humo, del enorme habano que fumaba y dijo con desprecio:

—Estás "macaneando" hermanita.

—La moral — objetó doña María — no está en el vestido, sino en la persona que lo lleva.

—Es verdad — respondió Andrea — que la moral no está en el vestido, pero también es cierto, que es muy limitada la virtud de una mujer que se viste con impropiedad. Las que adoptan las exageradas modas, siguen al pie de la le-

tra las indicaciones de un grupo de sastres y modistas, y la pobre cajera en desgracia, se dejó llevar por un sentimiento pasional. Las primeras buscan las miradas de muchos, persiguen los éxitos ruidosos en los teatros, en los salones y en las fiestas..., y la segunda amó sin reflexión y sin cálculo. En un caso hay premeditación y en el otro se cumple una ley humana.

—¿De modo — replicó Beatriz — que tu recibirías en tu casa y sin escrúpulos, a esa muchacha, después de la falta que ha cometido?

Si ha sido guíada por una gran pasión — respondió Andrea — si ha creído que su amigo era un caballero y este la ha engañado, la trataría a esa joven, con las más grandes consideraciones.

—Razonando así — dijo la madre — para todo habría una disculpa, y acabaríamos por no saber cuando hacemos el bien o el mal.

—"Dejála", — prorrumpió Horacio. — Esta pobre no entiende "ni medio de lo que habla".

—Hemos obrado bien, querida mamá,—dijo Andrea, haciendo caso omiso de la opinión de su hermano — si después de haber cometido un acto, experimentamos una dulce satisfacción al arrodillarnos ante Dios. La infeliz empleada no

habrá podido quizá gozar de esta dicha en seguida, pero si ha obedecido a nobles impulsos, pronto se tranquilizará su ánimo. Tu médico te decía ayer: hay enfermos y no enfermedades, y esto es tan aplicable al cuerpo como al espíritu. Unicamente el Creador, puede analizar con justicia ciertos actos, pués solo El nos penetra y conoce... ¡Así es como siempre encuentra un motivo para perdonarnos, cuando se lo pedimos! En muchos casos en que la sociedad condena sin reparo, el Todopoderoso absuelve.

—Podrás hablar hasta mañana—respondió doña María — pero yo seguiré respetando los principios que he aprendido en mi casa paterna.

Como esto fué dicho con cierta irritación, Alfredo hizo discretamente una seña a su sobrina; para que no siguiera discutiendo. Mientras los demás hablaban, él había leído los diarios de la tarde, y no se había mezclado a la conversación, porque deseaba evitar todo aquello que pudiera acarrearle un disgusto con su familia. Andrea aceptó la indicación de su tío, y guardó silencio, y todo hubiera vuelto a la calma sin mayores consecuencias, si Horacio no hubiese decidido explotar la desagradable escena a su favor. . .

—Francamente no vale la pena que me quede a comer en casa, para oir peleas como esta,—dijo el joven Gutiérrez y se retiró.

Estas palabras aumentaron el malestar, y ya todos se disponían a partir para sus respectivos aposentos, cuando Andrea, al comparar este cuadro de disolución, con el de su bellísima cita, decidió hacer un llamado a la concordia.

—No nos separemos — dijo — disgustados los unos con los otros... Si durante la discusión he ofendido a alguien, pido que se me disculpe. A las ansiedades de la crisis actual, no agreguemos, las que nuestra desunión pueda originar.

Doña María y Andrea se confundieron en un largo abrazo, Beatriz besó a la pasada al grupo así formado, y Alfredo profundamente conmovido, se deslizó balbuceando un casi imperceptible saludo.



CAPITULO XVI

No obstante la creciente audacia que los animaba, Andrea y Eduardo eligieron siempre para sus citas, las horas de las tinieblas. Ambos creían que un celoso protector velaba sobre ellos.

El jugador afortunado, hace sus apuestas sin dudas ni vacilaciones, y Eduardo con su corazón victorioso, se arriesgaba por el parque de la familia de Gutiérrez, seguro de no ser descubierto. Las ansias que el amor y el dinero originan, borran y disipan la noción del peligro. En ambos casos, las miradas del hombre están fijas en el fin, y no en los medios. Ahora ya no se le ocurría a Eduardo, que sus ocultas entrevistas merecieran ser reprobadas. El no era el seductor que eli-

je las sombras para llevar a cabo sus pérfidos planes, él era el peregrino que acude al templo de su diosa. Y al triunfar su sagrado afecto, sentía Sahavedra, que sus instintos se aplacaban debido a la acción que sobre él ejercía, su adorada novia.

Eduardo fué al principio para Andrea el guía que conduce, y el modelo que inspira. Poseía la joven, en un ignorado relicario, los gérmenes de las más excelsas virtudes, y fué bajo la misteriosa influencia del ser amado, como se abrió el secreto cofre. Era ella aún niña, cuando comenzó a enriquecerse su tesoro espiritual, gracias a la benéfica vecindad, del consejero amigo. Más tarde nació el amor, tras él las íntimas efusiones y desde ese día, la transformación fué tan visible, que Eduardo, manantial de luz hasta entonces, se quedó absorto ante los destellos de la mente de su discípula querida. Y gracias a estos destellos, descubrió el amante, un nuevo "yo" dentro de su propia persona. Era este el "yo" que acudía a las secretas entrevistas.

Así como los rayos del sol destruyen el moho, así como las claridades de un plenilunio encaminan nuestros pensamientos hacia las regiones de

lo sublime, así Andrea purificó a su novio. La agitación del espíritu aplacó los instintos, y la piel cedió la palabra al pensamiento. Una larga experiencia había enseñado a Eduardo que la materia humana, juega en lo concerniente a nuestras pasiones, idéntico papel, al que desempeña un cuerpo conductor con las corrientes eléctricas. Los corazones oprimidos por las ansias, a menudo se descargan en los cuerpos amados, y con la última caricia, mueren a veces los más apasionados afectos. Había adquirido tal pureza, el sentimiento espiritual despertado por Andrea, que Eduardo ahora temía todo aquello, que pudiera alterar tan encantador estado de ánimo.

Encontró Sahavedra una tarde en Palermo, a una renombrada belleza, con la que había mantenido relaciones en otros tiempos. Ella hizo un discreto gesto llamándole, y Eduardo no se dió por entendido. El pasado no podía mezclarse a su presente. El artificial carmín, que en los labios llevaba esa mujer, le causó una desagradable impresión, y le pareció que la roja pintura era un rastro dejado por el vicio. Pensó entonces en el organismo humano, y se horrorizó al analizar la materialidad de su funcionamiento.

Importantes consideraciones de otro orden, inducían también a Eduardo, a no apartarse de la divina senda que junto con Andrea recorría. En el reino del espíritu, nada le estaba vedado por su conciencia ni por su juramento. El desliz, por las especiales circunstancias del caso, hubiera implicado la unión definitiva con una compañera adorada, y esto antes del casamiento de Ema. Además, la involuntaria visión de su novia, transformada en querida, dejaba en Eduardo una cierta melancolía.

El cuerpo de la virgen, sin duda se parecería a otros ya contemplados, mientras que su espíritu, a ninguno se asemejaba. Para conservar las ilusiones, su imaginación revestía con vaporosos tules a la imágen de la joven, y si la carne insistía en hablar, la escuchaba como a una fuente de futuros y encantadores hijos.

... ...

Un ideal tan elevado como el de Eduardo, prosperaba en momentos, en que a la pérdida de las fortunas, se añadía la ruina moral de muchos seres. El terror a la miseria, dominaba la escena, y tomaba proporciones alarmantes. La mayoría se ocupaba de la defensa de su propia persona: los

poderosos no tomando en cuenta los gritos de auxilio de los débiles, y estos guardando sus exiguas reservas, para las más grandes necesidades de la vida. Un exagerado espíritu de conservación, hizo nacer a la desconfianza, y muchos hombres honorables se vieron privados de sus créditos. Progresivamente se ahondó este caos, y los individuos poco escrupulosos, se dispusieron a obrar.

En medio del grito de "sálvese quien pueda", Alfredo y Eduardo adoptaron una bella y valiente actitud. Arruinado, supo el primero conseguir el triunfo de su conciencia, y en una época de espantoso egoísmo, se dedicó largas horas el segundo, a la tarea de salvaguardar los intereses de un amigo.

Una tarde del mes de Agosto, llamó Sahavedra a Vásquez a su escritorio, y tendiéndole con ademán sencillo un pliego de documentos, le dijo:

—Aquí tiene el convenio que he firmado con sus acreedores. Su porvenir está estrechamente unido al del país..., por el momento, quedan afectados todos sus bienes, pero su honor está intacto.

—¡Gracias mi amigo querido! — exclamó Al-

fredo, y se echó a llorar, así como lloran los niños, las almas puras y los corazones nobles, cuando se emocionan, cuando vibran, cuando sus sentimientos se desbordan. Una vez calmado, el digno caballero añadió:

—Hoy es un gran día para mí; Vd. me devuelve la tranquilidad perdida, y otro leal amigo me ofrece una espontánea ayuda pecuniaria... Se trata de alguien, que en la hora del dolor, ha sido un verdadero hermano para mi. Vd., él y Andrea, evitarán que la muerte me vuelva a seducir con sus promesas de un eterno descanso.

—¿Ha pensado en el suicidio? — prorrumpió inquieto Eduardo.

—En el suicidio nunca. Yo deseaba que la muerte viniera a mi encuentro, y en secreto la llamaba. ¡En cuántas ocasiones he mirado a los trenes, tranvías y automóviles, como a providenciales libertadores. Otras veces, he supuesto que me darían el golpe de gracia, al pasar bajo los andamios de una casa en construcción, y en medio de una tormenta, he cifrado mis esperanzas, en algún rayo que pusiera un término a mi vida. En una batalla, habría aparentemente combatido como un heroe.

—¿Y ahora... — preguntó Eduardo con ansiedad — desea aún la muerte?

—Ahora ya no... Sobre la base de mi conciencia tranquila, se está rehaciendo mi vida. Mi caja de hierro sin dinero ni títulos, aleja de mí todo reproche, y con la administración de propiedades que he conseguido, ganaré lo suficiente como para vivir. ¡Además, no hay mal que resista, a la prédica de un angel como Andrea!

Alfredo rendía así justicia a su sobrina, pués fué ella quién le brindó inapreciables consuelos y quién, en los primeros momentos, le procuró medios de subsistencia, haciendo que Horacio devolviera a su tío, una pequeña parte, de las sumas que este último había indebidamente pagado, para el mantenimiento de la casa.

—Siga las indicaciones de Andrea, en esta nueva senda de su existencia, — respondió emocionado Eduardo, al oír los términos en que Alfredo se expresaba, al hablar de la joven.

—Le obedeceré en todo, porque es en verdad la mujer más noble que he conocido... Por consejo mío enterró su fortuna en Bahía Blanca, y ¡nunca!, ¡nunca! me ha dirigido el más pequeño reproche. En cuanto a Vd. Eduardo, le ofrezco los

años de vida que me quedan, y con ellos mis pocas fuerzas... disponga de mí ... ...

... ...

Al salir Alfredo del escritorio de Eduardo, se encaminó por la calle Rivadavia hacia la Plaza de Mayo, y cuando llegó allí, se detuvo a esperar un tranvía que le llevase a la estación Retiro. Estaba en esto, cuando vió a un pordiosero subir las gradas de la Catedral, e internarse en ella. El viejo templo atrajo entonces la atención de Alfredo: El pobre vestido de andrajos, había desempeñado idéntico papel, al del insecto que al volar junto a un foco eléctrico, hace que fijemos nuestras miradas en la radiante fuente luminosa. Vásquez contempló esa iglesia, como si se hallara frente a un desconocido monumento. La Casa Rosada, la Municipalidad y los bancos, presentaban el mismo aspecto de siempre, y en la Catedral descubría un algo nuevo. Ahora que en los otros edificios nada tenía que hacer, ahora que algunos de ellos le eran hostiles, la olvidada iglesia parecía sonreirle y le invitaba a que siguiera las huellas del desamparado mendigo.

El tranvía pasó y Vásquez en vez de tomarlo, se empezó a pasear nerviosamente por la vereda.

—¿Escucharé por fin los consejos de Andrea? ¿Entraré al templo..? — se preguntó Alfredo.

—¡Hazlo! — le respondieron en coro sus más íntimos sentimientos, y él se decidió a obedecer.

Sin embargo, al pisar el umbral de la entrada, se detuvo: el bullicioso gentío parecía quererle conservar en su seno, la gran ola humana que recorría las avenidas, le amenazaba con arrancarle del sagrado pórtico, así como el correntoso río se lleva las piedras de sus riberas. La iglesia en cambio fascinaba a Alfredo, con el místico silencio de sus naves, y al fin, este sentimiento se impuso. El caballero franqueó la gran puerta, y el templo le recibió sin reprocharle su larga ausencia. Junto a una columna, el pordiosero besaba con fervor un rústico rosario de madera, y otros creyentes diseminados en largas series de bancos, hacían sus plegarias. El visitante creyó que antes de internarse, tendría que someterse a alguna ceremonia expiatoria, pero nadie se presentó a pedirle explicaciones.

Frías estaban las baldozas, fríos y mudos los altares, y no obstante esto... ¡Con qué dulce hospitalidad fué el casual visitante recibido! Nada ni nadie le hablaba en particular, pero la casa del

Señor indivisible en su esencia, le saludaba con un cariño parecido, al que brota de los labios de una madre, cada vez que el más indiferente de los hijos implora sus ternuras.

Vásquez cayó entonces de rodillas, ocultó su rostro en el ángulo formado por las palmas de sus manos, y reflexionó largamente sobre esta hora de su vida. A la iglesia había llegado vencido y sin ninguno de sus bienes materiales, y cosa extraña, allí en el divino recinto se sentía victorioso. El Juez Supremo al dictaminar sobre su conducta, le adjudicaba el laurel del triunfo. Se ensancharon los horizontes de Alfredo, entrevió un mundo de dichas, y una inagotable fuente de consuelos. Comprendió, cuanta razón tenía el mendigo al buscar un refugio en aquel divino reino, donde los harapos no son tenidos en cuenta y donde solo llevan el nombre de joyas, las conciencias puras y tranquilas.

... ...

Esa misma tarde, en el tren, un casual episodio puso a prueba la paz recién adquirida en la iglesia. Al mostrar Alfredo su abono al guarda, un viejo conocido que viajaba con él, alcanzó a ver un billete de mil pesos en la cartera del arruinado caballero, y sin medir sus palabras, le dijo:

—"Ché" me parece que no "andás" tan pobre como "decís".

—Te has olvidado — le respondió Vásquez — de que soy administrador de propiedades, y de que por lo tanto, este dinero, puede ser de algún otro.

Su voz serena y sin un dejo de rencor, indicó cuan profunda era la calma que el éxtasis religioso, había brindado al dolorido espíritu de Alfredo.

CAPITULO XVII

La noticia del arreglo entre Alfredo y sus acreedores, alegró inmensamente a Andrea, porque ello implicaba la coronación de una obra de Eduardo y un principio de tranquilidad para su tío. Apenas enterada del acontecimiento, corrió al teléfono, para felicitar a su amado e invitarle, a que se viniera junto con Ema, a comer esa misma noche a Vicente López. Deseaba reunir cuanto antes, a los dos amigos en su casa; quería darse el gusto de contemplar al gran bienhechor al lado del noble protegido.

Dos amigas de Beatriz, Rosa y Adela Alvarez, aumentaron el número de los comensales, y la improvisada reunión, resultó muy animada. Sólo Horacio se hallaba ausente.

Las señoritas de Alvarez, muy enteradas de todos los acontecimientos sociales, entretuvieron a los demás, con sus inagotables informaciones. Hablaron primero, de un compromiso matrimonial que se había deshecho; después, de la enorme suma que una familia debía a un zapatero; y luego, del número de sirvientes, que había despachado, una viuda, que todos creían muy rica.

—Pero, ¿cómo saben Vds. tantas cosas? — exclamó sorprendida doña María.

—Andando en sociedad — respondió Beatriz— Ahora que te ha dado por estar aquí metida, es natural que nada sepas.

Esta agria respuesta produjo un cierto malestar. Unos se acomodaron en sus asientos, otros bebieron para disimular su disgusto, pero Adela Alvarez que acechaba la ocasión de intervenir de nuevo, no se inmutó y dijo maliciosamente a Ema:

—A Vd., es a la que debemos felicitar.

—¿Por qué? — respondió la interpelada.

—No se haga la que no sabe — le contestó la señorita de Alvarez — pués Jorge García nos dijo anoche en el Colón, que la festeja, y la otra tarde en el Palais de Glace, Vd. y él, conversaban como si estuvieran de novios.

Ema se ruborizó, y sus colores causaron a Eduardo, el efecto que la luz del día produce al enfermero, que habiéndose dejado vencer por el sueño, advierte al despertarse, que ha faltado a sus deberes de guardián de una vida.

Ante la emoción de Ema, Andrea palideció, y los demás no desperdiciaron la ocasión de dar las consabidas bromas.

Eduardo no había vuelto de su estupefacción, cuando Adela le dijo:

—Le prevengo, que García es un excelente muchacho, tiene una buena posición, y opina que los noviazgos deben ser cortos, así es que sólo por poco tiempo, tendrá Vd. que hacer de "chaperón".

Beatriz creyó que se trataba de una ocurrencia cualquiera, y se rió de buena gana, pero al darse cuenta de que aquello presentaba visos de verdad ,se puso seria, pués no podía admitir sin envidia, que una chica de diez y siete años, fuese festejada por un joven, que era considerado en los salones como uno de los mejores "partidos" del momento, no obstante su origen humilde. Haciéndose la que ignoraba este detalle, preguntó con ironía:

—¿Quiénes son los padres de ese muchacho?

—El padre — respondió Alfredo — es el dueño de un gran almacén al por mayor cerca de la Plaza Constitución... En el comercio he oído hablar de él en términos elogiosos.

Llegó para Eduardo el momento de tomar la palabra. El guardar silencio por más tiempo, hubiera dado origen a desagradables suposiciones.

—Todos los presentes — dijo él con tono afable — se adelantan demasiado a los hechos...

Entonces Ema que se había estado defendiendo con débiles protestas, se sintió inesperadamente reconfortada por lo expresado por su padre, y respondió a los que persistían en asegurar que ella estaba de novia:

—Crean Vds. lo que quieran...

Una espantosa zozobra agitó en ese momento a los amantes.

—¡Es horrible — pensó Eduardo — que me entere así por casualidad, de los misterios del corazón de mi hija!

Un ideal largamente acariciado por Sahavedra, caía por tierra. El afectuoso padre creyó que siempre sería en todo y por todo el confidente de su hija, y ahora, una situación por él mismo creada, destruía su labor de muchos años.

Cediendo a las instancias de Ema, se abonó Eduardo ese año, a dos butacas en el Colón. Había decidido que el cambio en el peinado de su hija, no alteraría aún el régimen de vida que ella llevaba, mas esta resolución fué quebrantada.

—No asistiré todavía a ningún baile — le observó la niña — pero no te opongas a que vaya al teatro.

Temió el padre cometer una injusticia, y accedió a este nuevo pedido de su hija. Dos veces por semana, hizo Eduardo el sacrificio de asistir al grande y lujoso teatro, al cual su Andrea no iba por falta de trajes apropiados. Beatriz podía figurar en sociedad, porque contaba con el dinero que Horacio, como administrador de sus bienes, le daba, pero Andrea habiendo perdido lo suyo, prefirió optar por un discreto retiro. Afligido por tal cosa y embriagado por su amor, Eduardo no prestaba atención al mundo que llenaba el teatro. Los acordes musicales le acompañaban en sus ensueños, y era Ema la única realidad que le interesaba en la resplandeciente sala. Y por hacer caso omiso de la concurrencia, no advirtió las miradas que un caballero de gallarda apostura, dirigía desde un palco alto a su hija. Debido a

esto, cuando en la mesa, fué pronunciado el nombre del festejante, Eduardo sólo recordó que la semana pasada, un joven García se le había hecho presentar a la salida del teatro.

Una nueva era comenzaba pués para el padre, en esa inolvidable comida. Su nerviosidad aumentaba, cuando felizmente para él, las señoritas de Alvarez con su inagotable verbosidad, prosiguieron su tarea informativa, y pronto fué otro el tema que los comensales pasaron a tratar. Sin embargo, para Andrea, Ema y Eduardo, el tema no cambió.

*

* *

Amaneció un nuevo día, sin que Andrea hubiera logrado conciliar bien el sueño. La gran nueva dada por las de Alvarez, la preocupaba con una tenacidad increíble, y el campo de su vida aparecía alternativamente iluminado o a obscu-

ras, cual si un caprichoso faro giratorio lanzara sobre él intermitentes rayos. A las probabilidades de una próxima unión con su amado, sucedían temores relativos a los trastornos que el noviazgo de Ema podría suscitar.

Andrea se asoció a la presunta lucha entre Eduardo y Ema; desde su aposento adivinó dramáticas situaciones y sufrió al par de esos dos protagonistas. En su delirio supuso que Eduardo se hallaba en el parque en busca de ella, y ya se iba a levantar, pero la ropa de la cama pesó exageradamente sobre su cuerpo y no la dejó moverse. Luego le pareció a Andrea, que las sábanas y cobijas adquirían proporciones tan grandes, que la ahogaban. Con un rápido y convulsivo movimiento salió de tan angustiosa postura, y fueron entonces los latidos de su corazón los perturbadores del reposo. Tuvo sed, sintió sucesivamente calor y frío, y no supo como colocar sus brazos para que no la molestaran. Deseaba ver la luz del día y esa luz tardaba en llegar. Las sombras eran para ella palpables y espesas telas que no podía rasgar.

Nació por fin la aurora y las tinieblas se disiparon, así como un precipitado obscuro desaparece, al contacto de un poderoso disolvente.

La claridad invadía la habitación, más no el espíritu de la joven. Los muebles, los cortinados y los adornos se hicieron más visibles, pero en la mente de Andrea, el noviazgo de Ema, centro de toda una trama de problemas, continuó siendo un impenetrable enigma. A las ocho llamó a la sirvienta, para que abriera las persianas de su habitación. Con esto penetró en la pieza, la luz de un hermoso día invernal y fueron tan numerosos los encantos así descubiertos, que pareció imposible que en ese lugar, se sufriera y se llorara. El blanco y el celeste predominaban en la alcoba, a semejanza de lo que ocurría en el firmamento, y entre albas telas, una bellísima cabeza de mujer descansaba sobre una almohada, así como reposa una estatua de mármol en su estuche. Los rubios cabellos de Andrea, se hallaban sueltos y extendidos, cual tesoro perteneciente a un generoso señor. Ella miraba los vidrios de una ventana, cubiertos de una glacial capa de vapor de agua; contemplaba esas blancas cortinas, fruto del último esfuerzo que el frío reinante hacía para alcanzar el interior del aposento. Mas, bien pronto, el delicado tejido comenzó a deshacerse, los rayos del sol derritieron sus mallas, y por los

cristales rodaron hacia el suelo en callada procesión, frías y tortuosas columnas de heladas gotas.

—El día — pensó Andrea — destruye la obra de la noche, y mirando hacia otra ventana, que debido a su orientación conservaba aún sus vidrios totalmente empañados, prosiguió así:

—La duración de estas cortinas de vapor, también está regida por la casualidad. ¿Cómo no temblar por mi futuro, si con todo pasa lo mismo? ¿Se realizarán mis ensueños o caeré antes destruida con mi felicidad...? ¿Tendré un hogar...? ¿Velaré un día junto a una cuna, que encierre lo más bello de Eduardo y lo mejor de mi misma? ¡Hijo de un padre ideal, sería nuestro hijo, un ser en el que se repetirían las virtudes de Eduardo.

La imaginación de Andrea creó entonces una cuna junto a su lecho, y la fantasía la engalanó. Un precioso moño brotó aquí, un delicado encaje más allá y una cortina entreabierta coronó el conjunto.

... ...

Andrea había comenzado a levantarse, cuando recibió la visita de su madre. Si negro era el "batón" de la señora de Gutiérrez, más lúgubre era aún la expresión de su semblante.

—¡Qué te pasa, por Dios! — prorrumpió la hija al verla entrar.

—Toma, entérate, — respondió doña María, — entregando a Andrea una carta de Horacio, que acababa de recibir.

Andrea leyó la epístola y al terminarla, con profunda pena exclamó:

—¡Mamá querida, ahora todos estamos arruinados! Hace ya tiempo que yo esperaba esta noticia...

—Yo también — respondió la madre entre sollozos — preveía la catástrofe..., pero nunca me animé a hablarle seriamente a Horacio... Cada vez que pretendía hacerle alguna averiguación, me contestaba: "Las mujeres no entienden de negocios, y por lo tanto es inútil que te dé explicaciones". Ahora me escribe, porque prefiere no confesarse de viva voz, y dice con la mayor soltura, que el arreglo que celebró ayer Alfredo, le ha decidido buscar igual solución para nosotros. ¡A cuantas cosas tendremos que decir: adiós!

Andrea, fija la mirada en su aflijida madre, leía una página del gran libro del dolor humano.

—¡Mamá — dijo por fin la joven con voz suave pero segura — esto que nos pasa es una de las

tantas manifestaciones de la sangría de la dicha... Sangría de oro fué la de Alfredo, a tí, madre adorada, te han sangrado quitándote honores y privilegios, a Beatriz le ha sucedido igual cosa, y a Horacio, las orgías y el juego, le han abierto mortales heridas, y por ellas ha perdido su felicidad, que es la savia... que es la sangre del espíritu.

—¿Y tú...? — le preguntó dulcemente la madre.

—El tiempo lo dirá...

CAPITULO XVIII

A la una a. m., de una fría noche del mes de Abril del año mil novecientos catorce, llegó un tren de la Capital Federal a la estación X... de la provincia de Santa Fe. Como única pasajera, bajó del convoy, una joven envuelta en un elegante "tapado" azul marino. La solitaria viajera, dirigió rápidas miradas en torno suyo, y tras un segundo de vacilación, se acercó a un "break" atalajado con cuatro caballos.

—¿Es Vd. de la estancia de Sahavedra? — preguntó ella a un viejo paisano de tez bronceada, que parecía ser el cochero.

—Sí, niña,—respondió este, tocándose el ala de su chambergo, y antes que pudiera preguntar su

nombre a la recién venida, la tuvo instalada en el interior del coche, y la oyó exclamar:

—Vamos por favor... ¡Corra, dispare!, y dígame cómo sigue el señor Sahavedra...

—Sigue "regular no más", — respondió el paisano quitando con lentitud la manea del coche, y aunque seguro de que esa joven era la persona que se le había mandado buscar, añadió:

—Entonces... ¿Vd. es la niña de Gutiérrez?

—Sí, soy yo — contestó nerviosamente la viajera, — y vengo loca por saber lo que ha pasado, pués el telegrama que recibí, sólo dice: Don Eduardo gravemente herido.

Ella había asomado la cabeza por el pescante, y miraba ansiosamente al paisano, como si quisiera adivinar algo en su rostro, y fué tan elocuente la desesperación de la joven, que el hasta entonces impasible servidor, subió al coche, tomó con rapidez las riendas, castigó los caballos, y ya en marcha, se volvió hacia Andrea y le hizo el siguiente relato:

—La cosa ha "pasao" así: serían "ma ho meno",, las diez de la mañana de ayer, cuando el patrón, que había "llegao" esa madrugada de la Capital, "cayó" a las caballerizas, en momentos en

que un tal indio González, le estaba pegando con un "talero", por la cabeza a un "mancarrón"... Bueno... Don Eduardo "he" un hombre que no permite que se le pegue a los "hanimales"...

En esto se desprendió un tiro de uno de los "cadeneros", y el paisano detuvo el coche para volver a engancharlo. Andrea se desesperó con esta interrupción, y se puso a mover febrilmente las manos, como si quisiera prestar desde lejos una ayuda.

—Ya está, niña, — dijo el paisano, trepándose nuevamente al pescante. —Vamos ¡Nene! ¡Tordo! — gritó a los caballos, y acto continuo prosiguió su narración: —Pués como le iba diciendo, don Eduardo "he" un hombre, que no quiere que se le pegue a los "hanimales", y lo reprendió al indio... ; pero quiso la desgracia, que el indio se le insolentara "feo", y entonces, el patrón lo mandó "patas parriba"...

El cochero se llevó la mano a la boca, para secarse el rocío depositado en sus bigotes, y en esta operación empleó tanto tiempo, que Andrea impaciente le dijo:

—¡Hable ligero, por Dios! hombre...

—"Aura" verá, niña... El muy canalla de Gon-

zález, se hizo el "chiquito", y ya parecía que "tuito" había "pasao", pero "hapena" don Eduardo le dió la espalda, el indio "peló" una cuchilla, y "¡válgame Dios", niña!...

El cochero iba a proseguir, mas un desgarrador gemido de Andrea le detuvo. En vez de continuar el relato, echó a la joven, el paisano, una mirada de conmiseración, y "peinando" a los caballos con el látigo, exclamó entre dientes:

—¡Cómo lo había "amao"!

Soledad y quietud había en la llanura, y angustia horrible en ese coche, que se movía cual si fuese un minúsculo insecto, perdido en la desierta y silenciosa ruta. Todo el escenario, se hallaba bajo una maravillosa campana azul obscuro, con incrustaciones de brillantes. Este era el cuadro de la noche trágica, de la noche con reflejos de plata en el cielo, y con manchas de sangre en la tierra. Andrea buscó el ala purpurina de la gigantesca ave, quiso descubrir las nubes moradas, las nubes con manchas cadavéricas, y el faro de las tinieblas, le contestó: En mis dominios, los malos presagios se visten de blanco, y tiene la muerte pálidas túnicas.

Pasó el coche frente a un extenso lago, y los

reflejos de la luna, proyectados sobre la inquieta superficie de las aguas, dibujaron un manto de albas y radiantes escamas, que parecía haber sido allí abandonado por el astro, antes de emprender su triunfante ascensión.

Todo aquello era sublime... pero frío...; y el viento en vez de secar las lágrimas de la novia, las helaba. La hermosa luna no tenía compasión de la joven, y la miraba con la indiferencia, con que una reina trata a sus más humildes esclavas. Apenas repuesta de la terrible impresión, que las últimas palabras del cochero le causaron, Andrea prosiguió su interrogatorio, y supo que Eduardo había sido herido en el costado izquierdo Por fin se enteró, de que, de la chacra vecina, había venido la hija recién casada y su marido.

—Ema y García — balbuceó sobresaltada la infeliz viajera, al oír esta última nueva.

Hasta entonces había obrado, impulsada por el invencible anhelo de llegar cuanto antes junto a su amado. El telégrama anunciador había sido dirigido a la señora de Gutiérrez, pero Andrea lo abrió, por ser la única persona de la familia, que se hallaba esa tarde en Vicente López, y desde el momento en que leyó su contenido, resol-

vió correr hacia Eduardo. No pensó en las condiciones en que haría el viaje. Había que partir en seguida, y ella partió sola, porque sola estaba en ese instante. Calculó que le sería posible alcanzar el tren de las tres de la tarde, el mismo que su amado tomó el día anterior, y sin perder más tiempo que el necesario para vestirse apropiadamente y dejar unas líneas explicativas, se dirigió hacia la estación del ferrocarril, y desde allí hizo a Eduardo un telégrama.

Quiso la fatalidad, que acaeciera el trágico suceso, en la época en que iban a realizarse, los tan acariciados ensueños de la ideal pareja de enamorados. Hacía ya una semana, que Ema era la esposa de Jorge García. Los festejos del Colón se formalizaron, y Eduardo otorgó su consentimiento para el enlace, el día en que se convenció, de que su hija amaba en realidad a García. Ema buscando libertar a su padre, había encontrado a un joven, al que acabó por querer sinceramente.

Eduardo, al ver que se realizaba por fin la felicidad de su hija y la propia, quiso celebrar tanta ventura, regalando a los novios una chacra a dos leguas de su campo, y los invitó a que fueran a pasar la luna de miel en la nueva propiedad.

Esto último había olvidado Andrea en su repentino viaje. ¿Cómo iba ella a explicar a García, los motivos de su insólita aparición? Dos días antes, Eduardo en una nocturna entrevista le había dicho:

—Me voy por una semana a la estancia, y a mi vuelta comunicaremos nuestro amor al mundo entero. Allá en el campo me contentaré con desahogarme con Ema y Jorge.

Andrea le respondió abrazándole con pasión, y antes de separarse de su amado, le dió un beso en la frente y exclamó:

—Este beso es para tu hija, o más bien dicho, para la que pronto será nuestra hija.

Pero herido Eduardo a la llegada a la estancia, comprendió la infortunada novia, que no le había sido posible hablar de sus proyectos con los desposados, y que por lo tanto, la situación de ella ante Ema y su esposo, no estaba aun definida.

Esta meditación de Andrea, fué interrumpida por la voz del cochero:

—Ya estamos cerca — dijo el paisano, y señalando con el látigo una débil luz, añadió: —Vé, niña, allí es; esa lámpara está colgada junto a la ventana del cuarto del patrón.

Una ansiedad indescriptible se apoderó de Andrea. Esa luz brillaba como una última esperanza, como una esperanza expuesta a morir, al ser azotada por el frío viento nocturno. El pequeño foco indicaba un rumbo, una estación quizá terminal, y la última claridad de una senda que allí cerca se perdía... La viajera la vió cambiar de forma y de volumen; por momentos le pareció que se ensanchaba hasta alcanzar las dimensiones de una mancha de fuego, y de pronto la creyó tan diminuta, que la hubiera comparado con una luciérnaga.

Un creciente vértigo mareaba a la joven. Ondas partidas del infinito se estrellaban contra ella, y se rompían sobre su cabeza, cual si fueran gigantescas olas que cegaran con su espuma y que ensordecieran con su diabólico estruendo. De pronto la jóven, creyó que la chata población de la estancia, era un aislado sepulcro, y casi en seguida oyó los primeros ladridos de los perros. Ya en el parque, la capota del "break" pegó contra una rama extendida sobre el camino, de manera tal, que parecía allí puesta para oponerse al pasaje de la viajera.

La intensidad del vértigo aumentaba. Andrea

ya creía ver a Eduardo herido, a Eduardo postrado en un lecho... El panorama era para ella una gran masa de contornos indecisos: vacilante por momentos, impalpable unas veces y otras llena de materiales obstáculos.

Debatiéndose en ese angustioso medio, llegó la novia, a la luz que había entrevisto desde lejos Allí se encontró con Ema.

—¿Cómo está Eduardo? — preguntó Andrea con indescriptible ansiedad.

—Sigue mejor — respondió la hija, tomando cariñosamente en sus brazos a la recién llegada.

—Gracias a Dios — exclamó esta, y se echó a llorar sobre el hombro de Ema.

Estas dos criaturas se hablaban, en tan solemne hora, vertiendo lágrimas y estrechándose convulsivamente. Después de este desahogo, pasaron ambas a un pequeño aposento, y allí Ema hizo una breve narración de los hechos, y dijo que fué su padre quien ordenó que se le enviara el telegrama a la señora de Gutiérrez.

En esto entró Jorge García luciendo un flamante traje de montar a caballo. Alto, delgado, de tez morena, bigote negro y bien marcadas facciones, era este un joven cuyo físico impresiona-

ba favorablemente. Habiendo sido informado, por su esposa, de los proyectos matrimoniales de su suegro, inmediatamente se mostró contrario a la visita de Andrea. Luego, al saber que la novia había llegado, tuvo que adelantarse a saludarla, pero fué tan grande su sorpresa, al ver el estado en que ella se hallaba, que apenas pudo articular el clásico: ¿Cómo está?

La viajera le respondió cortesmente, y ya rehecho, pensó Jorge en ir al encuentro de la o las personas, que él creía que la hubieran acompañado.

—¿Con quién ha venido? — le preguntó.

—Sola — contestó Andrea.

—¡Sola! — repitió García asombrado.

—Así lo decía, en el telegrama que envié a Eduardo...

El joven marido, dirigió a su esposa una mirada, en la cual se adivinaba un profundo desagrado y quizá un reproche. Ema sabía por haber recibido el telegrama de Andrea, que esta llegaría sola, pero conociendo el rígido modo de pensar de Jorge, no se había animado a darle esta noticia. Ahora deseando poner fin a la molesta situación en que los tres se hallaban, resolvió ofrecer a

su amiga, que pasara a la pieza que se le había preparado.

—Es que desearía ver a Eduardo cuanto antes, — respondió Andrea.

—El señor Sahavedra está durmiendo, — prorrumpió García resueltamente.

Mas, quiso la casualidad, que en este mismo instante se oyera la voz del herido, y Andrea, llevada por una irresistible fuerza, corrió hacia su Eduardo.

¡Sin disimulo, sin medir el alcance de sus actos, sin limitar en lo más mínimo sus apasionadas manifestaciones, nació en la joven la exclamación espontánea, seguida por ardorosos besos y sentidas caricias! De rodillas junto al lecho de su amado, como si estuviera al pie de un altar, ocupó su puesto de enfermera, de madre, y de hermana del alma. Era en una palabra, la mujer compañera de una vida, la que protegía y acariciaba, implorando a Dios misericordia.

Eduardo reclinado sobre muelles almohadas, expresaba su emoción y su alegría, tendiendo sus manos de ternuras llenas y desviando el curso de sus lágrimas, con sonrisas que eran formales desmentidos al dolor.

El sufrimiento físico en realidad no existía en esa modesta habitación...; entre los pálidos reflejos de una lámpara de alcohol, allí reinaba el temor al mañana. Unidos por la pasión, los amantes gozaban del presente, bajo las amenazas del futuro. La criminal herida, abierta como un cráter y con espantosos peligros en sus antros, imponía silencio, por haber regado el flanco del enfermo, con una lava roja y de corriente lenta, pero fatídica y aterradora. Ese manso hilo de sangre, representaba en la imaginación, el paso de una vida a la nada, y la nada con su vacío absoluto y terrible, ahogaba a esas dos almas quitándoles toda esperanza. Eduardo se animó con el elixir que traía Andrea en sus manos, en sus labios y en sus consoladoras palabras, y del grupo formado por los novios, brotó un perfume, y el ambiente pronto quedó saturado de su fragancia.

Al llegar Andrea, el médico allí presente en la habitación de Eduardo, se retiró conmovido, y como Ema se abstuvo de seguir a su amiga, la escena del encuentro no habría tenido ya más testigos, si Jorge no se hubiera parado indignamente en la puerta del aposento, con el objeto de contemplarla. A pesar de ser un honrado ciudadano y un

simpático caballero, su mezquino criterio, no le permitía interpretar ese estupendo cuadro de amor, y llamó pecaminosa falta, a la pasión.

—¡Con que, había sido su querida! — exclamó García, al ver como Andrea besaba a Sahavedra.

Felizmente los novios no le oyeron, y Eduardo sin sospechar que su yerno le espiaba, dijo con dulzura a su adorada:

—El acto que has realizado esta noche, está en todo de acuerdo con la grandeza de tu alma.

Y esta fué la respuesta que obtuvo el indigno apóstrofe de Jorge.

Se cambiaron frases enternecedoras entre los novios, y en uno de sus arranques, Eduardo exclamó:

—Si vivo, pronto colocaré la simbólica corona de azahares sobre tus sienes, pues ya sabes, que no quiero que manos extrañas toquen tus divinos cabellos.

—Sé tú el artista de esa hora de venturas — respondió ella. — Si reinas en el mundo de mis pensamientos, es natural que seas tu quien los corones.

—Se parecen nuestros ensueños — contestó Eduardo—a los de un guerrero que crea hallarse

en vísperas de alcanzar el laurel y la gloria... Como el soldado que lucha, tengo yo que librar una última y decisiva batalla... ¡Ay!... ¡Cuanto temo a ese postrer combate!

—No debes temer..., no quiero que temas..., no... no...

—Tienes quizá razón, pues me encontraba mucho peor esta mañana... El miedo de perder la dicha soñada, me torna pesimista.

La hora, el silencio y la penumbra en que se hallaban, eran inconscientes cómplices de este sentimiento. La falta de vida y de bullicio, y la calma inalterable que los rodeaba, eran otras tantas manifestaciones del reposo, de la inacción absoluta, de un primer paso hacia el descanso eterno.

La cama del enfermo se hallaba colocada en el medio del aposento, el espejo de un armario reproducía el doloroso cuadro que en la cabecera del lecho se desarrollaba, y un escritorio transformado en mesa de curaciones, explicaba las angustias del momento.

El diálogo continuó animado por la pasión, inquieto como un adiós, cadencioso, fluido y espontáneo, como si los labios del uno, fueran accio-

nados por el corazón del otro, y cuando el tema abarcó la vida de los seres amados, Eduardo solicitó la presencia de su hija.

—Llámala — le dijo a Andrea — pues quiero que Vds. se abracen delante mío.

Para satisfacer a este deseo, salió la novia en busca de Ema, y como no diera con ella, le preguntó a un caballero de pelo cano, que encontró en su camino.

—¿Ha visto Vd., por casualidad, a la señora de García?

—Acaba de irse con su esposo — contestó el caballero, inclinándose respetuosamente, y al ver el efecto que esta noticia causaba, añadió:

—Si la señorita me permite, seré más explícito...

—Mucho se lo agradecería — contestó Andrea a su interlocutor.

—Ante todo — dijo este — me presentaré a Vd. Soy el doctor N...; desde esta mañana me encuentro aquí, prestando asistencia a mi antiguo amigo Sahavedra..., y esta prolongada estadía, me ha permitido darme cuenta de algunos hechos íntimos que...

—Siendo un antiguo amigo de Eduardo, me debe hablar franca y sinceramente...

—Ya que Vd. me autoriza — respondió el doctor N... — le diré que el señor García, se ha llevado a su esposa, porque... opinaba...

—Prosiga, doctor — replicó nerviosamente Andrea.

—Pues bien, ese joven sostiene, que mientras Vd. esté aquí, no volverá su señora. "Que tu padre elija entre una y otra" dijo a Ema con rudeza, y sin escuchar sus protestas la obligó a partir.

—Pero ella — objetó Andrea — hubiera debido despedirse de su padre.

La pobre niña se hallaba trastornada por una terrible excitación nerviosa, y como médico, me opuse a que se presentara en semejante estado ante Sahavedra... Esperemos que unas horas de reflexión, cambien la manera de pensar del esposo ... ...

... ...

Un triste amanecer, tuvo esa noche de tan crueles emociones. Eduardo al darse cuenta de la repentina desaparición de su hija, comprendió cual era la causa que la había motivado, y en el máximo del dolor, buscó en Andrea el máximo del consuelo.

Entre tanto N..., bregaba por encontrar una solución, que devolviera la tranquilidad moral a su amigo enfermo. De mediana estatura y muy delgado, tenía este médico, la mirada inteligente del psicólogo profundo. Era uno de aquellos que la crisis había arrojado de la gran capital. Felices especulaciones le incitaron a dejar la profesión, se hizo estanciero, y una vez arruinado, resolvió ejercer la medicina, en el mismo pueblo en que fué gran propietario. Su traje, sus modales y su manera de expresarse, llevaban el sello de la vida de Buenos Aires; su cabello gris, y su marchita tez, hablaban de las angustias pasadas.

En un exámen hecho unos minutos antes, N.., había advertido en Eduardo, una acentuada depresión. La ansiedad originada por la actitud de Jorge, había abatido aún más el ya debilitado organismo del paciente; y los acontecimientos amenazaban con precipitarse, antes que llegara el cirujano pedido a Buenos Aires.

En la pieza vecina a la de Eduardo, N... ponía en orden unos medicamentos recién recibidos, cuando inesperadamente oyó pronunciar estas palabras:

—Andrea querida, estamos unidos ante Dios,

pero no ante el mundo; tu has comprometido tu buen nombre al venir a verme, y ahora hay que remediar esta situación cuanto antes.

El sensible y digno médico, continuó el pensamiento del herido y se dijo:

—Si se casaran estos dos seres, podría ella permanecer aquí libremente, y la hija volvería a la casa paterna.

N..., dedicado a estas reflexiones, no prestó ya atención al diálogo de los amantes. Lo oído le bastaba y sin consultar a nadie, tomó una resolución suprema. Momentos más tarde, por orden suya, partía un peón en busca del cura y del jefe del registro civil del pueblo más cercano.

Después de hacer esto, salió envuelto en un grueso sobretodo, a caminar por el parque, ya iluminado por los primeros fulgores de la aurora, y allí sintió una dulce sensación al pensar, que sus desdichas personales, no habían muerto en su espíritu, el deseo de bregar por la felicidad agena.

Pero poco duró su meditación, pués al corto tiempo de pasearse, fué repentinamente llamado por Andrea.

—¡Doctor!... ¡Doctor! — gritó ella — venga ligero, porque Eduardo se ha descompuesto...

Dos horas duró la lucha emprendida para salvar al herido; dos horas largas, interminables y abrumadoras, por las espantosas emociones resentidas. Por fin, gracias al enérgico tratamiento instituido, el enfermo se repuso.

—Me muero, sin haber realizado mi bello ideal —balbuceó Eduardo al reaccionar — Doctor... llame a un sacerdote...; su presencia..., evitará que se juzgue mal a Andrea.

—Amigo mío, Vd. no se muere, — replicó N... —pero ya que me habla así, me atreveré a darle un consejo...

—¿Qué consejo?... — preguntó el enfermo.

—Es preciso — respondió N..., — que Vd. conserve a la señorita de Gutiérrez a su lado, y que Ema vuelva cuanto antes a esta casa... Pues bien, Sahavedra..., todo ello lo conseguiría, si aprovechara la visita del sacerdote, para...

—Para casarnos — prorrumpió Andrea entre sollozos. — Sí, Eduardo adorado, casémonos ahora, casémonos ya... cualquiera que sea tu destino, yo quiero compartirlo contigo... ¡Desde mi llegada, he estado a la espera de un momento oportuno para pedírtelo!...

Eduardo iba a argumentar en contra, pues no

quería que Andrea, se expusiera a enviudar, a las pocas horas de casada, pero ella, tomándole de las manos, exclamó:

—Por nuestro amor, no te opongas..., ¡Dime que sí!... ¡Dime que consientes!

—Pero Andrea querida, — respondió el herido, —el sacerdote no basta, te olvidas del empleado del registro civil..., te olvidas de tu madre.... de los tuyos..., espera que ellos lleguen...

—El jefe del registro civil está aquí — dijo N..., y para explicar a los sorprendidos novios, la presencia de este funcionario, añadió: — Disculpe amigo Sahavedra, si me he adelantado a los hechos. Esta madrugada, involuntariamente le oí hacer ciertas declaraciones, y por ellas comprendí, que Vd. quería poner remedio, a la situación en que se halla la señorita de Gutiérrez. Luego comprendí también, cuan grande es su amor por esta joven. Entonces, sin entrar en mayores averiguaciones, resolví tener todo listo, para el caso en que Vds. desearan que la Iglesia y la Ley los uniera.

—¡Gracias, doctor! — exclamó Andrea, y volviéndose hacia Eduardo, le dijo: — No te opongas más..., permíteme que haga pasar al jefe del registro civil.

—Hazle pasar — balbuceó el herido, tras unos segundos de vacilación, y mirando a Andrea con infinita ternura agregó: — ¡Eres una santa, que se haga tu voluntad!

Abiertos los postigos, entró a la habitación del enfermo, la luz profusa de uno de esos días en que los rayos solares inundan los campos, como si pretendieran celebrar la apoteosis de la naturaleza. No se veía una nube en el cielo, no corría brisa alguna, los árboles, inmóviles, parecían haber adoptado su más bella actitud, para rivalizar en un grandioso certámen.

En la ventana del aposento, vino a posarse un zorzal; cantó por espacio de unos instantes, y de nuevo se elevó en los aires, como si solo hubiera pretendido traer un corto y simbólico mensaje.

En el interior de la pieza, se infiltraba el reflejo del día claro y radiante. A esa alcoba llegaba el eco de las ruidosas manifestaciones de las haciendas. El exceso de vida del exterior, moría en la habitación de Eduardo, y en cambio resonaba en ella una voz ronca y mal timbrada, que leía a los amantes los preceptos y las leyes del matrimonio. La ceremonia civil fué breve; a las amenazas de la muerte, respondieron dos espíri-

tus prestándose estrecha y mútua ayuda. La falta de documentos fué suplida con las firmas de los testigos, y al contemplar la alegría pintada en el rostro de Eduardo, pareció que todo peligro quedaba conjurado.

Durante una hora vivió la pareja feliz y contenta. La impresión moral levantó al espíritu del herido, renacieron las esperanzas, y esos dos náufragos, lejos aún de la tierra firme, se creyeron salvados, porque se sabían más unidos. La próxima llegada de doña María y de su hermano, era la única preocupación que los inquietaba. Los novios temían las probables recriminaciones de la señora de Gutiérrez, y más que esto, el reproche que como tío y amigo, les iba a dirigir Alfredo, por el silencio que con respecto a él habían guardado.

—Cuando nos vean tan dichosos — dijo Andrea —todos nos perdonarán, que no les hayamos revelado nuestros amores.

En cuanto a Ema, esperaban estar casados por la Iglesia, para pedirle que volviera.

Desde el infinito, a los puntos más cercanos, todo fué prodigamente adornado por deliciosos ensueños; las palabras más dulces y tiernas fue-

ron balbuceadas al oído; al superlativo pronunciado con pasión, la mirada y el gesto le dieron aún más fuerza; los mismos suspiros llevaron en su seno, veladas confesiones de amor.

N..., atento siempre, interrumpía a los amantes, para vigilar el estado del enfermo, pero ellos, ya no le trataban como a un extraño.

—¿Sigo bien?... — le preguntó una de estas veces Eduardo.

—Sí, mi amigo. — le respondió N..., bondadosamente.

Y era sincero el médico al hablar así, pués debido a la robusta constitución del enfermo, las inyecciones administradas habían producido un inmejorable efecto.

Una nueva y terrible complicación acechaba sin embargo al herido. Al tomar una taza de café, le sobrevino a Eduardo, un fuerte ataque de tos; su pecho comenzó a sacudirse con violencia y una terrible ansiedad se dibujó en su rostro. Incorporándose, buscó un apoyo en sus brazos tendidos como poderosos resortes, movió la cabeza invocando auxilio, rebelándose contra mil espantosas sensaciones, y en un supremo esfuerzo, hecho para respirar libremente, una copiosa bocanada de

sangre inundó su lecho. Al ver las rojas manchas, al sentir correr el purpurino líquido, Eduardo abrió espantado sus ojos, y mientras sus heridas arterias le dejaban exangüe, brotó de sus párpados la última lágrima.

Quiso llamar a Andrea y sólo consiguió mirarla. La cabeza del moribundo se balanceó al acaso antes de caer arrastrada por su peso, y sus pupilas lentamente se apagaron, como si fueran dos luces que se alejaran, hasta borrarse tras las tupidas cortinas que la distancia teje.

—¡Eduardo!... ¡Eduardo! — gritó en un paroxismo de desesperación Andrea, y a sus clamores, los labios de su amado respondieron, defendiéndose del cálido y rojo torrente que los bañaba.

N..., se había precipitado para auxiliar a su amigo, quiso prestarle ayuda, y sus solícitas manos, sufrieron el contragolpe de las atroces convulsiones de ese fornido cuerpo. A la hemorragia fulminante prestó su concurso en su obra de exterminio, la asfixia originada por la obstrucción de las vías respiratorias, y en breves instantes, a los fuertes estertores sobrevinieron débiles aleteos y un lúgubre ronquido, anunció el final de la agonía.

El trágico ruido, produjo a Andrea un mortal estremecimiento. Ella sintió que unas frías tenazas oprimían su cuerpo, y que su vista se nublaba. Ese lecho mortuorio era el único punto que la joven percibía con cierta claridad..., todo lo demás, se hallaba invadido por las sombras..., y hacía las sombras corría la sangre de Eduardo. Su propia existencia se vaciaba en la nada, y entre tanto sufría las torturas más horribles y las angustias más atroces. Sin darle tiempo para reaccionar, un gigantesco e invisible verdugo la mareaba, presentándole atroces visiones. Se abrió delante suyo un abismo, y al caer en él, exhaló un ¡ay! desgarrador y prolongado, un ¡ay! terrible..., un ¡ay! de vencida sin ayuda, sin auxilio, sin esperanzas.

Quedaba la sublime pareja reducida a un cadáver y a una bella joven, arrodillada a su lado, e incapaz de reaccionar ante nadie, ni ante nada. Desde un rincón de la alcoba, N..., velaba por la sobreviviente, como único testigo de la horrible catástrofe.

Fué en estas circunstancias que entró el sacerdote, un anciano endeble y de semblante bondadoso. Llegaba tarde por haber tenido que prestar asistencia religiosa a un agonizante.

—...Ha muerto... — balbuceó al contemplar el cuadro aterrador.

—Padre — le respondió N..., adelantándose respetuosamente — el señor Sahavedra no ha muerto para el acto que le hemos llamado a Vd...; su voluntad vive, así lo atestiguan las actas recién labradas ante el funcionario del registro civil; ahí tiene a la que hubo de ser su compañera; en el ambiente flotan aún, sus más íntimos anhelos... Padre, queríamos que uniera en matrimonio a don Eduardo Sahavedra con la señorita Andrea Gutiérrez. ¡Dios los ha sin duda bendecido! Ante la ley el enlace fué ya consagrado; como ministro de la Iglesia, únalos ante la sociedad... Firmaré como testigo y juraré como médico, que al celebrarse esta ceremonia, don Eduardo Sahavedra aún vivía.

El sacerdote accedió, y en ese mismo instante, una burbuja de aire se abrió paso al través de los coágulos que inundaban la boca del muerto, como si él hubiera querido responder a las palabras de N..., diciendo a su manera: ¡Aún vivo!

... ...

... ...

Al caer la tarde, quedó levantada la capilla ar-

diente en el dormitorio del muerto. Andrea de un lado y Ema del otro, vertían con sus lágrimas sus más sagrados afectos. Gota a gota nacían, se deslizaban y caían, esas sublimes lágrimas ¡ Blanca sangría de la dicha! En vez de la corona de azahares, ostentaba un negro manto la cabeza de la virgen desposada. El sarcófago reemplazaba a la cuna de los ensueños maternales de Andrea, y el desierto árido y sin amparo, a la visión del hogar codiciado.

A Ema, la roja corriente que arrebató la vida a Eduardo, le llevó la felicidad de su nido de amores, hoy destruido por el arrepentimiento.

—¿Habrá sido Jorge, — se preguntaba sin cesar la infeliz hija — con su despiadada conducta, el verdadero causante de la muerte de mi padre?

Doña María y Alfredo, allí presentes lloraban en silencio, y alrededor de la casa, la peonada entristecida entonaba himnos de alabanzas, al que fué tan buen patrón.

En la vecindad de los labios, rojizas manchas se destacaban sobre las pálidas facciones de Eduardo. Eran las últimas gotas de la ya seca vertiente, eran los rastros dejados por la mortal sangría...

En la frente helada como una loza funeraria, al estampar Andrea su postrer beso, exclamó:

—¡Hasta pronto!

Y Ema balbuceó:

—¡Perdón!

FIN